

KEVIN DAVID ANDERSON & SAM STALL

LA NOCHE DE LOS TREKKIES VIVIENTES



Lectulandia

Jim Pike era tan fan de Star Trek como el que más. Hasta que dos períodos de servicio en Afganistán destruyeron su fe en la humanidad. Ahora se limita a ir tirando como director adjunto de un pequeño hotel en Houston. Pero cuando cientos de trekkies se presentan en la recepción del hotel para una convención de ciencia ficción, Jim se ve rodeado de tipos disfrazados de klingon, de vulcanos o de ferengi. A eso hay que añadir un extraño virus que transforma a los infectados en salvajes zombies, anhelantes de carne humana.

Mientras los sangrientos cadáveres vuelven a la vida y el planeta se encuentra al borde del cataclismo definitivo, Jim debe liderar a un grupo de fans de Star Trek. Vestidos con uniformes que se han hecho ellos mismos y armados con láseres de pega, su principal objetivo es sobrevivir. ¿Pero por cuánto tiempo podrán resistir en el escenario más terrorífico que cabe imaginar?

Lectulandia

Kevin David Anderson & Sam Stall

La noche de los trekkies vivientes

ePub r1.0

Titivillus 24.06.16

Título original: *Night of the Living Trekkies*
Kevin David Anderson & Sam Stall, 2010
Traducción: Manuel Mata
Retoque de cubierta: Harishka
Imagen de la portada: Victor Leza

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A TODO EL PERSONAL DE LA FLOTA

Este texto es una obra original de ficción / terror / parodia. *La noche de los trekkies vivientes* no está patrocinada por, afiliada con, o respaldada por los propietarios de la franquicia Star Trek®. Cualquiera que opine lo contrario será condenado a un año de trabajos forzados en la colonia penal de Rura Penthe.

«No todo ha terminado. No todo ha sido inventado. La aventura del hombre
no ha hecho más que empezar.»

GENE RODDENBERRY

«El terror es un género que nunca muere.»

GEORGE A. ROMERO

PRÓLOGO

SEMILLA ESPACIAL

—El espacio, la última frontera...

—Calla ya.

—Éstos son los viajes de la nave estelar *Enterprise*...

—Que te calles, te digo.

—En una misión que durará cinco años, dedicada a la exploración de mundos desconocidos, al descubrimiento de nuevas vidas, de nuevas civilizaciones...

—Me estás tocando las narices.

—Hasta alcanzar lugares donde nadie ha podido llegar.

—Deja de regodearte, ¿quieres?

La primera teniente Mallory Kaplan, enfermera de vuelo de los servicios médicos de las Fuerzas Aéreas de los EE.UU., concluyó su ritual y esbozó una sonrisa triunfante.

—En realidad, la última frase no transmite del todo la situación —dijo—. Muchos hombres, y también muchas mujeres, han estado ya en el sitio al que voy. Pero seré la primera persona de esta habitación que hace el viaje.

La habitación de la que hablaba era un búnker subterráneo. Tanto ella como su oficial superior, el capitán de las Fuerzas Aéreas de los EE.UU. Les Marple pasaban en su interior cuatro turnos de ocho horas a la semana, estudiando imágenes y lecturas en pantallas de ordenador. Durante los dilatados y aburridos periodos en los que nada en el interior de la automatizada instalación requería su atención, dedicaban el tiempo a fastidiarse mutuamente.

—No estás portándote como es debido —dijo Marple—. Soy tu oficial superior. Muéstrame un poco de respeto.

—No puedo evitarlo —respondió Kaplan—. El uniforme me tiene loca.

—¿Vas a ir disfrazada?

—Pues claro. Eso es lo más divertido de acudir a una convención de *Star Trek*. Voy a ir de uno de los más insignes capitanes que han comandado la *Enterprise*.

—¿Te refieres a Kirk?

—Kirk es un tío.

—Lo sé, pero seguro que puedes imitarlo.

Kaplan le dio un golpecillo en la cabeza con el sujetapapeles.

—Voy de la capitana Rachel Garret —dijo.

Marple le lanzó una mirada de desconcierto.

—¿Y ésa quién coño es?

—La capitana de la *Enterprise-C*, que sirvió un par de décadas antes de la

Enterprise-D de *Star Trek: la nueva generación*. Una grieta temporal la envió al futuro y cambió la historia. Para reparar los daños, tuvo que volver a su propio tiempo, a pesar de que...

—Sí, sí, sí —dijo Marple—. Ya lo sé, me compré el *blue-ray*. ¿Para qué vas de alguien tan poco conocido? No te va a reconocer nadie.

Al ver la sonrisa de malicia de Kaplan, supo que había caído en una trampa.

—Oh, es verdad —dijo ella con fingida consternación—. Que tú nunca has estado en una GulfCon. No sabes que a los asistentes les gusta vestirse de personajes muy poco conocidos. Es una broma que comenzó en la primera edición, hace cinco años. Si consigues pasar el fin de semana entero sin que nadie adivine tu identidad, ganas cien pavos.

—Vaya chorrada —respondió Marple—. Yo iría de Picard. Fue el que me inspiró para alistarme en las Fuerzas Aéreas. Sigo pensando que algún día exploraré el espacio al mando de mi propia nave.

—Y yo —dijo Kaplan con voz melancólica—. ¿Y qué tal va la cosa?

Marple miró a su alrededor. El búnker en el que se encontraban estaba en el recinto del centro espacial Johnson, a las afueras de Houston, Texas. Su puesto, tras una puerta de acero que se abría sólo para aquellos que pasaban un examen de retina, era una habitación poco iluminada, con el suelo de hormigón y un solitario y alargado escritorio sobre el que descansaban dos enormes monitores, monitores que conformaban el centro de sus vidas profesionales.

—No exactamente como yo esperaba —dijo Marple.

—Al menos eres calvo, como Picard —dijo Kaplan.

—Prefiero no tener pelo a llevar el peinado de Janeway. El de la primera temporada.

—También serías un Orion genial. Ya estás verde de envidia.

Marple se disponía a decirle a Kaplan que se podía meter su actitud arrogante por su Tubo de Jefferies cuando uno de los monitores que tenían delante emitió un solitario *ding*.

—Jaula diecisiete —dijo Kaplan, muy serio de repente.

Los dedos de Marple volaron sobre el teclado. Una imagen en blanco y negro de un recinto de paredes de acero apareció de repente en sus dos pantallas. En el interior del recinto, un cuadrúpedo caminaba de un lado a otro. En ese momento, con la cabeza gacha y la mirada clavada en una de las esquinas, se detuvo.

—A ése no lo había visto —dijo Kaplan—. Parece que lo hubieran despellejado parcialmente.

—Antes, cuando aún se preocupaban por esas cosas, un genio decidió hacerle la vivisección —dijo Marple—. O quizá debería decir «disección». El caso es que no salió como se esperaba. El tío que lo intentó está en la jaula treinta y dos.

Kaplan registró convenientemente el episodio en su diario. Y no es que fuese necesario. Todo, absolutamente todo lo que sucedía en aquellas instalaciones estaba

sometido a una atenta vigilancia desde un centro de mando situado fuera de allí. No era necesario enviar informes. Los jefazos lo veían todo en tiempo real.

—Hoy están saltando muchas alertas —dijo—. Es como si estuvieran inquietos, o algo así.

Marple se echó a reír.

—No están inquietos —dijo—. No están de ningún modo. Van en una dirección hasta que chocan con una pared y luego van en la dirección contraria hasta topar con otra.

—Aun así —dijo Kaplan— cuatro alertas son muchas alertas.

Marple sabía que tenía razón. Muchas veces pasaban turnos enteros sin un solo movimiento. Los cuatro incidentes que habían registrado hasta el momento eran una novedad. Sobre todo porque los cuatro se habían sucedido en las dos últimas horas. Cada uno de ellos procedía de un espécimen distinto, dos de los cuales habían pasado meses enteros sin moverse. Pero aquel día se habían levantado y habían echado a andar. O a tambalearse. O a reptar.

Era una situación sin precedentes. Kaplan y Marple detestaban las situaciones sin precedentes, porque siempre existía la posibilidad de que se transformaran en situaciones horribles. En cosas que no se podía permitir que salieran jamás a la luz del día. Como el tío de la jaula treinta y dos.

—A veces me gustaría seguir en un silo, trabajando en la dotación de un misil *Minutemen* —dijo Marple—. No era tan estresante.

—Por eso nos escogieron para este puesto, ¿no? —dijo Kaplan.

—Sí. Mi perfil psicológico era exactamente el que buscaban. Alguien a quien no le importaría pasar mucho tiempo bajo tierra, contemplando el fin del mundo.

Su monitor emitió una discreta alarma.

—¿Qué? —dijo Kaplan—. ¿Qué pasa?

Marple estudió las lecturas de su pantalla. Los ojos se le abrieron de par en par.

—Hay un problema con el sistema de seguridad —dijo—. Una avería de las gordas.

—¿De qué tipo? —preguntó Kaplan.

Marple observó la pantalla durante varios segundos más.

—Tenemos pérdida de contención en las jaulas nueve y doce.

—¿Eso quiere decir que...?

—Enséñame la doce —dijo Marple—. Puede que sea una falsa lectura.

En sus monitores apareció otra imagen en blanco y negro de una celda de paredes de acero. Estaba vacía.

—Cambia al exterior —dijo Marple.

La imagen mostró la puerta de la doce. Una puerta que no se había abierto, que ellos supiesen, en más de dos años.

Y ahora estaba abierta de par en par.

—Estamos jodidos —dijo Kaplan—. Estamos bien jodidos.

—Calma —dijo Marple mientras escribía, con la frente perlada por el sudor—. Un error del ordenador las ha abierto. Pero aquí estamos a salvo. Nada puede atravesar una puerta de acero de cinco centímetros de grosor.

—Joder —dijo Kaplan—. ¡Se abren más! Hemos perdido la contención en la treinta, la veinticinco, la ocho...

—Vale. Ya lo pillo. Comprueba la jaula uno.

Kaplan cambió la imagen justo a tiempo para que los dos pudieran ver cómo se abría la puerta y aparecía un rectángulo de impenetrable oscuridad.

Observaron el hueco con aterrada fascinación. La cámara interior de la habitación se había averiado meses antes. Como no se permitía entrar a nadie, bajo ninguna circunstancia, la criatura que acechaba en el interior de la jaula uno seguía siendo un misterio.

—Igual está muerta —susurró Kaplan, mientras los dos contemplaban las pantallas—. O sea, muerta de verdad.

Casi antes de que las palabras abandonaran su boca, algo salió de la oscuridad arrastrando los pies. La criatura estaba desnuda, pero era imposible determinar su sexo. Su piel reseca estaba tirante sobre el esqueleto. Había perdido el pelo, los ojos se le habían hundido dentro de las cuencas y sus labios, mostrando toda la dentadura, esbozaban una sonrisa permanente.

Pero caminaba.

—Eso está a siete metros de aquí, por el pasillo —dijo Kaplan—. Tenemos que salir.

—No —dijo Marple—. Algo está abriendo todas las puertas automáticas del complejo. Si salimos de aquí, podemos darnos por muertos. O algo peor.

—¿Todas las puertas automáticas?

Marple comprendió lo que quería decir. Ambos se volvieron a la vez hacia el otro extremo de su habitación. En ese preciso instante, la puerta de la sala se abrió deslizándose.

Al otro lado, en la oscuridad, algo emitió un gemido.

Kaplan estiró el brazo y cogió la mano de Marple.

—Siento haber dicho que estás calvo —susurró.

—Y yo siento haber dicho que llevas el peinado de Janeway —respondió él.

Marple levantó la mirada hacia la cámara del techo que, situada justo delante de ellos, transmitía desapasionadamente al centro de mando externo todo lo que estaba sucediendo.

—¿A qué estáis esperando? —le gritó—. ¡Por el amor de Dios, hacedlo!

A ochocientos kilómetros de allí, un general de dos estrellas se inclinó sobre el hombro de un técnico y presencié los últimos momentos de la enfermera de vuelo y el antiguo comandante de misiles. Se frotó la nuca, observó los rostros aterrorizados de la media docena de oficiales que tenía a su alrededor y dijo:

—Se acabó. Detonen la bomba. Difundan la tapadera.

LA PEQUEÑA GUERRA PRIVADA

Terminaba el invierno de 2009 y Jim Pike se encontraba en Afganistán.

Había llegado allí pocas semanas antes, con el resto de su unidad, el grupo de combate de la 3ª brigada de la 10ª división de montaña. El tiempo era frío y ventoso y el paisaje montañoso parecía de otro mundo. Un mundo compuesto casi en su totalidad de laderas empinadas y precipicios de más de trescientos metros.

Tenía veintitrés años y, con la impedimenta completa, dirigía un pelotón por uno de los barrios de las afueras de Asabad, la capital de la provincia de Kunar, un sitio dejado de la mano de Dios, situado junto a la frontera de Pakistán. En las buenas épocas servía como refugio a contrabandistas que traficaban con toda clase de cosas, desde madera ilegal a drogas. En las malas —y aquella era una época mala, muy mala— acogía a guerrillas de todo pelaje, de Al-Qaeda a los talibanes, pasando por los muyahidines.

Asabad, un laberinto de callejones angostos y casas con patios delimitados por muros, en el que vivía aproximadamente la mitad de los treinta mil habitantes de la provincia, era su capital oficiosa. Las tropas la conocían como «A-bad».

Jim observó cómo avanzaban por una calle polvorienta y tortuosa los seis hombres de su pelotón, el grupo de avanzada de una fuerza de asalto de tres pelotones, apoyada por vehículos de combate Striker y helicópteros artillados Apache. Buscaban francotiradores y marchaban cubriéndose unos a otros. Un viejo sentado en la acera, embutido en un *chapan* andrajoso y manchado de barro para protegerse del frío, apenas reaccionó al verlos.

Se detuvieron cerca de la puerta de una casa cuyo aspecto acusaba el efecto de las inclemencias del tiempo. Estaban convencidos, porque lo habían visto en las imágenes grabadas por cámaras-robot durante la reunión informativa previa a la misión, de que en su interior había un cargamento de armas de contrabando. Las cajas, almacenadas en el polvoriento patio del edificio y perfectamente visibles en las fotografías, tenían la forma y el tamaño habitual de las cajas de armamento.

El soldado que iba en vanguardia intentó abrir. Estaba cerrado.

Jim se disponía a ordenar que entraran. Entonces, por el rabillo del ojo, vio que el anciano del *chapan* se levantaba y desaparecía por un callejón. En Afganistán no era buena señal que la gente se esfumara de aquel modo. Significaba que iba a ocurrir algo. Y que no querían estar cerca cuando ocurriera.

—Alto —dijo Jim.

Pero sus soldados no parecieron oírlo. Se apelotonaron en la entrada, listos para comenzar.

—¡Alto! —gritó.

Nadie le hizo caso. Uno de ellos echó la puerta abajo de una patada e irrumpió corriendo en la oscuridad. Otros dos más lo siguieron.

Una explosión estremeció la calle. La puerta vomitó polvo y llamas. La onda expansiva expulsó a uno de los soldados de la casa. Se quedó en el suelo, con las manos en la cara.

Los otros dos no aparecieron.

Jim entró precipitadamente en el edificio en llamas, tratando de localizar a sus camaradas en medio de la asfixiante oscuridad. Avanzó sin un objetivo preciso durante lo que le pareció una eternidad, recorrió lo que se le antojaron kilómetros. Poco a poco, se fue dando cuenta de que era imposible que siguiese en aquella minúscula y minada vivienda de las afueras de A-bad.

En ese momento encontró a sus hombres.

Los desaparecidos eran los soldados Eric Williams y Lou Jones. Ambos acababan de incorporarse a la 3ª. Los dos estaban cubiertos de sangre y tenían los uniformes hechos jirones y ennegrecidos. Pero ambos seguían de pie, calmados y en posición de descanso.

—¿Por qué no me habéis hecho caso? —les preguntó.

—No podíamos —dijo Lou—. No estabas aquí.

Los dos, comprendió Jim, estaban muertos. Pero, sin embargo, se encontraban allí, mirándolo con cara de muy pocos amigos.

—Éramos responsabilidad tuya —dijo Eric.

Jim trató de decir algo, pero no salió ninguna palabra de sus labios.

—¿Dónde estabas? —volvieron a preguntarle.

Jim intentó responder de nuevo.

—Despierta —dijo otra persona.

La oscuridad se iluminó y los rostros de los soldados muertos se desvanecieron. Una voz nueva, algo menos insistente, reemplazó a las otras.

—¡Despierta! —gritó la voz—. Hay un crío loco con un fáser.

Jim se incorporó. El periódico resbaló por su regazo y cayó al suelo. Se frotó la frente y miró a su alrededor. Afganistán había desaparecido. Y también 2009. En su lugar, se encontraba en un comodón sillón del vestíbulo del hotel y centro de convenciones Botany Bay, en plena zona metropolitana de Houston. Era la tarde de un viernes.

Y se había quedado dormido en el trabajo.

La propietaria de la voz se encontraba frente a él, con su rostro bronceado arrugado por una mueca de desaprobación.

—Eh, Janice —dijo con una especie de gruñido—. ¿Cómo te va?

—Tienes suerte de caerle bien al director —respondió Janice Bohica mientras se colocaba las dos manos a ambos lados de la cabeza, como si quisiera calmar las palpitaciones de un cerebro dolorido—. La verdad es que no lo entiendo. Eres la

última persona del mundo a la que yo le confiaría ninguna responsabilidad.

No era la primera vez que Jim oía aquel discurso. Sospechaba que Janice lo había empleado con una larga lista de subordinados durante los diecisiete años que, como nunca se cansaba de repetir, había pasado como gerente de día del hotel.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó.

—¿Qué tal si te despiertas del todo y empiezas a portarte como un adulto? Por si no te has dado cuenta, hoy estamos un poco faltos de personal.

Jim recorrió el vestíbulo con la mirada. Estaba extrañamente tranquilo para tratarse de un viernes por la tarde.

—Parece que está todo bajo control —dijo—. Aparte de doscientos o trescientos *trekkies*, esto está casi vacío.

—Tenemos exactamente doscientos sesenta y dos asistentes registrados para la GulfCon —respondió Janice—. Pero la convención tendrá más de tres mil visitantes. Y eso es mucha gente. Vas a pasarte todo el fin de semana corriendo.

Jim se incorporó en el sillón y bostezó.

—¿Qué decías de un crío con un táser?

—Un fáser —lo corrigió Janice—. Una de esas armas de rayos de *Star Trek*. Hay un chico en el segundo piso que está apuntando a los huéspedes con él. Está asustando a la gente.

—¿Y dónde está nuestro jefe de seguridad?

—Dexter está ocupado. Alguien en el séptimo piso ha llamado para quejarse de un mimo borracho. Parece ser que ha atacado a alguien.

—¿Un mimo borracho? —preguntó Jim.

—Un hombre con leotardos y la cara pintada. Se le ha echado encima a Dexter. Pero lo ha reducido con la porra, lo ha esposado y se lo ha entregado a la poli.

—Mierda —dijo Jim—. Se pasará horas rellenando formularios.

—Exacto —dijo Janice—. Y por eso te toca a ti encargarte del crío con el fáser.

—Puedes contar conmigo.

—Eso ya lo he oído otras veces —dijo Janice—. Pero sé que no lo dices en serio. Tu único objetivo en la vida es que nadie cuente contigo.

Jim sintió que su incomodidad iba creciendo. Janice era una zorra. Una entrometida. Pero lo que más lo irritaba era que lo tenía totalmente calado.

—Mira, dejemos la psicoterapia para otro día, ¿vale? —le pidió—. Ya lo sé. Soy un lastre en tu existencia. ¿Por qué te empeñas en malgastarla catalogando mis muchos defectos?

Janice lo miró de arriba abajo.

—Porque podrías aspirar a mucho más —dijo mientras señalaba el uniforme del hotel con un gesto—. Eso no es para ti.

Jim sintió el irrefrenable deseo de cambiar de tema, así que se arrodilló y recogió su periódico, la edición matutina del *Houston Chronicle*. Leyó el titular de portada antes de dejarlo pulcramente doblado sobre la mesita lateral: «Clausurado el centro

espacial Johnson.»

—Una fuga de gas ha provocado una explosión —le explicó Janice—. Lo han acordonado para los equipos de recuperación. Lo van a examinar de arriba abajo.

—Parece que te interesa mucho la historia.

—Las cosas de la actualidad son importantes. Especialmente, las cosas de la actualidad que suceden a veinticinco kilómetros de aquí. Y ahora, por favor, ve a buscar al niño del faser.

Se volvió bruscamente y regresó al mostrador principal.

Jim se levantó y se pasó las manos por su corto cabello de color castaño. Sólo lo llevaba un poco más largo que el rapado típico del ejército. Pero el uniforme del hotel era completamente distinto. En lugar de camuflaje para el desierto, casco y chaleco antibalas, llevaba unas botas negras, unos pantalones holgados del mismo color y una falsa pechera blanca por debajo de una chaqueta cruzada de color rojo. No era el atuendo ideal para pasar el agosto en Houston, pero en el interior del herméticamente sellado Botany Bay, donde un sistema de control climático reducía la temperatura ambiente hasta los veintitrés grados, era tolerable.

Más que el lugar del que acababa de salir, desde luego.

Cruzó rápidamente el soleado atrio que daba a los diecisiete pisos del hotel. Las paredes laterales y la trasera estaban cubiertas por las ventanas de las habitaciones. La que estaba orientada hacia el norte albergaba la entrada principal, una batería de puertas de cristal. Al otro lado se encontraba el mostrador de recepción, una alargada mesa de mármol negro.

Justo detrás del mostrador había un grupo de cuatro ascensores de cristal. Jim pulsó el botón de llamada y luego sacó un *walkie-talkie* del bolsillo interior de su chaleco. Alguien había escrito PROPIEDAD DEL HYCCBB en la parte de atrás con un rotulador.

—Eh, Dexter, ¿estás por ahí? —dijo.

—En el despacho —fue la respuesta—. Haciendo unos primeros auxilios.

—¿A quién?

—A mí mismo. El hijo de puta del mimo me ha mordido en el brazo.

—¿Lo dices en serio? ¿Te ha mordido un mimo?

—No es broma, Pike. Estoy sangrando. Me acabo de echar un litro de peróxido de hidrógeno en esta cosa.

Jim sintió la tentación de responder que había visto heridas peores en su vida, pero no tenía mucho sentido tratar de explicarle aquello a un civil.

—Voy a ir a buscar al crío ese del faser —dijo—. ¿Quieres que lo lleve a tu despacho?

—Joder, no, vale con que me traigas el juguete —respondió Dexter—. No quiero llamar de nuevo a la poli. Han tardado una eternidad en llevarse a Marcel Marceau.

El ascensor del extremo derecho anunció su llegada. Las puertas se abrieron y Jim entró.

—Voy de camino —dijo mientras se cerraban—. Nos vemos en unos minutos.

Se guardó el *walkie-talkie* en la chaqueta y pulsó el botón del segundo piso. En los altavoces del hotel sonaba una discutible interpretación de *Lucy in the sky with diamonds* a cargo de William Shatner. Los organizadores de la GulfCon habían preparado una lista de temas a medida de los *trekkies* de la convención: había canciones pop interpretadas por Leonard Nimoy, temas de Jerry Goldsmith y alguna que otra aparición estelar de una ballena gibosa. Jim suponía que esto último era un homenaje a *Star Trek IV: misión, salvar la Tierra*, pero tampoco tenía ninguna certeza.

Un momento después se abrieron las puertas del ascensor y apareció un adolescente de mirada nerviosa con una camiseta que rezaba «Solo puede haber un Kirk». Apuntó a Jim con un fásér de plástico y apretó el gatillo. El juguete emitió una descarga de brillante luz roja.

—¡Zum! —gritó el muchacho.

Los brazos de Jim se movieron a la velocidad del rayo y asieron al chaval del fásér por la muñeca, lo introdujeron en el ascensor de un tirón y lo empujaron contra la pared. Fue un movimiento reflejo. Ni siquiera tuvo que pensar para ejecutarlo.

—No se apunta a la gente con armas —dijo—. El último tío que me hizo eso está criando malvas.

El adolescente, totalmente aterrorizado, soltó su juguete.

Jim se agachó para recogerlo, avergonzado consigo mismo por haber reaccionado de manera excesiva. Tampoco es que aquel estudiante de instituto fuese una amenaza para nadie. Sólo necesitaba un poco de disciplina.

—Mira, ¿por qué no te vas a tu habitación? —le sugirió—. A ver la tele o algo.

—La tele ha petado.

«Genial —pensó Jim—. Más problemas.»

Le preguntó al chico su número de habitación y trató de aclarar el asunto.

—¿Quieres decir que está estropeada? ¿O es que la imagen no es nítida?

—Sólo sale estática —le explicó el muchacho.

Jim le prometió que mandaría a alguien de mantenimiento antes de que acabara el día.

—Y el juguete puedes recuperarlo después de la convención. Pregunta por él cuando dejéis el hotel.

Un momento después volvía a estar en el vestíbulo. Al salir del ascensor se encontró a una bonita joven esperando para subir. A juzgar por su traje azul marino y su bolsa de viaje, debía de estar allí por trabajo.

—Bonito disfraz.

Jim se miró la chaqueta roja del uniforme —y el fásér de plástico— y se dio cuenta de que lo había confundido con un *trekkie*.

—No he venido a la convención —le explicó, un poco azorado—. Trabajo en el hotel.

La chica subió al ascensor.

—Entonces será mejor que enfundes la pistola de rayos.

Jim trató de responder algo, pero ya era demasiado tarde. Las puertas estaban cerrándose.

«Va a ser un fin de semana de éstos», pensó.

En el mostrador principal, pasó junto a uno de los chicos de mantenimiento, que estaba tratando por todos los medios de colgar un cartel que decía: Bienvenidos a la v GulfCon anual sobre la recepción. Se metió tras el mostrador, atravesó una puerta y cruzó una serie de cubículos hasta llegar a un despacho de verdad, con paredes normales. En la puerta había un cartel que decía: Jefe de seguridad. Jim usó la empuñadura del faser para llamar.

—Pase —dijo una voz desde el otro lado.

Entró en el despacho de Dexter Remmick y tiró el faser de juguete en una caja de gran tamaño donde se guardaban los objetos perdidos. Los más de ciento cincuenta kilos de humanidad de Dexter estaban encajados al otro lado de su escritorio de metal, en cuya superficie se veía los productos desparramados del botiquín del hotel. Tenía el brazo izquierdo envuelto en un vendaje reciente.

—Vaya, vaya —dijo Dexter—. El ayudante uniformado del director de personal ha decidido honrarnos con su presencia. ¿Qué tal la siesta?

—Estimulante —dijo Jim—. Gracias por echarme a Janice encima.

—De nada. ¿Cómo te sienta el ascenso?

Jim esbozó una sonrisa siniestra mientras se sentaba. Había pasado la mayor parte de sus seis meses en el Botany Bay como simple botones. Su «ascenso» —a esas alturas ya un chiste entre Dexter y él— se había producido de manera inesperada. Un día, el director gerente lo había llamado a su oficina para decirle que había oído buenas cosas sobre su «estilo de liderazgo» y su capacidad para «insuflar energía» al resto del personal de uniforme.

Dexter suponía, acertadamente, que el alabado «estilo de liderazgo» de Jim derivaba del hecho de que medía un metro noventa y pesaba ciento diez kilos de puro músculo. Cosa que tendía a inspirar obediencia inmediata entre las filas del personal cuando les pedía que hicieran algo. Como aquella vez en que acorraló a Ted, el limpiapiscinas, y le dijo que dejara de echarles miraditas lascivas a las chicas mientras limpiaba los filtros. Después de aquel encuentro, Ted pasó a comportarse como si estuviera debidamente motivado.

«Más motivado y se habría meado encima», bromeó Dexter en su momento.

—¿Cuándo va a comprender la gente que cogí este trabajo para no tener responsabilidades? —dijo Jim.

—Lo mismo que yo, colega —repuso Dexter—. Y hoy tengo la suerte de cara con eso. Kevin tendría que haberme ayudado con el puñetero mimo, pero está en casa, enfermo. Ahora mismo, soy el único representante de la ley al oeste del Pecos.

—Al menos no estamos a tope —comentó Jim.

—A Dios gracias. Si el hotel estuviera hasta arriba, estaríamos jodidos. La gente lleva todo el día llamando para decir que están enfermos.

Se miró el vendaje con el ceño fruncido. La gasa estaba empezando a ponerse rosa.

—Tienes que ir a que te miren eso —dijo Jim—. Sangra demasiado.

—Ya me encargaré después del trabajo —dijo Dexter—. Hay demasiado curro como para escaquearse.

—Ah, sí, ¿eh? Pues entonces será mejor que pase a modo de emergencia.

—¿Y eso qué es?

Jim se puso en pie para marcharse.

—Es cuando tiro el *walkie-talkie* por la escalera de incendios y me escondo en el montacargas.

—Parece un buen plan. Y saluda a Sarah de mi parte.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Jim.

—¿Me tomas por tonto? Cada vez que vienes a verme, encuentras una excusa para visitar el cubículo de la nueva. Debe de ser una reacción instintiva. Como esos gorriones que vuelven volando a Caracas todos los años.

—Son golondrinas y vuelven a Capistrano —dijo Jim—. Pero entiendo lo que quieres decir. La saludaré de tu parte.

—Y ve con cuidado —añadió Dexter—. El mimo podría tener amigos.

—Dudo mucho que los mimos tengan amigos, en serio —dijo Jim al salir por la puerta.

Sarah Cornell, la chica de veinticinco años a la que el hotel acababa de contratar como ayudante del coordinador de *catering*, estaba sentada en su cubículo.

—Eh —dijo al verla—, ¿cómo va el negocio de la alimentación?

Sarah levantó la mirada. Parecía cansada.

—Necesito quince kilos de gusanos de gelatina comestible para uno de los banquetes de la GulfCon. Es para un bufet alienígena... algo llamado *gug*.

—Creo que te refieres al *gagh* —la corrigió Jim—. Es un tipo de gusano que les encanta a los klingons.

—Lo que tú digas, friki —respondió Sarah—. Tengo que coger el coche para ir a buscarlos.

—Pues debe de hacer como ciento diez grados ahí fuera.

—Da igual. Ni la lluvia, ni la nieve ni el calor sofocante impedirán que este correo consiga un montón de gusanos de pega para que unos frikis de la ciencia-ficción puedan darse un atracón. Y luego creo que me voy a pirar a casa antes de tiempo. Necesito quitarme el sujetador.

—Yo puedo ayudarte con eso —se ofreció Jim—. Tengo experiencia de sobra.

—No, en serio, mira esto.

Se abrió un poco la blusa de seda azul para mostrarle el hombro derecho. Justo debajo de la clavícula tenía un cardenal del tamaño de un limón. El sujetador cubría

una parte del borde.

—No veas cómo pica —dijo.

—Pues ve al médico —dijo Jim.

—Si tuviera seguro médico, lo haría. Pero la empresa tiene un periodo de prueba de tres meses para el personal nuevo. —Sacó el bolso de debajo de la mesa y se levantó—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Rodríguez está preparando una cena con bufet en el salón de exposiciones. Estamos esperando un gran pastel con forma de... de...

Sacó una nota adhesiva de detrás de su ordenador.

—«Crucero de batalla klingon de clase AD-7.» Pero en la panadería no me cogen el teléfono. Así que necesito que le des a Rodríguez su número, ¿vale?

Le tendió la nota y Jim vio que tenía un pañuelo de papel alrededor del índice de la mano derecha.

—El hijo de cuatro años de mi vecina me ha mordido —le explicó ella.

—¿En serio? —preguntó Jim—. Dexter acaba de contarme que...

—No me lo podía creer —continuó Sarah—. Ese canijo se me echó encima mientras salía del coche. Creí que me iba a arrancar el dedo.

Le mostró la herida: sólo eran unas marcas ensangrentadas de dientes de tamaño infantil. Pero mientras Jim las miraba, las mordeduras comenzaron a supurar. Sarah limpió la sangre con el pañuelo de papel y luego lo tiró a la papelera. Una papelera que estaba ya medio llena de pañuelitos ensangrentados.

—Tampoco es el fin del mundo —le aseguró ella—. Hazme ese favor con Rodríguez, ¿quieres?

Salió del cubículo y se alejó. Jim la siguió con la mirada.

Luego miró la nota. Estaba manchada con brillantes gotitas rojas de sangre fresca.

LA COLECCIÓN DE FIERAS, PARTE I

El aparcamiento del hotel comprendía siete pisos, seis sobre el suelo y uno por debajo. El cavernoso subterráneo albergaba autocares para visitas guiadas, autocares de lujo y cualquier otra cosa que necesitara un poco más de espacio y seguridad. De noche, una gigantesca compuerta de metal descendía sobre la única entrada, que quedaba cerrada a cal y canto.

Jim se encontraba junto a la plaza K-7, esperando la llegada de su hermana.

Una voz chirrió en su *walkie-talkie*.

—Ahí están —dijo Oscar—. La leche... No te lo vas a creer.

—¿El qué? —respondió Jim.

Casi al mismo tiempo en que formulaba la pregunta, el autocar de su hermana dobló el recodo. Era un minibús de esos que utilizan las estrellas del rock cuando van de gira y que llevan a los jubilados a Yellowstone. Pero Jim no había visto ninguno parecido a aquél. Estaba pintado de un azul plateado, metálico. Algo parecido a una parabólica sobresalía de la rejilla del radiador. A ambos lados de techo discurrían sendos tubos de metal de considerable grosor, con unas luces rojas parpadeantes al final.

Jim sabía exactamente lo que estaba viendo: un muy caro, muy elaborado y muy patético intento de convertir el minibús en la *Enterprise*.

—Houston, tenemos un circo de frikis —murmuró con desánimo.

El minibús se detuvo con un siseo de los frenos. La puerta lateral se abrió chirriando y Rayna bajó de un salto. Cruzó los tres metros y medio que los separaban en tres zancadas atropelladas y lo abrazó. Él la estrechó entre sus brazos y levantó su menudo cuerpo del suelo.

—Has cambiado —le dijo Rayna mientras levantaba la mirada hacia su cara—. Pareces más serio.

—No te haces una idea —replicó Jim—. Pero tú también has cambiado.

—¿En serio? ¿En qué sentido?

—Estás azul. Y te salen antenas de la cabeza.

—Soy una andoriana —dijo Rayna—. Somos una raza beligerante de una luna de clase M. Puedes llamarme por mi nombre, teniente Thellina.

—Estás hecha toda una friki, por lo que veo.

—Deberías felicitarme —respondió Rayna—. Me acaban de ascender a timonel de la *Stockard*.

—¿Qué es la *Stockard*?

Rayna señaló el minibús.

—Ya veo —dijo Jim—. ¿De dónde habéis sacado esa chatarra?

La puerta de la *Stockard* volvió a abrirse. De su interior salió un hombre alto y delgado, de unos veintitantos años, con un mono de color dorado y una chaqueta a juego. Llevaba unas gafas de piloto, grandes, al estilo de las que lucía Tom Cruise en *Top Gun*.

—Eh, teniente Cachonda —dijo—. ¿Adónde has ido?

Ante los ojos de Jim, el señor Ray-Bans rodeó el cuello de su hermana con el brazo izquierdo. Más que un abrazo, fue una presa de lucha libre de pega. Durante un instante se preguntó si iba a frotarle los nudillos contra la cabeza.

—No me toques las antenas —suplicó Rayna.

Jim sintió que se le ponían tensos los hombros y el cuello. Acababa de conocer al tío, pero ya se sentía como si lo aborreciera hacía años.

—Matt, éste es mi hermano Jim —dijo Rayna.

—Matthew Stockard —dijo el recién llegado—. O mejor, mientras dure este sarao, comodoro Stockard, al mando de la *Stockard*.

—Matt me ha enseñado a conducir este trasto —intervino Rayna.

—Al principio me daba miedo que no pudiera manejar algo tan grande —dijo Matt—. Pero tiene talento innato. Y le encanta darle.

Jim pensó que no le costaría nada dejar al comodoro Capullo tendido sobre el suelo de cemento del garaje. Capacidad no le faltaba, y Matt acababa de darle un motivo.

Rayna percibió el nerviosismo de su hermano.

—Lo que quiere decir es que he conducido la mayor parte del camino —le explicó, tratando de apaciguarlo—. En realidad, no es tan complicado.

—Estoy seguro de ello —dijo Jim—. ¿Cómo te ganas la vida, Matt?

—Comodoro Stockard.

—Lo que sea. ¿En qué trabajas?

Rayna frunció el ceño.

—Jim, durante una convención, no es de buena educación preguntar a la gente detalles sobre sus vidas privadas —dijo—. Si sale de ellos y te los cuentan, vale. Pero...

—Desarrollo de software en Imp Entertainment —dijo él—. He trabajado en un par de juegos que quizá conozcas. ¿Has oído hablar de *Shopping Maul*?

De hecho, Jim lo conocía. Había jugado varias veces. Estaba ambientado en un centro comercial atestado de mutantes después de un apocalipsis. Tenías que ir de tienda en tienda comprando cosas mientras te cargabas a los malos con una ametralladora. La verdad es que era bastante difícil. Hacía falta práctica para disparar a la gente mientras empujabas un carrito de la compra.

—Lo siento, no me suena de nada —mintió.

Una expresión de decepción cruzó por un instante el rostro de Matt.

—Pues tú te lo pierdes —dijo—. Fue el mejor *shooter* del año pasado.

Formó sendas pistolas con las manos y apuntó con ellas al pecho de Jim.

—¡Bang! —dijo— ¡Bang! ¡Bang!

A continuación se las llevó a la boca, sopló un humo imaginario y fingió que las enfundaba.

Jim trató de pensar en algo que decir. Pero no tuvo que hacerlo, porque en aquel momento otra de las pasajeras de Matt bajó del minibús. Tenía la misma edad de Rayna y llevaba una media melena negra y unas aparatosas gafas rectangulares. Su uniforme consistía en una blusa sin mangas de cuello abrochado, una minifalda, unas orejas puntiagudas y una daga enfundada en la cadera derecha.

—Jim, te presento a mi amiga T’Poc —dijo Rayna—. T’Poc, Jim.

—Hola —dijo T’Poc.

Jim le devolvió el saludo,

—T’Poc es una oficial vulcana de la *ISS Enterprise*, que existe en un universo alternativo gobernado por los bárbaros del Imperio de la Tierra —dijo Rayna—. Ya sabes, la dimensión en la que todos los buenos son malos y Spock lleva perilla.

—Sí —dijo Matt—. Y si la emborrachas, te enseñará su perilla.

—Si tiene suerte... —dijo T’Poc con una sonrisa.

—Suenan... estupendo —dijo Jim con tono inseguro—. ¿Y a qué te dedicas en el mundo re...?

Rayna le lanzó una mirada.

—O sea, ¿qué haces a bordo de la malvada *Enterprise* del universo alternativo?

—Soy la ayudante personal del oficial al mando —dijo T’Poc—. Lo ayudo en su amoral y egoísta lucha por abrirse camino por cualquier medio hasta la cima de la cadena de mando. Algo que se parece bastante al trabajo que desempeña mi *alter ego* en este universo.

—¿Y cuál es?

—Es mi ayudante ejecutiva —dijo Matt—. Mantiene controlado todo aquello que yo estoy demasiado ocupado para recordar.

—A propósito —dijo T’Poc—, tienes que sacar a Gary de la nave. La está dejando hecha un asco.

Matt suspiró y luego dio unos golpes al minibús.

—¡Eh, horta, saca tu culo lleno de granos aquí fuera! —gritó—. ¡Ahora mismo, amiguito, antes de que Imp Entertainment decida reemplazarte!

—¡Voy! —respondió una voz desde dentro.

La puerta se abrió una vez más y un joven aquejado por un serio problema de sobrepeso salió del interior. A diferencia de los demás, ataviados con sus mejores galas de convención, éste sólo llevaba unos vaqueros mugrientos, unas descoloridas Chuk Taylor de color amarillo y una camiseta deshilachada en la que decía «Robo un pájaro de presa, resucito a Spock y salvo el planeta, y lo único que consigo es esta camiseta asquerosa».

Además, apestaba, y estaba recubierto de una repulsiva y viscosa sustancia de

color negro.

—Te presento a Gary Severin, mi horta de compañía —dijo Matt—. ¿Sabes lo que es un horta?

—Ni idea —volvió a mentir Jim, cuando de hecho lo sabía todo sobre los monstruos grumosos, con base de silicato y vómito ácido que habían hecho su debut en el episodio clásico «El diablo en la oscuridad». Pero fingió desconocimiento para obligar a Matt a perder más de un minuto explicando el concepto.

—Llamo «horta» a Gary porque él también es grande y está lleno de protuberancias —dijo éste, por si la comparación no resultaba evidente.

—Y también sufro de reflujo ácido —dijo Gary con pesar.

Jim frunció el ceño.

—¿Por eso estás cubierto por esa porquería?

Matt se le acercó y le pasó un brazo alrededor de los hombros. Lo dejó allí como si fuesen viejos amigos.

—Hace unos kilómetros, Gary tuvo un encontronazo con una mamá psicótica... o algo por el estilo.

—¿O algo por el estilo? —preguntó Jim.

—Que te lo cuente él. De hecho, te garantizo que lo hará, puesto que no ha cerrado la boca un puto segundo desde que sucedió. Pero bueno, no importa. Ahora lo que tenemos que hacer es ir a nuestras habitaciones y cambiarnos, porque el banquete klingon comienza a las... ¿T’Poc?

—Siete en punto en el salón Gewgal —dijo la vulcana con tono monocorde.

—Llegaremos diez minutos antes —decidió Matt— para coger una mesa lo bastante grande para los cinco.

Jim hizo los cálculos y luego se volvió hacia su hermana, que parecía haber encontrado algo sumamente interesante en el suelo del garaje.

—Me dijiste que quedaríamos a las siete para cenar —le recordó—. ¿Te referías a esto?

—Tengo todo el fin de semana pillado —se disculpó Rayna—. Pero quiero verte, de veras.

—Hazme caso, te va a encantar —dijo Matt—. Habrá una demostración de *bat’leth*, barriles de vino de sangre y todo el *gagh* que quieras comer.

—No quiero arruinaros la fiesta —dijo Jim—. Id a poneros tibios de *gagh* y que os divirtáis.

—Por favor, ven —dijo Rayna—. Hazlo por mí.

—Mira...

—¿Te he comentado que Matt lleva tirándome los tejos sin parar desde hace tres horas?

—Allí estaré —decidió Jim. Sacó un trío de llaves de su bolsillo y las distribuyó entre Matt, Rayna y T’Poc—. Ya estáis registrados —les explicó—. Podéis coger los ascensores de allí. Gary y yo iremos en el montacargas de más allá para no asustar a

los huéspedes habituales.

—¿Dónde están los ascensores? —Preguntó Matt mientras volvía la cabeza en todas direcciones—. No los veo.

—Quítate las gafas de sol —dijo T’Poc.

Matt, con gran renuencia, se quitó al fin las Ray-Bans.

—Ah, objetivo localizado —dijo—. Nos vemos luego, Jim-Hermano-de-Rayna. Ah, y aquí tienes algo para que algún día puedas pagarte la universidad.

Introdujo un billete de diez dólares en el bolsillo de la chaqueta de Jim.

Éste sintió un destello de auténtica furia. Se disponía a sugerirle a Matt dónde podía meterse su dinero cuando, una vez más, vio la mirada de su hermana. Y se contuvo. Lo que hizo fue sacar el petate de Gary del minibús y acompañarlo por el poco iluminado garaje en dirección al montacargas.

—Eh, Oscar —dijo por el *walkie-talkie*—. Ya he recibido a mi hermana y sus amigos. Gracias por avisarme de que venían.

—No puedo hablar ahora, colega —respondió la voz del otro en medio de una tormenta de estática—. Tengo unos cretinos aquí fuera tocando las narices. Están en medio de la calle, molestando a los coches. Creo que son chicos de alguna fraternidad y van pedo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Jim.

—Ve a divertirte con tu hermana —le dijo Oscar—. Tengo la situación bajo control.

Jim volvió a apagar la radio y dirigió su atención a Gary.

—No quiero que te lo tomes a mal —le dijo—, pero ¿tu amigo Matt es tan capullo como parece?

—Aún no has visto nada —respondió Gary—. Cuando esté en el banquete klingon y se haya tomado unas pocas copas, sus poderes de cretinismo alcanzarán su máximo nivel. Pondrá la nave a velocidad 9,95, ya verás.

Jim dedujo que aquello era malo. Muy malo.

Recorrieron el resto del camino hasta el montacargas en silencio. Jim pensó que existían muchas probabilidades, realmente muchas, de que Matt no saliera con vida del hotel Botany Bay.

EL EQUILIBRIO DEL TERROR

«Los niños muerden a los adultos todos los días —se dijo Jim—. Y que un mimo borracho le dé un bocado a un guardia de seguridad no es algo por lo que preocuparse.» Sólo se trataba de una extraña coincidencia.

Pero aun así, sentía el hormigueo de su famoso «sentido arácnido».

Jim había aprendido a fiarse de su instinto durante su primera escaramuza, cuando se dio cuenta de que siempre parecía saber, como medio minuto antes que todos los demás, que iba a empezar a llover mierda. Su sargento decía que le recordaba a esos perros que saben que se va a producir un terremoto.

Se ganó su reputación enseguida durante aquella primera misión. Iba de patrulla con su unidad por el surco cubierto de baches al que la gente de la zona, en un acceso de generosidad, llamaba carretera. A un lado descansaba una vieja y oxidada camioneta que parecía llevar allí desde antes de la invasión soviética. La unidad de Jim había pasado junto a ella una docena de veces en otros tantos días. Aquel montón de chatarra formaba ya parte del paisaje.

Salvo aquella vez. Al acercarse, Jim sintió que algo iba mal. No podía saber exactamente de qué se trataba, pero lo sentía con tanta intensidad que reunió el valor de mencionárselo al capitán que dirigía la patrulla. Y, lógicamente, el capitán le pidió que se explicara.

—La vegetación que rodea a la camioneta... La han pisado —dijo Jim, pensando a toda prisa—. Creo que alguien ha estado haciendo algo por ahí.

Cosa que podía ser verdad. Puede que aquel detalle en concreto fuese el que hubiera detectado su siempre alerta subconsciente. Lo importante es que su unidad dio un rodeo alrededor de la camioneta. Y que luego el capitán se lo notificó a los artificieros, quienes, al abrir el capó, se encontraron dos obuses de artillería de 105 milímetros conectados a un detonador por control remoto. La persona que debía pulsar el gatillo, fuera la que fuese, había desaparecido.

Así que sabía que poseía un sexto sentido para el peligro. Le era muy útil en las zonas de guerra, donde podía entender la naturaleza de las amenazas. Pero en aquel momento se encontraba en un hotel de dos estrellas, en medio de un soleado día de agosto, rodeado de inocentes civiles, cuando su detector interno de tormentas de mierda había comenzado a pitar. Y no tenía ni la menor idea de por qué.

«Puede que sólo esté aburrido —pensó—. Puede que esté tan cansado de esta mierda de ser botones que mi subconsciente está tratando de inventar algo para preocuparme.»

Llevaba la nota de Sarah entre el pulgar y el índice al salir al largo, larguísimo

pasillo que comunicaba el vestíbulo con la sala Endeavour, el salón de exposiciones principal. A mano derecha había baños y habitaciones de almacenamiento. A mano izquierda, puertas que llevaban a salas de reuniones más pequeñas y comedores. En la mayoría de ellas había caballetes junto a la puerta donde se anunciaba que en algún momento de la tarde del sábado se celebrarían acontecimientos con nombres como «Engañar a la muerte con un transportador» o «Klingons, bynars y gorns. ¡Vaya!».

Se detuvo el tiempo justo para leer un cartel de gran tamaño pegado en la puerta del auditorio. Explicaba que la conferencia principal del sábado la daría un profesor llamado Eli Sandoval, un aclamado exobiólogo y una de las principales autoridades del mundo sobre la posible existencia de vida extraterrestre. Jim se preguntó cómo habrían hecho los organizadores de la GulfCon para atraer a un fan de una universidad de prestigio hasta Houston en mitad de agosto.

Al llegar a la entrada de la sala Endeavour, al otro lado del mostrador de registro de la GulfCon, la sangre de la nota de Sarah había comenzado a secarse. Eran las cinco y cuarto y se suponía que debía verse con su hermana en menos de una hora. Había decidido recorrer más de ciento cincuenta kilómetros con unos amigos para asistir a la reunión y esperaban llegar alrededor de las seis.

Sacó el móvil y bajó por el menú hasta llegar a «Rayna».

El teléfono de su hermana sonó cuatro veces antes de que ella lo cogiera.

—Hola, Jim —fue lo único que oyó antes de que una descarga de estática inundara la conexión.

—¿Rayna? —dijo.

—... estúpido teléfono.

—¿Va todo bien? —preguntó Jim.

La estática desapareció un instante.

—Estamos bien —respondió Rayna—. Hay mucho tráfico.

—¿Qué le pasa a tu móvil? —dijo Jim.

—... conexión empeora cuanto más nos acercamos a tu...

Más estática.

—No sé si merece mucho la pena esta convención —dijo Jim—. Igual es mejor que os desviéis para ir a la playa.

El mensaje, transmitido medio a gritos, alcanzó a su destinataria. La respuesta llegó en fragmentos.

—... esperándola hace mucho... mayor convención de *trekkies* del sur...

De fondo se oyó una voz masculina. Dijo algo sobre reservas de habitaciones no reembolsables.

—Vale —respondió Jim, de nuevo a gritos—. Nos veremos pronto. Pero, por favor, tened cuidado. Y cuando estéis cerca, avisadme para que pueda ir a buscaros. ¿En qué coche venís?

Jim creyó oír unas risas.

—Ya lo verás —dijo Rayna—. Y no te lo vas a...

Sus últimas palabras se las tragaron las interferencias.

Jim miró el teléfono, soltó una imprecación entre dientes, volvió a cerrarlo y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Sólo entonces se dio cuenta de que sus gritos habían llamado la atención de buena parte del mostrador de registro de la GulfCon.

—¿Problemas con tu comunicador? —preguntó un tipo achaparrado disfrazado de ferengi.

—Interferencias subespaciales —dijo Jim a la quincena de *trekkies* que lo estaban mirando—. En este sector siempre son un problema.

Un tellerita y un romulano asintieron con gesto de complicidad.

«Rayna tiene veinte años —pensó Jim—. Ya es adulta. Estoy portándome como un padre sobreprotector.»

Pero sabía que no podía evitarlo. Había desempeñado ese papel desde la muerte de su verdadero padre en un accidente en una refinería de petróleo. Incluso en aquel momento, la representación mental que se hacía de su hermana era la imagen de una niña de diez años con lágrimas en los ojos que trataba de entender por qué papá no iba a volver a casa y ella tendría que arreglárselas con sólo una mamá y un hermano.

Y de hecho, ni siquiera tuvo esa suerte. Su madre, prácticamente una alcohólica antes del accidente, decidió cruzar definitivamente la frontera. No era violenta o escandalosa. Simplemente no era... nada. Todos los días, Jim volvía a casa tras el entrenamiento de fútbol americano seguido por Rayna, pues la niña no tenía nada que hacer después del colegio, aparte de sentarse en las gradas y hacer los deberes. Y allí estaba mamá, sentada en el sofá, bebiendo vino y viendo el Jerry Springer Show.

Murió de un infarto cuando Jim estaba en Afganistán. Una prueba más, se dijo él, de que nunca estaba cerca cuando la gente lo necesitaba realmente. Su hermana pequeña se encargó de recoger el ataúd, organizó el funeral e incluso habló en el casi desierto servicio del sepelio.

El ejército licenció a Jim dos meses después. La relación con su hermana experimentó una transformación completa. Rayna se convirtió en la responsable, mientras él sufría un proceso de involución que lo convirtió en un niño perdido y aterrorizado. Ella era una estudiante universitaria que avanzaba con paso arrollador hacia una licenciatura en psicología. Tenía una vida. Tenía amigos... aunque algunos de ellos fuesen unos fanáticos de la ciencia-ficción. Tenía un futuro.

Por su parte, Jim era un botones con un título pomposo. Su única «meta» era no volver a estar en una posición donde otras personas dependieran de él. Porque sabía que les fallaría. Igual que le había fallado a Rayna. Igual que había fallado en Afganistán.

—Discúlpeme —dijo una voz de repente, en medio de sus pensamientos—. ¿Trabaja en el hotel?

Jim salió bruscamente de sus ensoñaciones. Frente a él se encontraba un hombre de mediana edad, alto y calvo, ataviado con un uniforme médico estilo *Voyager* de corte impecable. Tenía un asombroso parecido con el médico holográfico de la serie.

Pero Jim lo reconoció al instante: era el orador principal de la GulfCon, el exobiólogo de la Universidad de Harvard.

—¿En qué puedo ayudarlo, doctor Sandoval?

El doctor se puso tenso al instante.

—¿Sabe quién soy?

—Acabo de ver un cartel de su conferencia —le explicó Jim—. Tiene mucho mérito hacer un viaje tan largo sólo para hablar delante de un puñado de *trekkies*.

—Oh, ningún problema —dijo Sandoval, aparentemente aliviado—. La comunicación con el público es una parte importante de mi trabajo. Y no me perdería una GulfCon por nada del mundo.

—¿Ha estado aquí antes? —Jim estaba un poco sorprendido. Había convenciones *trekkies* más importantes que la GulfCon y visitar Houston en agosto no era precisamente un plan muy atractivo.

—Vengo todos los años —dijo Sandoval—. Es un sitio excelente para difundir... noticias sobre mi trabajo.

—¿Algún gran descubrimiento en el campo de la exobiología? —preguntó Jim.

—Se podría decir que sí —asintió Sandoval con una sonrisa—. Pero tendrá que esperar hasta mañana para saber más. De momento, si pudiera indicarme dónde está el servicio de caballeros, le estaría muy agradecido.

Jim se lo indicó y luego se dirigió a la sala Endeavour. Allí se encontró con lo que parecía un enorme mercadillo del espacio exterior. La cuarta parte del salón, en su zona delantera, estaba ocupada por *stands* de casi tres metros de ancho por cuatro de profundidad, separados por cortinas. Había casi un centenar de ellos.

Lo que no era tan típico era lo que vendían. Al adentrarse, Jim vio que los puestos ofrecían desde figuritas cabezonas de *Star Trek* a tazas de café de la academia de la Flota Estelar, pasando por cascanueces con las cabezas de Spock y Kirk. Había frascos de perfume Pom Farr para mujeres, una cámara web con la forma de la *Enterprise* e incluso una réplica a tamaño natural de la silla del capitán.

«Ideal para los inadaptados que tienen de todo salvo una vida», pensó Jim al pasar.

Una multitud paseaba entre los *stands*, algunos de los cuales no estaban aún abiertos al público. Oficialmente, la GulfCon había comenzado a mediodía, pero como la mayoría de las convenciones, no alcanzaría su punto álgido hasta el fin de semana. Los tíos que aparecían antes eran el núcleo duro del núcleo duro, los más ansiosos entre los ansiosos. Jim vio a un hombre entrado ya en años, casi un anciano, vestido como un talosiano del primer episodio de *Star Trek*, «La jaula». Y luego a un bebé en su cochecito, ataviado como el Balok de «Las maniobras de la carbonita».

Fuera el que fuese su disfraz, Jim los identificaba a todos con facilidad. Al menos hasta que se cruzó con un tipo que llevaba un mono rosa y algo que parecía una máscara de hombre lobo.

El disfraz era tan absurdo que se preguntó si el tío sabría que la GulfCon era una

convención exclusiva de *Star Trek*. Parecía un personaje sacado de un extraño videojuego japonés.

Sin embargo, cuanto más estudiaba su extraña indumentaria, más crecía en su interior la sensación de que le sonaba de algo.

El hombre lobo se percató de que lo estaba mirando.

—Adelante —dijo—. A ver si lo adivinas.

De repente, se hizo la luz.

—Ere un kzinti de *Star Trek: la serie de animación*.

—¡Joder! —exclamó el hombre—. Eres el primero que lo pillas.

—Es un traje estupendo, pero no es oficial —dijo Jim.

—Eso es muy discutible. Si consideras que la serie de animación no forma parte del universo oficial de *Star Trek*, ¿cómo explicas que el segundo nombre de Kirk, Tiberius, se mencionara por primera vez en el episodio «Bem» de la serie de dibujos?

Jim sintió un impulso sorprendentemente intenso de responder. En su día había discutido en varios chats sobre si la apenas conocida serie de dibujos animados, que pasó la NBC de 1973 a 1974 —década y media antes de que él naciera— se podía considerar una parte legítima del universo *Star Trek*. Hasta sabía que los lupinos kzinti llevaban uniformes de color rosa porque el director de aquel episodio era daltónico y no se daba cuenta de lo ridículos que parecían.

En su juventud, se habría pasado horas litigando sobre los puntos más controvertidos del mundo *trekkie* con un tipo disfrazado de hombre-lobo rosa. Pero eso fue antes de que lo alistaran, antes de Afganistán, antes de haber conocido el mundo real. Un mundo real que había aniquilado su pasión por *Star Trek* con la misma eficacia que un proyectil de antimateria.

—Es un argumento muy interesante —dijo lacónicamente al falso kzinti—. Espero que disfrute de su estancia.

Casi había salido de allí cuando un último *stand* llamó su atención. Estaba lleno de armas blancas de aspecto letal, todas ellas de diseño desconocido para él. Detrás de una mesita plegable se alzaba una imagen realmente amenazante, un gigantesco y ceñudo defensa de fútbol con traje completo de klingon, incluida una gigantesca cresta craneal y una melena entre rojiza y negra, recogida en trenzas, que le caía sobre la piel oscura hasta llegar a los hombros. Hasta el último centímetro de los casi dos metros de su cincelada figura estaba embutida en una armadura de cuero y metal de corte impecable.

Jim se acercó al *stand* y examinó un puñal muy pesado de aspecto exótico. La empuñadura tenía un botón. Al pulsarlo, dos pequeñas hojas impulsadas por resortes salieron de la base.

—Es un *d'k tahg* —le explicó el enorme klingon con voz potente—. De la mejor calidad. Un guerrero como tú podría matar muchos *hu'q* con él.

Jim estudió la hoja. Bastaba con mirarla un instante para ver que no estaba afilada.

—Ninguna tiene filo, ¿verdad? —preguntó.

El comportamiento del klingon experimentó una sutil modificación.

—¿Trabajas en el hotel?

—Sí.

—No te preocupes, no hay nada en el puesto que esté afilado —dijo—. Tengo algunas con filo, pero están en mi habitación, bajo llave.

Jim le dio las gracias por su cooperación. Uno de los mayores peligros a la hora de celebrar una convención de ciencia-ficción era la presencia de hojas afiladas. La mayoría de la gente las llevaba sin la intención de hacer daño a nadie. Simplemente, buscaban un punto más de verosimilitud. Pero cuando los salones se llenaban de gente, esos filos se convertían en un peligro real. Con que una sola persona comenzase a abrirse paso a empujones para poder ver a Patrick Stewart, el resultado podía ser un pulmón perforado.

—Es una colección extraordinaria —dijo Jim—. ¿Las haces tú?

El klingon sonrió y dejó ver una falsa dentadura de piezas afiladas. Al menos, Jim esperó que lo fuera.

—Soy Martock, experto fabricante de armas y oficial segundo del pájaro de presa *Plank’Nar*.

—No, en serio —respondió Jim—. Habla en inglés.

—Tengo un taller de metales en Atlanta —dijo Martock—. Esto es una actividad suplementaria. Una actividad suplementaria realmente lucrativa. Hago cosas de *El señor de los anillos*, *Xena*, *Los inmortales*... Lo que quieras. Si has visto una película y quieres una pieza concreta, puedo hacerte una copia.

Jim contempló las armas del expositor. Había dagas de distintas longitudes, todas ellas con hojas curvas de aspecto amenazante. También había unos artefactos de gran tamaño, con forma de media luna, tres mangos forrados de cuero en un lado y cuatro puntas de espada y una hoja de un metro de longitud en el otro.

—Bonitos *bat’leths* —dijo—. Muy auténticos.

—No encontrarás mejores espadas de honor en todo el Imperio.

—Bueno, espero que hagas muchos negocios. De momento, la asistencia no parece muy alta.

—A veces tarda en animarse el primer día —dijo Martock—. Y ese tío tampoco es que ayude mucho, que digamos.

Señaló el escenario provisional de la sala. El *stand* de Martock se encontraba en la última hilera, lo que le permitía disfrutar de una visión privilegiada de los espectáculos. Mientras miraban, un hombre rollizo vestido con un copete negro como el carbón, un mono de una pieza con lentejuelas y la cara cubierta por un maquillaje de un repulsivo color entre verde y grisáceo, se subió al escenario.

—Oh, mierda —dijo Martock al tiempo que, inconscientemente, retrocedía un paso—. Ahí va otra vez.

Jim sonrió.

—Yo pensaba que los klingon nunca mostraban miedo.

—Lo harían si tuvieran que escuchar a ese tío. Por tercera vez hoy.

—Damas, caballeros y todos los demás, demos un caluroso aplauso a Elvis Borgsley —anunció alguien.

—¿Cómo? —preguntó Jim—. ¿Va en serio?

—Se supone que es Elvis Presley, una vez asimilado por el Colectivo Borg —dijo Martock—. A mí me gustaría asimilarlo en el maletero de mi furgoneta. Al menos hasta que acabe la convención.

Borgsley se acercó al micrófono con movimientos espasmódicos y mecánicos. Una vez allí comenzó a cantar una desafinada balada titulada *Are you isolated from the Collective tonight?*

—¿Por qué sale continuamente? —dijo Jim.

—No tienen otra cosa —respondió Martock, visiblemente contrariado—. Se suponía que venía un grupo de metal *trekkie* llamado Brecha en el núcleo, pero aún no han llegado.

—Vaya mierda —dijo Jim.

Se disponía a marcharse cuando se fijó en una cama portátil al fondo del *stand* de Martock. Había alguien tumbado en ella, pero lo único que se veía era un par de zapatillas de deporte femeninas, con las suelas sucias, que asomaban por debajo de una manta.

—¿Quién es tu amiga? —dijo, señalando hacia allí.

—Mi socia, Karen —le explicó Martock—. Hace uniformes a medida: klingon, cardasianos, todas las generaciones de la Flota estelar... Un trabajo de primera.

—¿Y se encuentra bien?

—Sólo tiene resaca. Anoche salió de marcha por la ciudad. Esta mañana, cuando ha vuelto arrastrándose, lo único que me ha dicho es que estaba hecha una mierda y necesitaba echar un sueñecito. Detesto pensar en la de comisiones que se está perdiendo.

—Puede que esté enferma —dijo Jim—. Hay algún virus en el aire, seguro.

—O puede que haya comido algo en el horrible bufet de ahí —dijo Martock, señalando una esquina de la sala—. Lleva todo el día ahí sin que nadie se le acerque.

Jim se acordó de repente de Rodríguez y la nota que tenía en la mano.

—Iré a ver —dijo—. Que disfrutes del señor Borgsley.

Martock se despidió con un gesto poco alentador.

Jim se acercó a la mesa del bufet y se encontró con el típico desayuno a base de bollitos, salchichas, huevos y cartones de leche y zumo. Pero ya no era la hora del desayuno. Ni de lejos. Los cartones flotaban en un lecho de agua templada que en su momento había sido hielo. Y el calentador Sterno que había bajo la bandeja de las salchichas estaba apagado.

Recorrió la sala con la mirada, en busca de Rodríguez o cualquiera de los chicos de su departamento. Pero no había un solo empleado del hotel a la vista. Sacó el

walkie-talkie.

—Rodríguez —preguntó—. ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Salió a una zona de servicio por una puerta cercana. Había estanterías con manteles, cubiertos, bandejas para calentar y servilletas, todo ello bien ordenado. Más al interior, pasó junto a cajas de agua mineral, refrescos y comida enlatada, una pequeña porción de la montaña de provisiones que el Botany Bay tenía siempre a mano.

Pero ningún empleado.

Se acercó a la puerta donde el hotel recibía los pedidos. Daba a un callejón amplio flanqueado a un lado por el hotel y al otro por un edificio de oficinas.

Abrió la gruesa puerta de acero y recibió como recompensa una descarga del radiante sol de Texas en toda la cara. La humedad era asfixiante. Al instante comenzó a sudar.

Y casi al instante, vio a Rodríguez, apoyado en la pared con un refresco en la mano.

—¿Qué haces aquí fuera? —dijo Jim—. Hay un bufet que está a punto de convertirse en una bomba bacteriológica.

—Llevo todo el día corriendo de un lado a otro —replicó Rodríguez—. Sólo me estoy tomando un respiro de cinco minutos. Y sería mucho más relajante si no me espieran.

—Lo siento —dijo Jim—. Me ha mandado Sarah.

—No me refiero a ti. Me refiero a ellos.

Rodríguez señaló al otro extremo del callejón, que desembocaba cerca de la entrada principal del Botany Bay. El lugar estaba sumido en penumbra. Jim alcanzaba a distinguir un par de contenedores allí y poco más. Pero cuanto más miraba, más crecía su convencimiento de que había alguien entre las sombras. Varias personas, de hecho. Y lo estaban mirando.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Mendigos. Siempre hay uno o dos por aquí. La sombra es muy agradable los días de calor. Pero, no sé por qué, no dejan de mirarme.

—Pues razón de más para volver al trabajo. —Le entregó la nota de Sarah—. Quiere que llames a esta pastelería. Es sobre no sé qué...

—Un pastel con forma de crucero de batalla D-7 —dijo Rodríguez mientras asentía—. Yo me encargo.

Jim lo vio entrar en el edificio y luego abrió la puerta para hacer lo propio. Pero antes de regresar al almacén, miró una última vez al callejón.

La gente en la penumbra seguía observando.

Era raro aunque, en realidad, no significaba nada. Los mordiscos de Dexter y Sarah también eran raros... ¿Y qué?

Volvió a entrar en el hotel y cerró la puertas tras de sí.

«Esto no es Afganistán —se repitió, a modo de mantra personal—. No soy

responsable de ninguna de las estúpidas trivialidades que pasan en este hotel. Nada de eso importa. Amén.»

En ese momento sonó su *walkie-talkie*. Jim lo sacó y abrió el canal.

—¿Sí? —dijo.

—Ha llamado tu hermana. —La voz era la de Oscar, el guardia de seguridad que dirigía la cabina de control del garaje—. Estará aquí dentro de cinco minutos. Sus amigos han reservado una plaza de aparcamiento en la zona vigilada.

—Joder —dijo Jim

—Sí. ¿Vienes?

—Ahora mismo. ¿Adónde voy?

—Plaza K-7.

—Eso es una plaza para un autocar.

—Lo que sugiere que vienen en un autocar. Pero tienes mi permiso para arrastrar tu penoso trasero hasta aquí y comprobarlo con tus propios ojos.

Jim volvió a guardar el *walkie-talkie*. Entonces, de una vez para siempre, apartó de su cabeza todas las preocupaciones sobre los problemas relacionados con el hotel. Tenía una familia en la que pensar. Algo que sí importaba.

Era hora de ver a Rayna.

LA JAULA

Entre tanto, en un piso lejano, muy lejano, la princesa Leia Organa yacía atada, esposada por las muñecas, al cabecero de una cama de matrimonio.

El hombre que tenía la llave de su libertad se llamaba Donnie Trill. Era un empresario de Internet, productor de vídeos y lo más cercano que tenía ella a un confidente. Se conocían desde hacía casi un año. Cuando Trill necesitaba una modelo femenina para uno de sus pintorescos proyectos de Internet —y tenía pasta a mano— la llamaba.

Mientras ella lo observaba, Donnie toqueteaba la configuración de su cámara digital. Llevaba un uniforme dorado de la serie *Star Trek* original que no parecía de su talla. La tela se estiraba sobre su tripa de un modo muy poco favorecedor.

Pero no era esto lo que preocupaba en aquel momento a la princesa. Lo que le quitaba el sueño era un tema de mayor calado: cómo había acabado en aquella situación. Cómo era posible que una persona perfectamente normal —bueno, razonablemente normal— como ella hubiese terminado haciendo cosas tan poco normales.

Últimamente se había formulado muchas veces esta misma pregunta.

—Repíteme para qué es esto —le pidió.

—Para una página de fans —dijo Donnie sin molestarse siquiera en levantar la mirada de la cámara—. Gente que odia *La guerra de las galaxias*. O más exactamente, *trekkies* que odian *La guerra de las galaxias*.

—¿Y tiene muchas visitas?

—Sólo quince mil suscriptores de pago.

—Dios mío.

—¿Sabes lo que es realmente impresionante? Que su director creativo paga en metálico. Si le mando el vídeo esta noche, lo subirá casi de inmediato.

—¿Qué tengo que hacer?

—Quedarte ahí tumbada, nada más. La idea es que eres una fan de *La guerra de las galaxias* y yo soy un *trekkie* obseso que te secuestra, te ata a la cama y luego...

—Nada sexual.

—Cariño, ¿has olvidado con quién estás? —dijo Donnie—. Soy más gay que George Takei. Lo único que voy a hacer es quedarme junto a la cama y gritarte que el universo de *La guerra de las galaxias* es una porquería y no vale una mierda comparado con el de *Star Trek*.

—¿Y luego qué?

—Y luego la *Estrella de la Muerte* explota y la base de los rebeldes se salva. ¿Tú

qué crees? Apago la cámara, te quito las esposas, te doy mil pavos y adiós muy buenas.

La princesa suspiró y puso los ojos en blanco.

—¿Y cuánto va a tardar?

—Unos quince minutos, más o menos. El tío me ha dado un guión. Tú no tienes texto. Sólo tienes que poner cara de fastidio. Como ahora, más o menos.

—Bueno, pues date prisa. Tengo otro trabajo después de éste.

—¿De azafata en un *stand*?

—Pues claro. Me tienen preparado un trajecillo ridículo, un bañador azul, y quieren que lleve una lanza. Al parecer interpreto a Shahna, de «Los jugadores de Triskelion».

—No tengo ni idea de lo que significa eso.

—Es un episodio clásico de la segunda temporada. A Kirk, Chekov y Uhura los capturan unos cerebros sin cuerpo que los usan como gladiadores.

—¿Llevas peluca?

—Una muy bonita —dijo ella—. Rubia platino. Lady Gaga total.

—Les va a encantar a los fans. Igual haces algún nuevo amigo este fin de semana.

—Sólo estoy aquí por el dinero.

Nunca había tenido ni las ganas ni la ambición de convertirse en una modelo convencional y con su metro setenta y cinco de cuerpo saludable, tampoco tenía la altura necesaria. Pero en eventos modestos como la GulfCon, siempre era la chica más atractiva del baile. Y cuando los fans descubrían que era una genuina amante de la ciencia-ficción, capaz de citar al pie de la letra los guiones de *Espacio profundo nueve*, se mataban por hacerse fotos con ella. Normalmente hacía dos o tres de estos trabajos al mes, y hasta el último centavo que ganaba iba directo al banco.

Aspiró hondo y cerró los ojos. «Vale —pensó—. El personaje. Métete en el personaje. Si me voy a pasar el fin de semana como florero en bikini para frikis pervertidos, nadie tiene que saber quién soy. Mientras lleve esto, soy la princesa Leia.»

—Muchos de esos tíos tienen pasta de verdad —comentó Donnie—. Si eres capaz de ver más allá de los uniformes y las orejas de plástico, podrías echarte un novio realmente estupendo.

—Limítate a darle a la cámara, doctor Phil.

—¿No quieres un novio?

—Lo que no quiero es hablar de ello. —Se removió en la cama. Las esposas se le clavaban en la delicada piel de las muñecas y le hacían daño—. No me gusta depender de nadie que no sea yo misma.

—¡Brrrr, hoy estamos frías! —dijo Donnie con una sonrisa—. Pero te voy a decir una cosa. Esta noche vamos a ir a comer y a emborracharnos en el bar del hotel y hablaremos sobre el tema.

Puso su móvil en silencio y lo dejó sobre la mesita de noche, junto con la llave de

las esposas. Luego montó la cámara sobre un trípode, encendió su minúscula luz auxiliar y volvió a mirar la pantallita.

—Ahora, cuando empiece, grabamos unos segundos de ti tratando de soltarte. Luego entro yo y comienzo a leer el guión.

—¿Vas a quedarte ahí y leer, simplemente?

—En el contrato no dice por ningún sitio que tenga que memorizarlo. Y, de todos modos, nadie me va a prestar la menor atención. La gente no se fijaría ni aunque llevara un mapache rabioso en las manos.

Donnie hojeó las páginas del guión, escrito a un solo espacio. Luego se aclaró la garganta.

—¿Y qué me dices de Jar Jar Binks? —anunció con voz teatral—. La gente dice que es un juguete de Happy Meal andante. Pero ¿sabes lo que te digo? ¡Que eso es un insulto para los juguetes de Happy Meal! ¡Son mucho más divertidos que Jar Jar!

—¿Es todo así?

—Más o menos. El tío me dijo que tengo que parecer realmente cabreado.

—Tu furia es casi palpable. Venga, vamos a hacerlo.

En el mismo momento en que Donnie encendía la cámara, algo chocó contra la pared encima de su cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Leia.

—Los del cuarto de al lado estarán echando uno rápido —dijo Donnie—. No podían haber escogido peor momento. Nos van a arruinar la toma.

Un gemido atravesó la pared.

—No podemos esperar a que terminen —dijo Leia—. Tengo que estar abajo dentro de...

—Lo sé, lo sé —dijo Donnie.

Hubo un segundo golpe, seguido por un corto y agudo chillido.

—Tienes que decirles que se callen.

Donnie apagó la cámara y la luz, y se encaminó a la puerta.

—Oye, que lo decía de broma —dijo ella—. Ni se te ocurra dejarme así.

—Espera un momento —dijo Donnie—. Sólo será un segundo.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Cerró la puerta tras de sí, pero la hoja no quedó encajada en el marco. Rebotó en él y se detuvo entreabierto unos cinco centímetros.

Leia probó las esposas para ver si podía quitárselas, Pero Donnie las había cerrado de verdad.

«Gracias, colega», pensó.

Pasaron unos cuantos segundos. Luego unos pocos más. La princesa volvió la mirada hacia la llave, sobre la mesita de noche. Se encontraba a escasos centímetros de su mano derecha, pero lo mismo podría haber estado a varios kilómetros.

—¿Donnie? —preguntó en voz alta.

No hubo respuesta.

Los segundos se convirtieron en minutos.

Leia pensó en llamar a Donnie de nuevo, pero los ruidos procedentes de la habitación contigua hicieron que se lo pensara mejor. Había más gemidos, pero no de los que cabe esperar en ese tipo de circunstancias. No había placer en aquellas voces. Sonaba como si estuvieran agonizando... o algo peor.

Y lo que era más preocupante aún, parecía que estaban saliendo al pasillo. El tramo del pasillo que se extendía al otro lado de la puerta entreabierta de su habitación.

Leia no sabía lo que estaba pasando, pero lo que sí sabía era que no quería formar parte de ello.

Se quedó completamente inmóvil, usando una técnica de yoga para calmar su respiración. Tenía la esperanza de que Donnie regresara, pero poco a poco fue comprendiendo que, por alguna razón, no iba a hacerlo.

«Tengo un mal presentimiento», pensó.

TENTATIVA DE SALVAMENTO

El montacargas era grande y estaba mal iluminado. Algún miembro del personal solía fumar allí, así que normalmente apestaba a humo. Pero en aquel momento, Jim sólo podía oler a Gary. O, más bien, la sustancia viscosa y negra que tenía Gary en la camiseta.

Las puertas se cerraron. Con un ruido sordo, el montacargas comenzó a ascender lentamente hacia el séptimo piso.

—Disculpa que te lo pregunte —dijo Jim—, pero ¿qué coño ha pasado?

—Una puta locura. Eso es lo que ha pasado —le explicó Gary—. Íbamos por la 249 y acabábamos de coger la circunvalación 8 cuando el comodoro decidió parar a echar gasolina. Adivina quién tuvo que bajarse.

Jim lo señaló.

—Afirmativo. En la gasolinera no hay más que otro vehículo, una furgoneta Volvo. Y mientras estoy allí, esperando a que se llene el depósito del minibús, me fijo en que la conductora del Volvo no se mueve. Está con la cabeza sobre el volante. Con la ventanilla bajada unos quince centímetros. Y la peste que sale de ahí dentro es increíble.

—¿Qué hiciste?

—Le doy unos golpecitos en la ventanilla, pero no responde. Así que supongo que está muerta. Me acabo de encontrar con un cadáver. Llamo a Matt para que venga a ver y, en ese preciso momento, de pronto, la mujer me agarra. Ha sacado la mano por la ventanilla y parece chiflada. Tiene la cara pegada al cristal y su boca suelta dentelladas como si fuera un cocodrilo. Es lo único que recuerdo. Matt dice que me meneé como una niña haciendo un ridículo baile hasta que me soltó.

—¿No salió a ayudarte?

—No. Dice que se sintió obligado a mantenerse al margen porque había visto en un especial del *National Geographic* que no debemos interferir con los ritmos de la naturaleza. Así que se quedó allí mirando mientras yo me quitaba de encima a esa zorra pirada.

—Pero la cosa esa que tienes en la camiseta...

Gary asintió.

—La tenía por todas las manos. De hecho, yo diría que le salía de las manos. Como si fuesen unas ampollas, unas lesiones, o algo por el estilo. Y también la tenía en la cara.

Jim estudió su rostro un momento. Luego exhaló un prolongado suspiro.

—Suen a *El amanecer de los frikis muertos* —dijo—. ¿Seguro que no me estás

tomando el pelo?

Esta vez fue Gary el que estudió al otro durante unos momentos.

—Me has pillado —dijo—. Es una broma. Me he rebozado en los restos de un animal atropellado para conseguir que te creyeras mi historia sobre el ataque de una loca de mediana edad en un Volvo. Porque, a pesar de que acabamos de conocernos, sólo vivo para tomarte el pelo. Hasta fantaseo con ello.

El montacargas anunció que habían llegado al séptimo piso y las puertas se abrieron. Jim salió antes para asegurarse de que estaba todo despejado.

—Muy bien —dijo—. Vamos.

—Yo no me preocuparía por los huéspedes —le dijo Gary al salir del ascensor, mientras lo seguía por el pasillo—. En cualquier convención de *Star Trek* te encontrarás gente con pintas más raras.

—Puede —dijo Jim al tiempo que paraba frente a la habitación 744—. Pero seguro que no huelen como tú.

Pasó la tarjeta por delante de la puerta y ésta se abrió. Entre otras comodidades, la habitación contaba con dos camas, un pequeño baño y ventanas sobre el vasto atrio del Botany Bay. Sobre cada una de las camas colgaba un cuadro, los mismos que en la mayoría de las habitaciones del hotel. Uno de ellos recreaba la primera llegada del capitán Cook a las costas de Australia, el lugar que poco tiempo después bautizaría como Botany Bay. En el otro se podía ver su nave, la *Endeavour*, en medio de un mar tormentoso. Los cuadros eran el más evidente —y, en realidad, el único— intento del hotel de explicar su nombre a sus clientes.

Aunque la razón por la que un hotel de Houston había elegido como figura temática a un marino británico del siglo XVIII era algo que se le escapaba a Jim.

—¡Gracias a Surak! —exclamó Gary—. Lo único que quiero es quitarme esta ropa, darme una ducha y luego una larga, larga siesta.

—Los dos primeros puntos figuran en la agenda, pero el tercero no —dijo Jim mientras dejaba el petate de color verde de su acompañante sobre la cama—. Nos esperan abajo para el banquete klingon.

Gary le dirigió una mirada cansada y luego abrió el petate. Sacó de su interior una caja para camisas y un estuche de afeitado, con los que a continuación desapareció en el baño. Momentos después se oyó la cadena del baño. Y luego la ducha.

Jim se sentó en el pequeño sillón tapizado que había junto a las ventanas. Tomó nota mentalmente de que debía pedirle a Gary que metiera la ropa manchada en una bolsa de plástico para que no atufara toda la habitación. Incluso pensó en salir al pasillo y birlar un cubo de basura de alguno de los carritos de la limpieza.

Pero desechó la idea. ¿Qué coño le importaba a él a qué oliera una de las habitaciones del hotel? O, ya que estamos, ¿qué le importaba que trajeran o no un crucero de batalla klingon comestible? ¿O que el personal del *catering* abandonara sus puestos?

Nada de todo ello era cuestión de vida o muerte.

Pero el asunto de la mujer del Volvo... Eso sí que era una cuestión de vida o muerte. Incrementó su sensación de inquietud. Gente mordida. Gente enferma. Una mujer que gemía, mordía y apestaba a muerte, como en *El amanecer de...*

Gary salió del baño con un mono azul y negro que le sentaba estupendamente mal. Su sola visión bastó para que descarrilara el hilo de los pensamientos de Jim.

—Primera temporada de *La nueva generación* —dijo Gary—. Me lo ha hecho mi madre. ¿Qué te parece?

Lo que le parecía a Jim era que los agentes de reclutamiento de la Flota Estelar estaban realmente desesperados, pero trató de transmitir esta impresión de manera más diplomática.

—No se lo preguntas a la persona más apropiada —dijo—. Creo que ya hace algunos años que estoy demasiado crecido para *Star Trek*. —Luego hizo un gesto en dirección a la entrepierna de Gary—. Pero te abulta demasiado el paquete...

Gary tiró con ganas de la pernera del traje.

—¿Mejor? —preguntó.

—Te recomiendo que lo hagas cada pocos minutos.

Gary se sentó en una esquina de una cama.

—Estoy baldado —dijo.

—Puede que esa madurita zombie te haya infectado —sugirió Jim.

—Tío, yo no he dicho que fuese una zombie. Eso ha sido cosa tuya.

—Piénsalo. Ha intentado morderte —dijo en voz baja—. Obviamente, estaba perturbada. Y al menos parte de la mierda que hay en tu camiseta es sangre. He visto la suficiente como para saber la pinta que tiene. Y cómo huele.

—Joder, me estás acojonando —dijo Gary.

—Me estoy acojonando yo solo —respondió Jim—. Pero es que hoy han mordido a dos personas que conozco. A una de ellas le ha salido una extraña erupción en el hombro. Y muchos de mis compañeros de trabajo han llamado para decir que estaban enfermos. Así es como empiezan las pelis de zombies, ¿no? Con montones de incidentes pequeños, sin relación aparente entre sí.

—Tu teoría sólo tiene un pequeño problema —dijo Gary—. Que los zombies no existen. Sólo salen en las pelis.

—Lo sé —dijo Jim—. Pero todos los datos apuntan a la misma conclusión.

—La misma conclusión sumamente ilógica —añadió Gary—. Permite que te diga, como alguien que tiene un apego muy leve a la realidad, que quizá deberías desactivarte y proceder a realizar un chequeo completo, no sé si me entiendes.

«Y lo dice un tío que va vestido con un mono azul y negro», pensó Jim. Pero no tenía sentido llevar el tema más allá. Lo cierto es que no creía que el mundo estuviera sucumbiendo a una plaga de muertos vivientes. Sólo sabía que su instinto había hecho saltar las alarmas y que estaba desesperado por saber la razón.

Pero antes tenía un banquete al que asistir.

Salieron de la habitación y se dirigieron a los ascensores. Gary apretó el paso al

darse cuenta de que eran casi las siete en punto.

—No quiero que Matt me dé la tabarra por llegar tarde —dijo.

—Relájate —dijo Jim—. ¿Por qué lo aguantas?

—Puede que Matt sea un auténtico capullo, pero también es una leyenda en el mundo de los videojuegos. Mañana lo verás, en la sesión de autógrafos. Los fans harán horas de cola. Supongo que a veces se le sube un poco a la cabeza.

El ascensor llegó hasta su piso y entraron.

—Tener talento no es excusa para tratar a tus empleados como si fuesen mierda —dijo Jim.

Gary suspiró.

—Lo cierto es que él es mi empleado. Y yo su jefe.

—¿En serio?

—La cosa va así —le explicó el otro—. Es muy complicado que se te ocurra un juego novedoso y sumamente popular. Y diseñarlo, más aún. A Matt se le ocurrió y lo diseñó. Esto significa que es valioso, así que hay que tolerar sus excentricidades. Una parte de mi trabajo, una de las más importantes, es mantener feliz al talento de la empresa.

El ascensor descendía rápida y suavemente. Sus paredes de cristal ofrecían una vista panorámica del enorme vestíbulo del Botany Bay.

—Eres un saco de boxeo profesional —dijo Jim.

—Un saco de boxeo profesional extremadamente bien pagado —dijo Gary—. Pero hay algo que tengo que reconocerle a Matt. Al menos no miente: dice que estoy gordo y lo estoy. Dice que no puedo conseguir una cita con una tía y no puedo. Dice que vivo con mi madre y vivo con ella.

—Si te pagan tan bien, ¿por qué no tienes tu propia casa?

De repente, Gary se puso muy serio.

—Mira, mamá tiene sesenta y siete años y lleva confinada en una silla de ruedas desde que yo iba al instituto. Desde... el accidente. Dice que debería comprarme una casa y vivir mi vida, pero no puedo dejarla tirada en una residencia y largarme. Quiero cuidar de ella como ella cuidó de mí en su día. ¿Lo entiendes?

—Sí —respondió Jim—. La verdad es que sí.

—Increíble. Porque me acabo de inventar esa gilipollez. Mi madre está mejor que yo. Vivo con ella porque, desde el punto de vista social, soy un completo desastre.

Jim sonrió.

—Y yo que pensaba que Matt era un capullo... —dijo.

El ascensor tintineó para anunciar su llegada al piso del vestíbulo. Gary amagó con salir, pero Jim lo detuvo poniéndole una mano sobre el pecho.

—El paquete —dijo.

Gary volvió a acomodárselo, y entonces salieron.

EL PARPADEO DE UN OJO

Jim indicó a Gary dónde se encontraba el salón Gweagal y luego se marchó a recepción. Janice estaba en el mostrador, sola.

Y no parecía muy contenta.

—¿Por qué sigues aquí? —le preguntó.

—No ha venido Dwayne —dijo Janice—. Y tiene el teléfono desconectado, o algo. No consigo localizarlo.

—¿No hay nadie más?

—¿Crees que estaría aquí si lo hubiera?

Janice le dirigió una larga y calculadora mirada. Jim tuvo la sensación de que podía oír cómo giraban los engranajes en su cabeza.

—Supongo que podrías encargarte tú... —dijo al fin.

—No puedo —respondió Jim—. Tengo una cosa que hacer.

—Oh, tienes que hacer una cosa —repitió Janice malhumoradamente—. ¿Y cómo se llama la chica?

—No se trata de eso. Mi hermana ha venido a la GulfCon. He quedado con ella en el festival de los klingons, o como se llame. No puedo dejarla tirada.

Regresó por donde había venido antes de que ella pudiera insistir.

—¡Pues vaya manera de hacer equipo! —le gritó Janice mientras se alejaba.

Jim no tenía ni la menor idea de lo que sucedía en un banquete klingon, pero había supuesto que sería algo un poco más animado que la escena que descubrió en la sala Gweagal. Era una de las salas de reuniones más modestas del Botany Bay, podía albergar 150 invitados, para recepciones, banquetes y otros actos corporativos. Aquella noche, Jim calculó que habría unas cincuenta personas, sesenta a lo sumo. La mayoría de ellas estaban agrupadas alrededor del bar o reunidas en grupos pequeños en las mesas. Algunas llevaban modelos diversos de uniformes de la Flota Estelar. Los demás estaban embutidos en cuero (o falso cuero) y llevaban armas blancas de pega.

En una esquina, varios klingons, trabados en un concurso de cabezazos, golpeaban sus crestas craneales como machos cabríos. Y junto al bar, alguien repetía los acordes de una machacona ópera klingon con un sintetizador. Algunos de los presentes cantaban el libreto con voces guturales y artificialmente graves. Jim no era ningún experto en el idioma klingon, pero reconoció las palabras «lucha», «matar» y «muerte» en la letra.

Estudió la mesa del banquete, cubierta por interpretaciones terrícolas de diversas golosinas klingon. Los aspectos y los olores se alternaban entre lo exótico y lo

directamente repulsivo. Entre los platos más salvables se encontraban las patas de *krada* (pavo ahumado), las pinzas de *pipius* (cangrejo) y el corazón de *targ* (una temblorosa y lívida gelatina de color rojo).

Dos hombres con impedimenta klingon se acercaron al bufet. Uno de ellos cogió una pata de falso *krada* y la mordió con ganas.

—¿Qué tal está? —preguntó Jim.

—Soso —respondió el klingon—. Necesita más salsa de *crapok*.

Jim cogió lo que esperaba que fuese una hamburguesa con queso corriente y moliente, y se encaminó con ella a la mesa grande y redondeada donde Matt, Rayna, Gary y T’Poc habían empezado ya a comer. Sentados frente a ellos, había un puñado de klingons.

En cuanto Matt detectó la presencia de Jim, lo miró mal.

—Colega, ¿qué clase de basurero es éste? —preguntó.

—¿Perdona? —dijo Jim.

—Es el peor banquete klingon en los cinco años de GulfCon. Mira cuántas sillas vacías. Y no se puede conseguir ni un mal plato de *gagh*.

Eso sí que era raro, pensó Jim. Sarah Cornell parecía decidida a conseguir esos gusanos de gelatina, pero al parecer no había vuelto desde la tienda.

—Esperábamos hasta tres mil visitantes —dijo.

—Y una mierda tres mil —dijo Matt.

Jim inspeccionó la sala. Los asistentes no parecían demasiado festivos. Y hasta donde podía ver, sólo había dos camareros, de aspecto despistado. En condiciones normales, para un banquete en una sala de aquellas dimensiones, tendría que haber siete.

—Puede que todo el mundo haya cogido la fiebre de las convenciones —dijo Rayna—. Demasiada gente, demasiados gérmenes, demasiado alcohol y pocas horas de sueño. El año pasado, en San Diego, a mí me dio muy fuerte. Me pasé los dos últimos días de la fiesta en la cama, luchando contra un virus.

—O puede —dijo Gary e hizo una pausa dramática para maximizar el impacto de sus palabras— que sean los zombies.

—¿Cómo? —exclamaron Rayna y T’Poc a la vez.

—Es lo que me ha dicho Jim antes —respondió el otro—. Cree que Houston ha sido invadido por zombis.

—Yo no he dicho eso —lo corrigió Jim—. Lo único que he dicho es que una plaga de zombies explicaría algunas de las extrañas cosas que he visto hoy. A dos de mis compañeros de trabajo los han mordido. Los polis no paraban un minuto. Una psicópata ha vomitado sangre sobre la camiseta de Gary. No es un día normal.

—Sabes que los zombies no existen, ¿verdad? —preguntó Rayna.

—No soy yo el que tiene unas antenas en la cabeza —le recordó él—. No me acuses a mí de tener demasiada imaginación.

Fue un momento ligeramente embarazoso, pero T’Poc acudió al rescate para

desactivar la tensión.

—¡Que traigan los cereeeeeeeeeebros! —exclamó con alegría—. ¡Prefiero tratar con muertos vivientes que con un puñado de fans de *Babylon 5*!

Todos los presentes en la mesa, klingons incluidos, corearon con entusiasmo su afirmación.

—Hoy en día, la mayoría de las convenciones de ciencia-ficción quieren tocar todos los palos —le dijo T’Poc a Jim—. Pero la GulfCon es sólo para *trekkers*.

—Mira, eso es algo que nunca he entendido —dijo Jim—. ¿Hay alguna diferencia real entre un *trekker* y un *trekkie*?

Una erupción de conversaciones sacudió la mesa entera. Varias personas trataron de responder a la pregunta, pero fue la voz de Rayna la que se llevó el gato al agua.

—Cada uno tiene su opinión sobre eso —dijo—. Alguna gente considera que «*trekkie*» es un término peyorativo acuñado por quienes no comprenden el mundillo. Piensan que describe a alguien carente de habilidades sociales, para quien *Star Trek* es una especie de sustituto de la vida real.

—*Trekkie* —gritó Matt, señalando a Gary.

—Capullo —respondió éste, señalándolo a él.

—Ya lo pillo —dijo Jim—. ¿Y qué es un *trekker*, entonces?

—Un *trekker* es alguien que intenta vivir conforme a la filosofía y los ideales encarnados por el universo de *Star Trek* —dijo Rayna.

—¿Ideales? —preguntó Jim—. ¿Como pintarse el cuerpo de azul? ¿O llevar ropa brillante?

—Como creer que la raza humana puede alcanzar un estado de mayor perfección —replicó Rayna.

—O que mañana será un día mejor que hoy —añadió uno de los klingons.

—O que, si nos esforzamos de verdad, podemos conseguir cambios reales y duraderos —dijo Gary.

Jim combatió el impulso de reírse por su ingenuidad. Había veces en que se sentía compelido a describir los horrores que había presenciado en Afganistán. Pueblos diezmados. Miembros cercenados y cuerpos carbonizados. Niños que parecían tan hundidos y descreídos como curtidos veteranos. Esas imágenes no le inspiraban mucha fe en el futuro de la raza humana. Pero como siempre, mantuvo la boca cerrada y dejó que la conversación derivara hacia otros temas: el cuadrante Gamma, la *Voyager*, la carrera de Leonard Nimoy como director... Decidió ir al bar. Los dos camareros estaban volviéndose locos, y Jim sabía que conseguiría antes una copa si se la pedía él mismo.

—¿Quieres un martini klingon? —preguntó un camarero con expresión desesperada—. Lleva ginebra y vermut, con un golpe de vino de sangre.

—¿Y de qué está hecho el vino de sangre?

—Alcohol de cebada y colorante alimenticio de color rojo. Esta noche es la sensación.

—Creo que me conformo con una Bud —dijo Jim—. Ponme una jarra bien grande.

Volvió a la mesa y le ofreció cerveza al grupo. Sus nuevos amigos lo vitorearon, con la excepción de Matt, que parecía preocupado observando la entrada de la sala Gweagal. Después de servirle un vaso a cada uno de ellos, Jim preguntó a Matt si estaba buscando a alguien en concreto.

—En teoría me tenía que encontrar con un klingon —le explicó Matt—. Fabrica armas blancas. Le había encargado un *bat'leth*. Un trabajo a medida. Mil quinientos dólares de anticipo.

—Conozco al tío —dijo Jim—. Creo que lo he visto justo antes de que llegais.

—Bueno, pues tenía que estar aquí hace diez minutos —dijo Matt—. Como se haya quedado con mi pasta, le voy a dar por culo.

T'Poc respondió con un resoplido alegre.

—¿Tú has visto a Martock? Mide como... no sé, dos metros. El tío está más cachas que un culturista.

—Y tiene cuchillos y espadas suficientes para armar a un grupo de abordaje completo —añadió Jim—. Te abriré en canal como si fueses un plato de pulmón de *bregit*.

Estallaron risas por toda la mesa.

—Que os den, tíos —dijo Matt—. Soy uno de los protagonistas. No puede pasarme nada malo.

—¿Que eres qué? —preguntó Matt.

—La estrella de esta fiesta —le explicó Matt—. Los personajes clave nunca mueren en ninguna de las series de *Star Trek*.

—¿Y yo? —preguntó Gary—. ¿Yo puedo morir?

—Por mucho que deteste admitirlo, probablemente tampoco —dijo Matt—. Eres el alivio cómico. Los personajes graciosos siempre sobreviven hasta el capítulo siguiente.

—¿Y yo? —preguntó Rayna.

Matt arrugó el entrecejo.

—Lo tuyo no pinta bien —dijo—. Los intereses románticos del capitán de la nave son siempre transitorios. Estás destinada a morir en un espantoso giro final del argumento.

Matt pasó a la siguiente tan deprisa que ni siquiera reparó en la expresión de irritación de Rayna.

—Yo sé cuál es mi papel —dijo T'Poc—. Soy un personaje ocasional, como Guinan en *La nueva generación*. Ni siquiera hace falta que muera. Podría desaparecer mañana mismo y las cosas seguirían igual.

—Sí, más o menos —dijo Matt.

Jim tomó un trago de su cerveza.

—Pensad en esto —propuso—. ¿Y si sois todos extras? ¿Sabéis cuántas naves

estelares, con sus capitanes, sus oficiales, sus médicos mal encarados y sus alivios cómicos han volado en mil pedazos durante los distintos episodios de *Star Trek*? Puede que seáis una de esas tripulaciones. Puede que no seáis más que carne de cañón fáser para otro grupo de personajes que sí importan realmente en la historia.

Tomó otro trago mientras los *trekkies* pensaban en sus palabras.

—Tío, qué profundo —dijo Gary al fin—. Nosotros aquí pensando que somos los que mandan, cuando puede que no seamos más que la tripulación de la *Constelation*, la *Bellerophon* o la *Yamato*. Sólo existimos para morir. Participaremos en alguna trama secundaria y luego acabarán con nosotros.

—Qué fuerte —dijo T’Poc.

—Y una mierda —dijo Matt—. Yo no soy un extra. Salgo en los putos créditos iniciales.

Jim estaba aún formulando la respuesta cuando una klingon regresó desde el bar maldiciendo entre dientes.

—Se acabó la fiesta —dijo—. Se les ha acabado el vino de sangre y no van a traer más.

—¿Cómo? —dijo Matt.

Taladró a Jim con la mirada, como si fuese personalmente responsable de aquello.

—Por mí, perfecto —dijo Gary mientras se encogía de hombros—. Necesito dormir un poco.

—Ya dormirás cuando estés muerto —respondió Matt—. Vamos a mi cuarto a seguir con la *marchuqui*.

Jim no podía creer que alguien usara todavía la palabra «*marchuqui*» para describir una experiencia supuestamente divertida. Hasta los klingon de la mesa parecían escépticos. Se miraron entre sí y luego consultaron sus relojes.

—Vamos a dejarlo por esta noche —dijo uno de ellos—. En teoría teníamos que hacer la demostración de *bat’leths*, pero dos de nuestros colegas se han visto atrapados en una especie de tumulto. Junto a la estación de tren, creo. Querían que fuese a recogerlos, pero no conduzco con este tráfico ni de coña.

—¿Un tumulto, dices? —preguntó Jim.

—Lo dijeron ellos. Y sonaba como un tumulto.

—Serán los zombies —dijo T’Poc con una carcajada—. O... Espera, ¡puede que sean vampiros! ¡Ya ha anochecido y ahora pueden actuar!

Gary y Rayna se echaron a reír. Jim no.

Sabía que la gente no utilizaba la palabra «tumulto» así porque sí. La señal de los móviles andaba mal, pero no tan mal como para confundir una palabra. El crío del fáser de juguete se había quejado de que la televisión no funcionaba. No tenía señal. Sólo estática.

El instinto de Jim estaba gritando dentro de su cabeza. Aún no comprendía la auténtica naturaleza de la amenaza, pero empezaba a vislumbrar su silueta. Y era enorme.

Le dijo a Rayna que se iba a acercarse a recepción para hablar con la gerente.

—Eso —dijo Matt—. Y dile que el VIP de la 754 está a punto de estallar por el servicio de mierda que dais. Usa esas palabras exactas, ¿vale?

—Entendido —suspiró Jim—. Estallar. Servicio de mierda.

Se levantaron de la mesa al unísono. Su movimiento desencadenó una evacuación general del banquete y una estampida más bien apática en dirección a las puertas.

—Luego te pasas, ¿no? —preguntó Rayna.

—Cuenta con ello —dijo Jim—. Ten cuidado hasta que llegue.

—¿Que tenga cuidado? ¿Por qué?

—Por si hubiera problemas.

—¿Estás bien? Te estás portando como un paranoico.

—Está pasando algo. No digo que sean zombies, pero algo pasa. Llevo todo el día notándolo. Sólo que ahora, de repente, ha empeorado. Así que mantén los ojos muy abiertos.

Vio alejarse al grupo por el pasillo que daba al vestíbulo. Luego se quedó allí un minuto, esperando a que apareciera alguien para limpiar. Nadie lo hizo. Hasta los dos camareros parecían haberse esfumado.

Finalmente salió también él al pasillo, apagó las luces y cerró la puerta tras de sí. Cerró los ojos y luego movió lentamente el cuello de derecha a izquierda.

Los abrió justo a tiempo de ver que Martock salía corriendo del vestuario de caballeros y se dirigía al vestíbulo. Seguía con la armadura y el maquillaje, pero se movía con una urgencia que no parecía fingida. Jim se disponía a llamarlo cuando reparó en algo que había sobre la moqueta.

Algo rojo.

Algo húmedo.

Huellas.

Las siguió hasta la puerta de los lavabos. Se encontraban a medio camino del pasillo que comunicaba el vestíbulo con el salón Endeavour. Se acercó cautelosamente a la puerta y, como no sabía qué otra cosa hacer, llamó. No hubo respuesta.

Aspiró hondo y abrió de un empujón. La puerta ofreció una leve resistencia. Oyó que algo metálico arañaba el suelo.

—¿Hola? —dijo al entrar—. ¿Va todo bien por aquí?

Le bastó con una rápida ojeada al suelo para darse cuenta de que, de hecho, no iba todo bien por allí. El arañazo lo había hecho un *bat'leth* tirado en el suelo. Supuso que Martock lo habría dejado caer al salir.

La hoja estaba cubierta de sangre.

Pasó sobre ella y entró en el baño siguiendo las huellas color carmesí del klingon.

—¿Hay alguien? —preguntó.

La hilera de cubículos con los inodoros que había a la derecha le impedía ver todo el lavabo. Pasó cautelosamente junto a ellos hasta llegar a las pilas y urinarios del

fondo.

Un cuerpo ensangrentado yacía sobre un charco de sangre densa, roja y negra, que se coagulaba por momentos.

—Seguridad del hotel —dijo Jim mientras se acercaba unos centímetros—. ¿Estás bien?

Se percató entonces de que el cuerpo llevaba las mismas zapatillas de suela sucia que había visto al fondo del *stand* de Martock.

Y luego vio que le faltaba la cabeza.

Retrocedió tambaleándose hacia los lavabos y logró agarrarse a uno de ellos para no perder el equilibrio. Mientras combatía las náuseas, trató de encajar todas las piezas en su cabeza. El klingon la había decapitado con su *bat'leth*, luego lo había dejado caer junto a la puerta y había huido.

Se volvió y se miró al espejo. Había una mancha carmesí de gran tamaño en el centro. Jim bajó la mirada hacia el lavabo.

El rostro ensangrentado de una joven le devolvió la mirada.

La parte racional de su mente le dijo que la fuerza de la decapitación debía de haber lanzado la cabeza contra el espejo y desde allí, de rebote, sobre la pila. La parte animal le gritó que saliera de allí como alma que lleva el diablo. Ya.

Durante un instante, la razón mantuvo el control. Jim miró la cara. Había un extraño bulto de color morado en el centro de la frente, como la hinchazón que había visto en el hombro de Sarah, sólo que más grande, de casi cinco centímetros de diámetro. Aparte de esto, habría jurado que era exactamente la misma marca.

Se inclinó para estudiarla.

De repente, el bulto se abrió y en su interior apareció un ojo brillante y plenamente formado. Lo miró.

Todo vestigio de razón abandonó a Jim. Se apartó de un salto, rebotó en el cubículo que tenía detrás y salió de allí tan deprisa como sus temblorosas piernas se lo permitieron. No paró de correr hasta llegar al mostrador de recepción.

EL APOCALIPSIS

Jim encontró a Janice detrás del mostrador, completamente sola.

—Llama a la policía —le dijo—. Ahora mismo.

—Los teléfonos no funcionan —dijo ella—. No consigo hablar con nadie.

—¿Has probado con el móvil?

—No tiene cobertura. No funciona.

Jim inhaló con fuerza, como si le faltara el aliento.

—Dexter... —dijo—. ¿Dexter sigue por aquí?

—No lo sé.

—¿Y Oscar?

—Salió hace veinte minutos.

—¿Por qué?

—Porque yo se lo pedí. Desde que anocheció, la gente ha estado saliendo a la calle para ver si conseguían mejor cobertura para sus móviles.

—¿Y?

—Pues que al cabo de un rato nos hemos dado cuenta de que ninguno de ellos volvía.

La respiración de Jim comenzó a calmarse. Poco a poco, recobraba el control de sí mismo. Al mismo tiempo, se percató de que algo había cambiado en Janice. Ya no parecía enfadada, frustrada ni contrariada. Ahora parecía asustada. Profundamente asustada.

—Oscar tampoco ha vuelto —susurró.

Jim dirigió la mirada hacia las puertas de cristal. Lo único que se veía era oscuridad.

—Vale —dijo—. Voy a echar un vistazo rápido...

—¡No! —dijo Janice—. ¿Es que no has oído lo que te acabo de decir? ¡No vuelve nadie!

Jim titubeó. La escena del crimen que acababa de presenciar lo había dejado profundamente afectado. Pero ver cómo se desmoronaba Janice, la confiada, dogmática y siempre templada Janice, resultaba casi peor.

—No me va a pasar nada —dijo—. Sólo asomaré la cabeza. No me perderás de vista un instante. Quédate ahí.

Se encaminó a la puerta. Luego se detuvo y dio la vuelta.

—Una cosa más —dijo—. Necesito que me hagas un favor. Mi hermana, Rayna Pike, se aloja en el séptimo piso. Quiero que la llames y le digas que se quede en su cuarto. Que guarde la chatarra de *Star Trek* un rato y tenga cuidado.

Janice le devolvió la mirada. No podía saber si sus palabras habían llegado hasta ella y tampoco tenía tiempo de repetir las. Cruzó las primeras puertas de cristal y salió a la zona entre puertas de la entrada principal.

Las puertas se cerraron tras de sí y Jim pudo disfrutar al fin de una visión razonablemente privilegiada del exterior. El Botany Bay se encontraba en el borde de la zona central de Houston, a escasos minutos del centro de convenciones y el barrio financiero de la ciudad. Aparte de alguna que otra convención para fans, el hotel alojaba principalmente a hombres de negocios. El barrio circundante ofrecía pocas cosas en términos de turismo o vida nocturna. Había un Applebee al final de la calle y un Starbucks que cerraba a las ocho en punto, pero el resto de la avenida estaba ocupado por oficinas corrientes y aparcamientos. Aquella noche, las calles y las aceras estaban vacías, como todas las noches.

Jim se volvió hacia el interior. Janice seguía detrás del mostrador, mirándolo. La saludó con la mano, sonrió y luego abrió la puerta exterior y salió a la calle.

Una bocanada de aire caliente y cálido de la costa del golfo lo envolvió. Miró hacia el oeste, luego hacia el este, y no vio nada raro. En la distancia, a unas dos manzanas de allí, divisó una pareja de peatones. Pero había algo extraño y tardó un momento en darse cuenta de qué era lo que faltaba.

Los fumadores. En una noche normal, habría un grupo de huéspedes y empleados del hotel fumando junto a la entrada del callejón donde había visto a Rodríguez aquel mismo día, horas antes. Era el refugio oficioso para adictos a la nicotina del Botany Bay. A mediodía o a medianoche, lloviera o brillara el sol, siempre había fumadores.

Salvo en aquel momento.

Dio unos pasos inseguros hacia el callejón. Entonces vio un paquete de cigarrillos tirado en el suelo. Y un iPhone. Y también había un bolso.

Y una mancha de un líquido negro que quizá fuese aceite de motor.

Dio varios pasos silenciosos y cautos más. Estaba lo bastante cerca como para oír los ruidos que salían del callejón. Pasos que se arrastraban por el suelo. Voces que gruñían. Un sonido de desagarro.

Los mendigos a los que había visto antes, ocultándose en las sombras del otro extremo del callejón, se encontraban ahora detrás de la esquina. Y su número había crecido. Por el ruido que hacían, parecía que fuesen una turba furiosa.

Por un instante barajó la idea de hacerles frente. Hasta que pensó que seguramente eso era lo que había hecho Oscar. Oscar, el ex marine que ahora estaba desaparecido en acción.

«Eso no entra en la descripción de mi trabajo —pensó—. Sólo soy el botones, joder.»

Volvió sobre sus pasos hasta la entrada del hotel, sin apartar la mirada de la boca del callejón. Había llegado casi a la puerta cuando se dio cuenta de que los dos peatones estaban mucho más cerca, apenas a cien metros de allí. Caminaban de manera muy extraña. Tambaleándose, en realidad. Casi como si fueran zom...

«No», pensó. Rayna y Gary tenían razón, los zombies no existían.

Pero aquellas dos personas, fueran lo que fuesen, caminaban tambaleándose hacia él, y eso era innegable. Lo habían visto y se le acercaban tan rápido como se lo permitían sus temblorosas piernas.

Mientras los observaba, oyó de repente unos disparos en la lejanía, el *pop-pop-pop* de una pistola semiautomática, seguido por el traqueteo tonante que sólo podía producir un fusil de asalto AK-47 en modo automático.

De repente, Houston empezaba a parecerse a A-bad en una noche de sábado.

AQUELLO QUE SOBREVIVE

Jim no recordaba la última vez que Janice lo había recibido con una sonrisa. Pero aquella noche, cuando volvió a entrar en el vestíbulo, lo hizo. Casi pareció embargada por un arrebatado de alivio histérico al verlo.

—Has vuelto... —dijo.

—Tenemos un problema —dijo él—. ¿No hay un botón debajo de ese mostrador que cierra las puertas?

—Sí, pero es sólo para emergencias.

Jim estuvo a punto de decir algo, pero miró a Janice a los ojos y se contuvo. Todo el mundo en el hotel tenía que mantener la calma. Si sucumbían al pánico, no podrían ayudar a nadie.

—Esto es una emergencia —dijo con la voz plenamente controlada—. Supongo que podrías decir que se trata de un tumulto. Y un par de los... alborotadores me han visto y vienen hacia aquí. Hay que cerrar las puertas a cal y canto.

Janice metió la mano bajo el mostrador de mármol y pulsó varios dígitos en un pequeño teclado.

—No utilizaba este código desde que los Astros perdieron las series mundiales. Creo que es el 2063.

El teclado respondió con tres zumbidos afirmativos y las puertas principales se cerraron con un sonoro *clunc*. Jim comprobó las tres puertas interiores. Estaban cerradas. Supuso que las exteriores también lo estarían.

El problema era que estaban hechas de cristal.

—¿Debería cerrar también las demás puertas? —preguntó Janice.

—¿A qué puertas te refieres?

—A todas. Todas las puertas exteriores del Botany Bay.

—¿Puedes hacerlo? Nadie me había dicho que hubiera un código para eso.

—Justo después del once de septiembre, pusieron códigos para todo.

—Hazlo —dijo Jim—. Enciérranos aquí.

Janice introdujo otra serie de dígitos en el teclado y la máquina respondió con tres zumbidos más. Hecho esto, Jim la escoltó hasta el despacho de Dexter. Cuando estaban en la zona de los cubículos, Janice tropezó y cayó de rodillas. Su respiración se volvió entrecortada y ronca. Durante un instante, Jim se preguntó si estaría dándole un ataque al corazón.

Se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien?

Janice lo apartó.

—Sólo necesito unos minutos. —Cuando finalmente volvió a levantar la cabeza, examinó las mesas que la rodeaban, como si estuviera buscando un buen sitio para esconderse.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Jim al tiempo que, sin pedir permiso, le pasaba un brazo alrededor de la cintura y la ayudaba a levantarse—. ¿Puedes andar?

—Estoy bien —insistió ella.

Pero él no retiró el brazo. Los pasos de Janice eran lentos y temblorosos. Era como si estuviera quebrándose bajo presión, literalmente.

El despacho de Dexter era un caos de formularios, documentos y recuerdos de los Dallas Cowboys, pero también contenía algunas cosas que Jim quería desesperadamente. Las encontró en un maletín, un maletín que, para gran alivio suyo, alguien había abierto y dejado sin cerrar.

Eran dos armas de aspecto exótico. Sus colores, negro y amarillo, las hacían parecer dos abejorros gigantescos.

«Pero con un agujón mucho más peligroso», pensó Jim mientras las cogía.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Janice.

—Táseres X3s —le explicó Jim—. El último grito en armamento no letal. —Dexter había presumido de ellos en numerosas ocasiones: tenían miras láser, leds incorporados y capacidad para hacer tres disparos, es decir, para freír a tres personas simultáneamente. Consideró la posibilidad de enseñarle a Janice cómo funcionaban los X3s y quizá incluso darle uno de ellos. Pero la mirada de azoramiento que vio en sus ojos revelaba que no era buena idea. En su estado actual, hasta cabía la posibilidad de que decidiera usarlo contra él.

Cogió una mochila negra y guardó una de las armas en su interior. La otra la metió en su funda y se la ciñó al cinturón. Luego encontró el cargador Squad, un trasto circular de color negro. Contenía seis baterías completamente cargadas. Introdujo una en el arma que llevaba en la mano y guardó las demás en la mochila. Al ver el fásér de juguete que había sobre la mesa de Dexter, decidió cogerlo también. En sus circunstancias, cualquier cosa que pareciese un arma resultaba reconfortante.

—Esto parece un sueño —dijo Janice—. ¿Podemos irnos ya?

—Una cosa más —respondió él.

Se acercó a la mesa, abrió el cajón del fondo e introdujo la mano hasta el lugar en el que Dexter —en flagrante violación de las normas del hotel— guardaba su Glock 17 de 9 mm.

Al menos normalmente. Pero aquella noche, tras una búsqueda cada vez más frenética, lo único que encontró Jim fue un cargador de 17 balas, que guardó también en la mochila.

—¿Cuándo viste a Dexter por última vez? —preguntó.

—Hace pocas horas. Hubo un altercado en el tercer piso, pero luego no volvió.

—¿Qué hora era?

—Las cinco pasadas, creo.

Jim consultó su reloj. Eran las ocho y media, lo que quería decir que Dexter llevaba sin dar señales de vida tres horas y pico. Puede —eso esperaba él— que estuviera incapacitado en alguna parte. La alternativa era demasiado espantosa para considerarla.

—Dexter, ¿me oyes? —dijo por el *walkie-talkie*—. ¿Estás bien?

Lo intentó dos veces más, antes de lanzar una llamada genérica para cualquier persona que pudiera oírla.

No recibió ninguna respuesta.

Cerró los ojos y se frotó las sienes. Tenía que subir a buscar a Rayna. Tenía que descubrir si, con un poco de suerte, Dexter seguía por allí. Y luego, juntos, podrían establecer un perímetro defensivo y trazar un plan.

Elevó una silenciosa plegaria para pedir que las cosas no empeoraran. Una plegaria que, de manera inmediata y tajante, fue rechazada.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Janice.

Procedía del vestíbulo. Alguien estaba golpeando las puertas, golpeándolas con tanta fuerza que se estremecían en sus marcos.

Jim miró a Janice. Se había puesto pálida y tenía las pupilas dilatadas. Su cordura estaba en plena desbandada, perseguida por el estrépito del vestíbulo. Era imposible que se la llevara consigo, salvo que estuviese dispuesto a cargar con ella en brazos.

—Janice, necesito que me hagas un favor —dijo Jim con voz calmada.

Ella asintió muy lentamente.

—Cuando me marche, quiero que cierres esta puerta y me esperes. No salgas y no pasees aquí dentro. Simplemente siéntate en esta silla y espérame. ¿Puedes hacerlo?

Otro lento gesto de asentimiento.

—Estupendo. No tardaré mucho, ¿de acuerdo?

Esta vez no asintió. Se limitó a mirarle fijamente.

—Vale —respondió Jim en su lugar—. Volveré enseguida.

Se colgó la mochila de los hombros y salió.

—No —susurró Janice después de que se fuera—. No lo harás.

ESPERANZA Y MIEDO

Mientras Jim cruzaba las oficinas del hotel en dirección a recepción, el estrépito procedente de la entrada fue ganando intensidad. Se puso a cuatro patas, se arrastró hasta el final del mostrador y asomó la cabeza.

Allí estaban los que supuso que serían los dos peatones que había visto antes en la calle: un hombre y una mujer jóvenes, los dos bastante bien vestidos, como una pareja que hubiera salido en una cita. Estaban golpeando el cristal con puños ensangrentados, que dejaban grandes manchas circulares de color rojo y negro. Los fuertes y extraños gemidos que emitían hicieron que a Jim se le pusieran los pelos de punta.

Pero lo peor no era eso.

Ya no eran sólo dos. Había al menos una docena, y todos ellos en la misma y penosa condición que los dos primeros.

Uno de ellos, un hombre de mediana edad con los restos de un uniforme de UPS, había recibido lo que parecía un disparo de escopeta a quemarropa. Su pecho tenía un enorme cráter ensangrentado. Otro parecía haber salido de un coche en llamas. Tenía la ropa chamuscada y humeante, el cabello quemado y el cuerpo cubierto de quemaduras de intenso color rojo, cuya tonalidad era idéntica a la de una pieza de carne a la parrilla. Por debajo de ellos reptaba un cadáver sin piernas, que usaba las manos para impulsarse.

«Y una mierda no existen los zombies», pensó Jim.

Ahora sabía que su instinto había acertado desde el principio. Había sucedido algo. Al final sí que era *El amanecer de los muertos frikis*. El fin del mundo había llegado y su pobre hermanita no tenía ni idea.

Se obligó a centrar sus pensamientos. Cada cosa a su tiempo. Primero, encontrar a Dexter y asegurar el perímetro. Luego, ir a buscar a los demás huéspedes — especialmente Rayna— y ponerlos a salvo para que pudieran planear su próximo movimiento.

Se arrastró sigilosamente hasta el otro extremo del mostrador de recepción. Respiró hondo, se tranquilizó y entonces se levantó y caminó, de la manera más inocente posible, hacia los ascensores. Sólo estaban a treinta metros de distancia, pero le parecían cien kilómetros.

«Puede que no me vean», pensó al salir a campo abierto.

Lo vieron. La repentina aparición de Jim provocó un coro de gemidos. El golpeteo de los cristales se acrecentó, pero Jim sabía que resistirían. Era un cristal antibalas de centímetro y medio de espesor. Los zombies podían pasarse todo el día

aporreándolo sin conseguir nada. Lo único que podía romper aquel cristal era un vehículo en marcha, pero conducir no parecía una habilidad al alcance de la pandilla que había en el exterior.

Sentía que las piernas le temblaban como flanes al recorrer los últimos metros hasta el ascensor. Pulsó el botón de llamada y esperó.

Y esperó.

Al principio trató de no mirar hacia la entrada. Pero la curiosidad —y su instinto de conservación— ganó la partida. Si alguna de esas criaturas lograba pasar, no quería estar de espaldas.

Así que mientras el ascensor se tomaba su tiempo para descender, se volvió hacia allí.

Y entonces se le subieron las tripas a la garganta.

«Es la gente del callejón —pensó—. Toda la gente que salió para fumar o para hacer una llamada y no volvió.»

Entre ellos reconoció a Kai Opaka, o, más bien, a una mujer de mediana edad vestida con la elaborada vestimenta de la líder espiritual de Bajor. Llevaba una túnica y un tocado de color morado, pero le habían arrancado la mandíbula inferior y las nudosas crestas de su columna vertebral estaban a la vista. Y allí estaba también el crío que había estado jugando con el fásér de pega, el que se había quejado de la estática del televisor. Alguien le había clavado un cuchillo en el cuello, pero seguía andando.

Uno de los ascensores anunció su llegada con un tintineo. Jim estuvo a punto de no oírlo por culpa del ruido de la muchedumbre.

Subió y pulsó el botón del tercer piso. Al mirar a su alrededor, vio que todo estaba como debía estar. No había cristales rotos, ni sangre en el suelo ni objetos personales abandonados.

Las puertas se cerraron con suavidad y los gemidos y golpes desaparecieron. En su lugar sólo quedó la voz de Nichelle Nichols cantando su interpretación de *That's Life*.

Todo parecía normal. Por un momento —y por última vez—, Jim se permitió el lujo de imaginar que tal vez las cosas no fuesen tan malas como parecían.

La sensación duró exactamente lo que tardó el ascensor en llegar al tercer piso y abrir sus puertas.

LA DAGA DE LA MENTE

En el primer piso, Janice, sentada en la oficina de Dexter, golpeteaba nerviosamente el suelo con el pie. Con la mirada clavada en el reloj de la pared, observaba cómo marcaba la manecilla larga el paso de un monótono minuto tras otro.

El interludio le daba tiempo para pensar. Cosa que, en su estado actual, era lo más peligroso que podía hacer.

El personal del hotel se había esfumado. Al igual que la mayoría de los huéspedes. Los teléfonos no funcionaban. Había disturbios —o algo que parecían disturbios— en las calles. Y ahora Jim la había dejado sola.

Volvió a mirar el reloj. Cada vez que la manecilla roja de los segundos llegaba a la cúspide del dial, la de los minutos avanzaba de golpe con un pronunciado *clic*. Nunca se había fijado en esa manecilla. ¿Cómo es posible que no lo hubiese hecho?

Mientras miraba el reloj, su subconsciente tomó una decisión. En lugar de tratar de encontrarle sentido a aquella disparatada sucesión de acontecimientos, simplemente los apartó de sí. La cada vez más nutrida lista de horrores y misterios de aquella tarde, hecha una bolita apretada, quedó relegada en el interior de un frágil cascarón de negación.

Negación y engaño.

—Soy la gerente del turno de día —se dijo Janice, como si acabara de recordarlo—. Llevo diecisiete años haciendo mi trabajo y tengo un hotel que dirigir.

Todo lo demás quedó borrado.

Dirigió su atención al alboroto procedente del vestíbulo. Había gente que quería entrar. Huéspedes. Probablemente estuvieran furiosos. Y era responsabilidad suya ayudarlos. O al menos explicarles lo que estaba pasando. Muchas veces, la comunicación era la clave para calmar a clientes descontentos. La gente mostraba una sorprendente comprensión por un servicio deficiente cuando entendía las circunstancias. El mejor modo de conseguir montones de críticas de una estrella en las páginas web de viajes era mantener desinformados a tus clientes sobre los problemas.

Y allí estaba ella, la gerente del turno de día, sentada en una silla porque un tipo le había dicho que no se moviera.

No tenía sentido. Nada de todo aquello lo tenía.

Lo único que tenía que hacer era tomar las riendas de la situación.

Janice se levantó, aspiró hondo y se recompuso.

—Todo irá bien —se dijo—. Sólo tengo que afrontar el problema y resolverlo.

Salió del despacho de Dexter y cruzó lentamente el abandonado centro

administrativo del Botany Bay hasta llegar al vestíbulo. Su aparición provocó una atronadora salva de gemidos y golpes.

Caminó hasta las puertas interiores. Lo bastante cerca como para ver con claridad al gentío que había al otro lado. Varios de los seguidores disfrazados de *Star Trek* estaban allí. Parecía que se habían visto implicados en algún accidente.

Se animó un poco al ver a Oscar.

—¡Oscar! —gritó en medio del estrépito—. ¿Estás bien? ¿Dónde has estado?

Oscar, se veía claramente, no estaba bien. Tenía sangre por toda la cara y algo le había abierto el torso y desparramado sus intestinos. Arrastraba detrás de sí las grises entrañas como una manguera de jardín de color gris.

Janice pensó que tendría que estar recibiendo atención médica, no en la puerta del hotel, golpeando el cristal con sus musculosos brazos.

Estaba claro que había que hacer algo.

Pensó en su formación, en los seminarios de dirección a los que asistía dos veces al año en las oficinas de la empresa en Charleston. Se aclaró la garganta y comenzó a hablar:

—Damas y caballeros, lamento informarles de que sus habitaciones no están disponibles —dijo a los monstruos ensangrentados que se movían arrastrando los pies en el exterior—. El hotel y centro de convenciones Botany Bay nació bajo la premisa de ofrecer un servicio de la máxima calidad a sus clientes. Soy consciente de que ahora mismo no estamos cumpliendo con esa premisa y quiero pedirles paciencia y comprensión mientras trabajamos para rectificar la situación.

Nuevos gemidos respondieron a sus palabras.

Y algo más.

No lo oyó con los oídos, sino con la mente. No eran palabras, sino más bien un poderoso impulso surgido desde las regiones oscuras de su mente. Había algo allí dentro que le decía que hiciera cosas. Que implantaba en ella un deseo potente y casi primario de abrir las puertas. De dejar que los pobres huéspedes del Botany Bay, víctimas inocentes de aquellas inconveniencias, entraran.

Se preguntó de dónde le había venido esa idea. ¿Alguien en la muchedumbre estaría hablándole? Miró una a una las caras ensangrentadas. Todas parecían compartir un mismo y peculiar tipo de tumor, en la cara o en el pecho, o incluso, en un caso, justo en medio del pecho. Las bulbosas masas parecían grandes globos oculares de color blanco, pero con una pupila carmesí en el centro.

El centenar aproximado de personas que había en el exterior tenía esos ojos.

Y cada uno de ellos la estaba mirando.

Janice observó a una mujer vestida con un uniforme de la Flota Estelar de color rojo. Empujada contra el cristal por la presión de la multitud, era la más próxima a ella de las criaturas. Un globo ocular sobresalía de su hombro derecho. Janice lo observó con detenimiento. Con mucho detenimiento.

Pasó varios instantes contemplándolo, como hipnotizada.

El globo ocular estaba tratando de entablar contacto con ella. Quería que hiciese algo, pero le costaba encontrar las palabras. Finalmente, encontró lo que buscaba en la mente de su anfitriona.

«No queremos hacerte daño —susurró a la frágil consciencia de Janice—. Baja tus escudos.»

EL DIABLO EN LA OSCURIDAD

Al llegar al tercer piso, Jim pensó que debía coger el táser de su cinturón. Por si acaso. Le quitó el seguro y al asegurarse de que estuviera cargado, descubrió que no lo estaba. Se había olvidado ponerle un cartucho de dardos.

Un momento después, las puertas se abrieron. El ascensor emitió un *ding* lo bastante fuerte como para alertar a cualquier persona —o cosa— que hubiera en el pasillo.

Por instinto, Jim levantó el arma y apuntó con ella. No es que pudiese ver gran cosa. Algo o alguien había apagado las luces del descansillo. Se encontró con un muro de oscuridad. Activó el led del táser y apuntó con él al suelo. La luz recayó sobre una enorme mancha de sangre rodeada por pisadas ensangrentadas. Una persona, y puede que varias, había muerto en aquel lugar. Pero ¿dónde estaban los cuerpos?

«Las cosas no están tan mal como parece —pensó—. Están peor.»

Mientras mantenía abierta la puerta del ascensor con el pie, continuó recorriendo el suelo con el haz de la linterna. Se encontró con la Glock 17 de Dexter. La pistola predilecta del jefe de seguridad estaba tirada en el suelo, junto a la puerta de la habitación 301.

Mientras sacaba la cabeza del ascensor, Jim se preguntó si debía arriesgarse a coger el arma. Los apliques de luz del pasillo estaban apagados, pero los carteles de emergencia daban la luz suficiente como para ver que el pasillo estaba vacío en aquel momento.

El arma no estaba a más de cinco metros. Y quería cogerla desesperadamente.

Hurgó entre sus llaves maestras del hotel hasta encontrar la que anulaba el ordenador del ascensor. La introdujo en el panel de control y dejó el ascensor fijo en aquel piso, con las puertas abiertas.

Hecho esto, se acercó a la Glock y la recogió. Era el arma de Dexter, sí, y la habían disparado. Sacó el cargador y comprobó que sólo le quedaban siete de sus diecisiete balas. El jefe de seguridad no se había rendido sin ofrecer resistencia.

Y no le había servido de nada.

Jim se quedó parado en la oscuridad, sintiendo que sus testículos trataban de refugiarse en el interior de su cuerpo. No sentía una inquietud como aquélla desde su época de soldado. Sobre todo, durante las patrullas. Cuando, mientras peinaban casas desconocidas y barrios claustrofóbicos, se preguntaba si la próxima esquina que doblara sería la última.

Ahora tenía una sensación muy similar, sólo que peor. Al menos en Afganistán no

estaba solo. Pero ahora tenía que afrontar el peligro sin ayuda.

«Lo que posiblemente sea lo mejor, teniendo en cuenta mi historial —pensó, decaído—. Si la cago aquí, no la palmará nadie más que yo.»

—Hora de largarse valientemente a otro sitio —murmuró.

Estaba sacando la llave maestra del panel de control del ascensor, cuando una voz suplicante se arrastró hasta él.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

El sobresalto fue tal que se le cayeron las llaves al suelo. Las recogió rápidamente antes de salir de nuevo al pasillo.

—¿Dónde estás? —preguntó en voz alta.

—En la habitación 308.

Jim sintió que se le encogía el corazón. La habitación estaba más cerca del final del pasillo que del ascensor, a mano derecha.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, pero no puedo moverme. Es complicado.

Jim apuntó con la linterna del táser en aquella dirección. La luz era tan intensa que temía que revelara su posición. Y le preocupaba además agotar las baterías. Entonces se acordó del fásér de plástico. Lo sacó de la mochila y apretó el gatillo. El juguete emitió un haz de luz ámbar menos potente pero aun así útil.

Guardó el táser en la funda y avanzó con la pistola en la mano derecha y el fásér en la izquierda. Al pasar junto a las puertas de las habitaciones intermedias, podía oír a sus ocupantes al otro lado, gimiendo, gorgoteando y arañando las puertas. Era obvio que, en su estado actual, carecían de la inteligencia necesaria para girar el picaporte y salir.

Alguien había utilizado una bandeja para mantener abierta la puerta de la habitación 306. Jim se detuvo en el umbral y asomó la cabeza. Un hombre de mediana edad con una bata de baño caminaba apáticamente entre las dos camas de la habitación. Un hombre con dos muñones ensangrentados donde tendrían que haber estado las manos. Y un grotesco tercer ojo abierto, de manera muy poco práctica, en lo alto de su pelado cráneo.

La criatura reparó en la presencia de Jim. Se volvió hacia él y se inclinó, presumiblemente para que el ojo de su cabeza pudiera ver mejor. Jim no esperó a que comenzaran los gemidos. Cerró la puerta.

Luego continuó hasta la habitación 308 y descubrió que su puerta también estaba ligeramente entreabierta. Durante un momento se preguntó si sería una trampa. Puede que algunos de los zombies fuesen más listos que otros.

Pero sabía que había oído una voz humana. Y su desesperación no se podía fingir.

Antes de entrar, apuntó con el fásér a derecha e izquierda del pasillo. Nada aún.

Abrió unos centímetros la puerta empujando con el hombro. Las bisagras emitieron un chirrido que Jim creyó que se oiría hasta Dallas. La abrió cinco centímetros más. Luego otros cinco. Entonces entró sigilosamente, precedido por la

Glock.

La habitación estaba totalmente oscura, excepto por la luz del faser de Jim. Desde la puerta se podía ver el pie de la cama.

Había unas piernas desnudas de mujer sobre ella.

Con la pistola lista, Jim atravesó el corto vestíbulo y pasó la luz sobre la colcha. Encontró a la propietaria de las piernas, una mujer preciosa ataviada con un bikini de metal dorado y un taparrabos de seda roja.

—Pero ¿qué coño...? —preguntó.

—Cierra la puerta —siseó ella.

Jim se volvió para cerrar la puerta y, al hacerlo, tropezó con un trípode y lo tiró al suelo, junto con la cámara que sostenía. A continuación cerró la puerta, echó el pestillo y encendió las luces de la habitación.

—¿Tienes la llave? —preguntó.

—Ahí mismo —dijo ella—. Sobre la mesita de noche.

Jim la cogió, se subió a la cama y la introdujo en una de las esposas. En cuanto la primera estuvo abierta, la mujer sacó la mano libre, agarró la llave y abrió la segunda esposa por sí misma. Luego bajó de la cama con un atlético salto.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—¿Adónde crees tú?

Desapareció en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Jim enfundó el faser en su cinturón, dejó la pistola al pie de la cama y miró a su alrededor. Aparte de la cámara de vídeo y el trípode, no se veía ningún efecto personal... Es decir, sin contar la cadena de más de dos metros y medio que había sobre la cómoda. Levantó uno de sus extremos, pensando que iba a encontrarse con una imitación de plástico, pero los eslabones, de genuino acero, eran muy pesados. Martock habría aprobado su calidad.

Encendió la televisión, pero no salía imagen alguna, sólo estática. La apagó y probó con el teléfono. Seguía pulsando botones cuando la mujer salió del baño.

—¿Ha habido suerte? —preguntó ella.

—No —respondió Jim mientras colgaba—. Ni siquiera da tono de llamada.

—Tenemos que encontrar a alguien del personal del hotel —dijo ella—. Está pasando algo muy extraño. No te puedes creer las cosas que he oído en las últimas tres horas. —Se acercó a la ventana y abrió las cortinas, pero lo único que había al otro lado era una vista parcial del garaje del otro lado del callejón.

—Yo soy del personal del hotel —dijo Jim—. Me llamo Jim Pike y...

—Pues dime qué está pasando.

—Podría decírselo, pero no me creería. Tiene que verlo usted con sus propios ojos, señorita...

La mujer se colocó frente al espejo del aparador y recogió rápidamente su negro cabello en una coleta.

—Llámame Leia —dijo.

Y entonces, todo encajó en su sitio: la cadena, el bikini de metal, el taparrabos rojo... Estaba vestida como Leia Organa en la escena inicial de *El retorno del jedi*, cuando la princesa estaba prisionera de Jabba el hutt a bordo de su barcaza flotante.

—Caray —dijo Jim—. Creo que has elegido el hotel equivocado.

La mujer se rió con amargura.

—No me digas... —respondió.

—Todo saldrá bien —le aseguró Jim—. Mi hermana está en alguna parte del séptimo piso y cuando la encontremos...

—Tú puedes hacer lo que quieras —dijo ella mientras se encaminaba a la puerta—. Yo me voy directa al vestíbulo y luego me largo de aquí.

Giró el picaporte antes de que Jim pudiera impedirselo. Al instante, la puerta se abrió violentamente hacia dentro y la hoja dejó atrapada a Leia contra la pared. Dexter, o más bien lo que quedaba de él, entró arrastrando los pies. Algo le había arrancado enormes trozos de carne de la cara, los brazos y las piernas. Sin prestar atención a Leia, se abalanzó sobre Jim, lo agarró con las dos manos de la roja chaqueta y cayó al suelo con él.

El impacto de su peso dejó a Jim sin aire. Logró rodear el cuello de Dexter con las dos manos y trató de apartar de su cara las furiosas dentelladas que le lanzaba. Pero la gravedad trabajaba en su contra. Y había otra cosa. Algo viscoso en el cuello del jefe de seguridad le impedía agarrarlo bien. Algo que se retorció y se contoneaba cada vez que los dedos de Jim lo tocaban.

Era un ojo, comprendió Jim de repente. Un ojo que había brotado en el lugar que antes ocupaba la nuez de Dexter.

Atrapado entre la cama y la pared e inmovilizado por la inmensa masa de su atacante, Jim se dio cuenta de que sólo le quedaban unos instantes de vida. Las voraces fauces de Dexter se encontraban a menos de dos centímetros de su mejilla.

Y entonces, de repente, se alejaron de él.

En medio de la neblina de su pánico, vislumbró a Leia que, sobre ellos, pasaba la cadena alrededor del cuello de la criatura no muerta. Y a continuación, sentada a horcajadas sobre los dos, tiraba con todas sus fuerzas.

El tirón echó hacia atrás la cabeza de Dexter, liberó las manos de Jim y le permitió salir arrastrándose de debajo del cuerpo de su atacante. Se puso trabajosamente en pie, cogió la Glock de la cama y apuntó con ella al monstruo del suelo. Leia, con todos los músculos del cuerpo tensos, seguía tirando con todas sus fuerzas.

Jim se disponía a gritarle que se apartara, cuando se dio cuenta de que ya no era necesario disparar a la criatura. La cosa antes llamada Dexter había quedado inmóvil. Jim se acercó cautelosamente a sus ensangrentados restos. Tocó la cabeza y luego el torso con el pie. No hubo reacción. Sólo entonces cerró la puerta y se sentó en una esquina de la cama, sujetando la pistola con manos flojas.

Leia soltó la cadena y retrocedió con la respiración entrecortada.

—La próxima vez... —comenzó a decir.

—La próxima vez miraremos antes por el ojo de la cerradura —convino Jim—. Trato hecho.

Demasiado aturdido para hacer otra cosa, se quedó mirando el cuerpo mutilado del suelo. Un viscoso fluido verde goteaba desde la parte delantera de su cuello. El punto exacto en el que había estado el tercer ojo.

—¿Es un zombie? —preguntó Leia.

—Me temo que sí —respondió Jim.

—Yo creía que no se podía estrangular a un zombie.

—No creo que lo hayas estrangulado. Este zombie en concreto tenía una especie de tercer ojo en la tráquea. Cuando lo has aplastado con la cadena, ha dejado de moverse.

Leia asimiló toda esta información con razonable entereza. Jim sabía que la mayoría de los civiles responderían como Janice. Sus mentes, aturdidas por el pánico, simplemente se quedarían en blanco. Pero Leia parecía concentrada, no aterrorizada.

—Supongo que hay más abajo —dijo—. Eso explicaría los gritos que he estado oyendo.

—Unos cuantos —dijo Jim.

—¿Y la policía?

—No hay policía, ni teléfonos móviles, ni Internet, ni televisión. Aparte de mi jefa, eres la única persona que he visto en la última hora.

—Entonces supongo que estamos solos —dijo Leia.

Repentinamente, hubo un fuerte golpe contra la puerta.

—No necesariamente —dijo Jim.

Se acercó a la puerta y miró por el ojo de la cerradura. La pelea con Dexter había atraído a más zombies. Jim podía distinguir a tres, pegados a la puerta. Supuso que habría más detrás de ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Leia.

—Estoy pensando —dijo Jim

—Pues menudo rescate —murmuró ella—. Cuando has entrado aquí, ¿no tenías un plan para salir?

—Si quieres ayudar, déjate de esos diálogos de *La guerra de las galaxias* —dijo Jim—. Ya he tenido suficiente ciencia-ficción para un fin de semana entero.

—¿Qué diálogos?

Nuevos golpes en la puerta interrumpieron a Jim cuando se disponía a responder. Estudió la cerradura y los goznes. Parecía que aguantarían... de momento.

—Vamos a ver lo que tiene Dexter —dijo mientras daba la vuelta al cuerpo.

Leia hurgó en su cinturón y sacó una pesada linterna, un espray antivioladores y otro táser X3 amarillo y negro.

—¿Sabes cómo se usa? —preguntó Jim.

—Tengo uno —respondió ella mientras comprobaba el nivel de carga de la

batería—. Una princesa tiene que saber cuidarse.

—¿Y los zapatos? No puedes ir por ahí descalza.

—Pues no tengo alternativa. Salvo que tengas ganas de acercarte corriendo a la habitación 911 a recoger mi bolsa. En cuyo caso, podrías traerte también mis vaqueros, mi camiseta y el bote de ibuprofeno que hay junto al lavabo.

Jim abrió la mochila, metió un cargador en su propio táser y lo guardó en la bolsa. Tras pensarlo un momento, guardó también el fáser de juguete. A continuación, le ofreció a Leia un cartucho de dardos.

—¿Quieres uno de repuesto? —le preguntó.

—Un segundo —respondió ella.

Con considerable esfuerzo, introdujo las manos bajo el corpachón de Dexter, le desabrochó el cinto de las armas y lo sacó. Tenía más de un metro de longitud, suficiente para darle dos vueltas a la cintura de ella. Así que lo que Leia hizo fue pasárselo alrededor del hombro derecho y atarse la hebilla a la cadera. Cuando volvió a enfundar el táser, quedaba justo debajo de su pecho izquierdo. El spray iba en un bolsillo a la altura de su cintura.

—Lista para partir —anunció.

—Lo mismo digo —dijo Jim mientras le daba los dardos sobrantes.

—Bueno, ¿cómo salimos de aquí? ¿Nos abrimos paso a tiros entre los tíos del pasillo?

—Tengo una idea diferente. —Señaló la pared que los separaba de la habitación 306—. ¿Has oído algún ruido procedente de esa habitación en las últimas horas?

—Nada en absoluto, si no cuentas los gemidos y los gritos. Por eso mi amigo Donnie fue a investigar. Y ya no volvió.

Jim señaló la pared opuesta.

—¿Y en ésa?

—Silencio —dijo ella—. En serio.

—Probablemente esté vacía. A pesar de la convención de los *trekkies*, ha sido un fin de semana bastante flojo y este piso está medio vacío.

Rebuscó entre las llaves maestras hasta encontrar la que buscaba y la introdujo en la cerradura de la puerta de comunicación. Con mucha lentitud, la abrió parcialmente y metió la potente linterna de Dexter.

—¿Hay algo? —preguntó Leia.

—Está vacía —dijo Jim—. No hay equipaje, las cortinas están echadas, no hay nada fuera de su sitio... Bien.

Se acercó a la puerta que daba al pasillo seguido de cerca por Leia.

—¿Vas a salir andando como si tal cosa? —preguntó—. Podría haber centenares de ellos.

Jim miró por el ojo de la cerradura. No había centenares de ellos, pero sí más que suficientes para andarse con mucho cuidado.

—Espera aquí —dijo—. Y prepárate para correr.

Regresó corriendo a la habitación 308, donde las criaturas seguían aporreando la puerta exterior. Esta vez, Jim respondió a sus golpes.

—¡Eh, monstruos de mierda! —gritó—. ¡Estamos aquí! ¡Decídselo a todos vuestros amigos!

Un coro de gemidos estalló al otro lado. Y los golpes se intensificaron. Furiosos e incesantes. La puerta de metal se estremecía en sus goznes.

Jim aguardó unos instantes. Entonces respiró hondo varias veces, abrió la cerradura y giró el picaporte. La puerta se abrió al instante hacia dentro y chocó contra la pared, empujada por el peso de los enfebrecidos muertos. Jim se apartó de un salto justo a tiempo de esquivar la primera oleada de atacantes. Éstos, desequilibrados, trastabillaron y cayeron amontonados a sus pies. Mientras los demás trataban de pasar por encima de ellos, Jim retrocedió hacia la puerta de conexión y la cerró.

Leia estaba pegada a la puerta exterior de su habitación, observando lo que sucedía por el ojo de la cerradura.

—Buena idea —dijo—. Están entrando todos.

Jim le entregó la linterna.

—Cuando diga «vamos», vamos —dijo—. Una vez fuera, enciendes este trasto y apuntas al pasillo. Y mira dónde pisas. Hay cosas asquerosas en el suelo.

—Entendido.

Jim consultó su reloj: eran más de las nueve. Ojalá Rayna siguiera sana y salva en su cuarto. Y ojalá Matt no hubiera intentado ninguna estupidez.

Quitó el seguro a la Glock. Leia seguía en su puesto, junto al ojo de la cerradura.

—Creo que está despejado —dijo al fin—. Al menos por lo que veo.

Se apartó. Jim abrió la cerradura y giró el picaporte. Abrió la puerta unos centímetros, lo justo para asegurarse de que no había moros en la costa. Entonces salió. Leia lo seguía tan de cerca que podía sentir su aliento en el cuello.

Los zombies, aparentemente ocupados destrozando la habitación contigua, no repararon en su marcha. Leia encendió la linterna y guió sus pasos acelerados por el pasillo. Al llegar a los ascensores, descubrieron que dos zombies se habían metido dentro. Estaban allí, arañando los cristales de las paredes con dedos ensangrentados, ajenos al aperitivo potencial que tenían justo detrás.

—Mierda —susurró Jim.

—Mierda y remierda —remachó Leia, mientras alargaba una mano hacia el botón de llamada de los ascensores.

Jim la detuvo agarrándola por la muñeca.

—Por lo que sabemos, podría haber más en los otros ascensores. Tenemos que librarnos de estos dos.

Oyeron un gemido lejano. Se volvieron hacia el pasillo por el que acababan de huir y no vieron nada. Pero entonces, Jim miró en sentido contrario —la zona que no había considerado al elaborar su plan de fuga— y vio que media docena de zombies

avanzaba tambaleándose hacia ellos.

—Tenemos que librarnos de estos dos ahora mismo.

—Vale —gritó Leia—. ¡A ver!

Los dos zombies dejaron de arañar los cristales y se movieron al unísono. Muy lentamente, comenzaron a salir del ascensor.

Jim levantó su Glock. Hacía mucho que no disparaba un arma contra un objetivo en movimiento. Apuntó cuidadosamente al primero de ellos y le metió una bala en todo el pecho.

No sucedió nada.

—¡Has fallado! —exclamó Leia.

—No he fallado —dijo Jim—. Lo que pasa es que no le hace nada.

Disparó tres proyectiles más contra la zona central del cuerpo de la criatura. Su espalda vomitó sangre y una sustancia negra que roció las paredes de cristal del ascensor, pero la criatura siguió avanzando.

—¡Haz algo! —chilló Leia. Jim pudo sentir cómo se le clavaban sus dedos en el hombro derecho.

La criatura atravesó los últimos metros que los separaban. Con los brazos estirados, llegó tan cerca que se podía captar su olor.

Cuando se preparaba para abalanzarse sobre ellos, Jim levantó unos centímetros la Glock y le disparó en toda la sien. La criatura cayó al suelo y no se levantó.

—Es como en las películas —dijo Jim—. Hay que darles en la cabeza.

La segunda criatura venía detrás de la primera. Jim miró su cabeza y cambió de idea. Leia vio que vacilaba.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada —dijo él—. Quiero hacer una prueba.

Disparó contra el ojo que sobresalía del hombro izquierdo de la criatura. La bala lo alcanzó. La criatura se desplomó como la primera.

—Excelente —dijo Jim.

—¿Qué pasa? —preguntó Leia con la mirada clavada en los zombies del pasillo—. ¿Qué es tan excelente?

—Hay dos formas distintas de matarlos —dijo—. Las cosas están mejorando.

Hubo un ruido tras ellos. Leia se volvió justo a tiempo de ver cómo se les echaban encima los restos de Donnie Trill. El antaño alegre productor de vídeos ya no podía ni gemir, pues había perdido la lengua y la mayor parte de la nariz y los carrillos. En un gesto instintivo, Leia levantó el taser y disparó. En cuanto los electrodos tocaron el cuerpo de Donnie, se activó la descarga. La criatura se desplomó entre violentas sacudidas y luego quedó inmóvil. El ojo protuberante de su hombro derecho estalló en una erupción de moco verde.

Jim y Leia se lo quedaron mirando, boquiabiertos.

—Tres formas —dijo ella mientras enfundaba el taser.

Subieron al ascensor. En el sistema de altavoces, Brent Spinner cantaba *It's a Sin*

to *Tell a Lie*, mientras Jonathan Frakes y LaVar Burton le hacían los coros.

—Tenemos que ir al vestíbulo —dijo Jim al tiempo que pulsaba frenéticamente los controles del ascensor—. He dejado allí a la única persona viva que he encontrado aparte de ti y no estaba bien. Mentalmente, me refiero. Tenemos que ir a recogerla.

—Oh, Dios mío —dijo Leia mientras miraba por una de las paredes de cristal—. ¿Es ella?

Jim miró a través de los regueros de sangre y vísceras dejados por los zombies. Vio a Janice delante de las puertas principales, a plena vista de la horda de monstruosos muertos vivientes que esperaban fuera. Una horda que había crecido hasta alcanzar proporciones horribles.

Ya no había decenas de zombies aullando y tratando de entrar en el hotel. Había centenares. Puede que miles.

Y Janice parecía estar hablando con ellos.

EL PROPIO ENEMIGO

Jim no comprendió la auténtica magnitud de lo que estaba sucediendo hasta que no arrancó la mirada de la entrada principal y estudió las ventanas de las habitaciones con vistas al vestíbulo. Piso tras piso, cuarto tras cuarto, vio zombies pegados a los cristales que, presa del frenesí por la presencia de Janice, golpeaban furiosamente las puertas.

—Tenemos que detenerla —le dijo a Leia.

Pulsó con el puño el botón del vestíbulo.

—Deprisa —dijo ella—. Esas puertas no aguantarán mucho.

—Sí que lo harán —respondió Jim—. Es un cristal blindado. Y si consiguen atravesar las primeras, todavía estarán las interiores.

—¿Con quién habla? —preguntó Leia.

Jim miró por el cristal. Algo en el lenguaje corporal de Janice y en el modo en que inclinaba la cabeza sugería que, en efecto, estaba manteniendo una conversación. Pero eso era imposible. No había nadie con quien conversar. Ni siquiera había alguien capaz de articular palabra.

Janice asintió una última vez y luego regresó al mostrador de recepción. El ascensor llegó al vestíbulo y las puertas se abrieron.

—Quédate aquí —dijo Jim mientras le entregaba la mochila a Leia.

Salió corriendo del ascensor mientras Janice tanteaba el mostrador en busca del teclado de seguridad.

—¡No! —gritó—. ¡Espera!

Ella no lo oyó. Excitados por la aparición de otra presa, los muertos vivientes provocaban una tormenta de ruidos que se tragaba todo lo demás.

Jim se acordó entonces de la pistola que llevaba en la mano, la levantó por encima de su cabeza y disparó. El eco de la detonación rebotó en los suelos de mármol del atrio del hotel. Janice oyó el disparo y miró por fin en su dirección. Lo vio y frunció el ceño en un gesto de reproche. Sus labios se movieron.

«¿Dónde estabas?»

Jim trató de hablar. No salió nada de su boca.

Entonces, ella dijo otra cosa. Algo que no tenía ningún sentido.

Las puertas delanteras del hotel se abrieron repentinamente. Una marea de monstruos ensangrentados irrumpió en el Botany Bay. Janice, sonriendo como si estuviera recibiendo a un autocar de turistas, permaneció en el sitio hasta que la ola de muertos rompió sobre ella.

—¡No! —gritó Jim.

La ola alcanzó el mostrador de recepción y sumergió el cuerpo de Janice bajo un mar de muertos famélicos. El hedor de la carne en descomposición inundó las fosas nasales de Jim. Apuntó a la multitud con su Glock y apretó el gatillo. Esta vez no oyó más que un *clic*. El cargador estaba vacío. Se encontraba aún mirando el arma cuando una mano lo asió por el hombro izquierdo y le dio la vuelta.

—¡Vamos! —chilló Leia.

Jim corrió con las piernas entumecidas de regreso al ascensor, cuya puerta estaba encajada por una maceta con un ficus de plástico. La quitó de en medio de una patada. Las puertas se cerraron al mismo tiempo que los primeros zombies chocaban contra los paneles transparentes que los rodeaban por tres lados.

—¡Vámonos! —gritó Leia, mientras rostros hambrientos y espantosos, uno tras otro, se pegaban al cristal.

—No pasa nada —dijo Jim con un tono desprovisto de emoción mientras cerraba las puertas—. No pueden alcanzarnos. Estamos rodeados por todos los lados visibles por una gruesa barrera de plexiglás. Está ahí para que los ascensores no aplasten a nadie. Y también es una magnífica barrera antizombies.

Entonces se dejó caer al suelo, soltó la Glock y enterró la cabeza entre las manos.

—No podrías haber hecho nada —dijo Leia, tratando de ignorar los horrores que los rodeaban.

—Nunca puedo hacer nada —dijo Jim—. Nada de nada, joder.

—¿Qué ha pasado?

—Los ha dejado entrar. Ha abierto las puertas y ha dejado pasar a los zombies.

—¿Por qué?

—Puede que se cansara de esperar a que yo volviera —dijo Jim.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo último que dijo antes de abrir las puertas fue: «Tengo que bajar los escudos.»

—¿Estás seguro?

—Totalmente. ¿Qué coño quería decir con eso?

Los zombies golpearon el plexiglás con fuerza suficiente para hacer que se estremeciera.

—No lo sé —dijo Leia con una mirada de creciente pánico en los ojos—. Lo único que sé es que si este puto ascensor no se levanta ahora mismo del suelo, voy a volverme tan loca como ella.

Jim volvió la cabeza hacia los zombies. Reconoció varias caras: uno de los klingon de la fiesta, con un tocado en forma de tortuga de fauces abiertas; un miembro uniformado del personal de limpieza del Botany Bay que, evidentemente, había hecho su última cama; el tío que le preparaba el café con leche todas las mañanas en la cafetería del atrio del hotel. Gente distinta de distintos ámbitos de la vida, pero ahora todos ellos con una cosa en común. Todos tenían un tercer ojo en algún lugar de la cabeza, en los hombros, el brazo o el pecho. Un ojo de aspecto

demente con una pupila carmesí.

También se dio cuenta de que el océano de horrores que lo rodeaba parecía subir más y más a cada instante. Los primeros de aquellos cabrones torpes que habían alcanzado el ascensor caían al suelo, empujados por la aparición de nuevos monstruos. Los recién llegados se montaban sobre la primera oleada. Y a medida que el montículo de zombies iba creciendo, los que permanecían en pie iban ganando altitud.

No quedaba mucho, comprendió Jim, para que llegaran al borde de la jaula de protección y se subieran al ascensor.

Y entonces estarían dentro y encima de ellos.

Jim levantó la mirada hacia el panel de acceso del techo y se preguntó si debía abrirlo y ayudar a los zombies. Morir, aunque fuese a manos de un montón de monstruos devoradores de carne humana, era preferible a ver a Rayna y a Janice en sus sueños. Esos sueños que lo perseguirían noche tras noche para preguntarle por qué las había abandonado.

Pero estaba claro que Leia tenía una visión distinta del asunto. Podía verlo en su rostro, su hermoso y aterrado rostro. Seguía hablándole, así que decidió prestarle atención un momento.

—¡... no consigo que funcionen los botones porque lo has parado todo con tu tarjeta! —chilló—. ¡Tienes que volver en ti antes de que se suban al techo y nos atrapen!

—No servirá de nada —respondió él—. Están por todas partes. Nos matarán, hagamos lo que hagamos.

—¡Pero no tiene por qué ser ahora mismo! —gritó Leia—. Podemos encerrarnos en alguna parte, pensar en algo. O, al menos, morir en nuestros propios términos. ¿No sería preferible a asfixiarse en esta jaula?

Jim lo pensó. Lo que decía la chica tenía sentido.

La masa de zombies ya casi había alcanzado el borde del plexiglás. Un minuto más y la primera de las criaturas caería rodando sobre el ascensor.

—Al séptimo —dijo Jim—. Dicen que es muy bonito.

—Adonde sea —dijo Leia con la mirada clavada en el suelo—. Adonde sea menos aquí.

Jim pulsó el botón apropiado en el panel de control y dejó a los zombies tras de sí. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Leia mientras se alejaban de la temblorosa masa.

—Odio los espacios cerrados —dijo al fin—. Sobre todo, los espacios cerrados que están rodeados por zombies.

El ascensor llegó al séptimo piso, la campanilla lo anunció. Las puertas, obedeciendo las instrucciones de Jim, no se abrieron. No tardaron en oír golpes y gemidos al otro lado.

—Parece que están de *marchuqui* ahí fuera —dijo Jim.

—¿De *marchuqui*? —respondió Leia, aún temblando—. Pero ¿alguien utiliza aún esa expresión?

—Te sorprenderías...

Jim trató de hacerse una idea de la situación mirando por las ventanas manchadas de sangre. Ahora que no había nada que estimulara su apetito, los zombies se dedicaban a vagar de un lado a otro sin propósito concreto. Y los de las habitaciones, los que estaban observando el atrio, también parecían más tranquilos. La porquería del cristal del ascensor hacía que fuese casi imposible ver a Jim y a Leia.

—Creo que de momento estamos a salvo —dijo él—. Pero no podemos abrir estas puertas.

Cogió la Clock y sacó el cargador vacío. Abrió la mochila, sacó el nuevo y lo introdujo en el arma de un golpe.

—Me quedan diecisiete balas —dijo mientras contemplaba el mar de muertos vivientes—. No creo que sean suficientes para todos.

—¿Qué coño te ha pasado ahí abajo? —preguntó Leia.

Jim se pegó a la esquina del ascensor más próxima al panel de control. Cruzó los brazos y dirigió la mirada hacia algún punto indeterminado.

—Lo que ha pasado es que he cometido un error. He puesto a alguien en una situación que, claramente, no podía controlar. Y ha muerto. Ha muerto por culpa de mi estupidez.

—Deja para más adelante las crisis existenciales —dijo Leia—. Ahora mismo tenemos que sobrevivir. Necesitamos un plan B.

—¿En serio? —dijo Jim—. No sabía que hubiésemos tenido un plan A en ningún momento.

—Pues sí —respondió ella—. Tú lo habías elaborado. Bajar al vestíbulo a buscar a como-se-llame y luego subir a buscar a tu hermana.

—Como-se-llame se llamaba Janice Bohica —dijo Jim—. Le gustaba jugar al golf, tenía un miedo patológico a las arañas y, por alguna razón, era seguidora de los Astros. No nos caíamos muy bien. Pero se merecía algo mejor. Y merecía algo más de mí.

—Nadie se merece eso —dijo Leia, señalando las sucias ventanas del ascensor—. Pero esa mujer está muerta y no se puede hacer nada al respecto. Tirándote de los pelos no nos vas a ayudar ni a tu hermana ni a mí.

—Rayna está muerta —dijo Jim—. La abandoné y ahora está muerta. Se la han comido viva en un pasillo mientras yo no estaba. Es lo que pasa siempre.

—No tenemos tiempo para esto... —dijo Leia con impaciencia.

Jim la miró con auténtica rabia.

—A ver qué te parece este plan B —dijo—. Me meto el cañón de esta pistola en la boca y aprieto el gatillo. Tú puedes coger las llaves maestras y todo lo demás que tengo en la bolsa y te vas por tu cuenta. Te aseguro que vivirás más, confía en mí.

Leia se le acercó y lo miró a los ojos.

—No te haces una idea de lo mucho que me gustaría irme por mi cuenta —dijo—. Pero no puedo hacer esto sola. Tú conoces el plano de este sitio, sabes manejar armas y sabes luchar. Por mucho que deteste reconocerlo, te necesito.

—Haré que te maten —dijo Jim.

—Correré el riesgo —respondió Leia—. Y ahora vamos a dejar a un lado tus problemas personales y pensemos en lo que haría Kirk en esta situación.

—¿Quién? —preguntó Jim.

—James T. Kirk, capitán de la *Enterprise*.

Jim sacudió la cabeza.

—Ya lo entiendo —dijo—. Estoy muerto y en el Infierno, atrapado con una friki de *Star Trek* para toda la eternidad. Nos pasaremos los próximos mil años discutiendo si el escudero de Gothos era en realidad Q disfrazado.

—A ver, hazme caso —dijo Leia—. Pensemos en esto un momento. ¿Recuerdas el test Kobayashi Maru?

—De *La ira de Khan* —dijo Jim con un gesto de asentimiento—. Es un ejercicio de instrucción de la Flota Estelar que siempre termina con la «muerte» del sujeto. Sirve para evaluar las reacciones del cadete en una situación en la que es imposible ganar.

—Exacto —dijo Leia—. Pero ¿qué decía Kirk sobre las situaciones imposibles?

—Que no creía en ellas.

—Pues espero que veas el paralelismo. Por parafrasear a Kirk, incluso cuando piensas que una situación es imposible, no lo es. Simplemente estás pasando algo por alto.

Jim decidió que no tenía nada de malo seguirle el juego un minuto.

—Muy bien, revisemos la situación —dijo—. Estamos atrapados en un ascensor, dentro de un hotel lleno de zombies antropófagos. Podemos asumir, teniendo en cuenta la total inactividad de la policía, que estamos dentro de una ciudad, y quizá de un país, aquejados por la misma situación. Apenas tenemos armas, no tenemos comida ni agua y no podemos abrir estas puertas sin que nos ataque al instante un enemigo con una aplastante superioridad numérica. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —dijo Leia.

—¿Qué es lo que he pasado por alto, entonces?

—Entre otras muchas cosas, que los zombies son idiotas. Estás hablando de tirar la toalla ante unos seres que no son capaces de deducir cómo funciona el picaporte de una puerta.

—Cierto —dijo Jim.

—Y no podemos decir que sean invencibles. Ya hemos descubierto tres formas de destruirlos. Con una bala en la cabeza o en el tercer ojo, o con una descargar táser.

—Afirmativo —dijo Jim.

—Y he aquí lo más importante de todo. Eres torpe, eres lento y no pareces demasiado inteligente.

—En efecto... Espera, ¿cómo?

—Quiero decir que no tenemos nada de especial. Si hemos llegado hasta aquí, otros también han debido de hacerlo. Están ahí fuera y tu hermana podría ser uno de ellos. Y no lo sabremos hasta que no recuperes la determinación.

Jim descruzó los brazos, salió del rincón y se puso en pie.

—Sigo pensando que te iría mejor si te fueras por tu cuenta.

—Eres tú el que quiere largarse —replicó Leia—. Pero eso no va a pasar. La gente te necesita y no dejará de necesitarte por el mero hecho de que no quieras que lo hagan.

—Bueno, intentaré no decepcionarte.

—Hazlo o no lo hagas —respondió ella—. Pero no lo intentes.

Jim le puso la mano derecha sobre el hombro desnudo.

—¿Qué te dije sobre los diálogos de películas?

Leia le quitó la mano.

—Esto no es ningún diálogo de una película. Estoy intentando conseguir que salgamos de esta situación, mientras que tú no haces más que...

El teléfono de emergencias del ascensor sonó.

Ambos se lo quedaron mirando, demasiado aturdidos para moverse. Cuando volvió a sonar, Leia se abalanzó sobre el receptor y descolgó.

—¿Sí? —preguntó con voz entrecortada.

Escuchó un momento y luego, con mano temblorosa, le pasó el teléfono a Jim.

—Es para ti —dijo.

LA ESTRATAGEMA

Jim cogió el teléfono.

—¿Quién es? —preguntó.

—Aquí la teniente Thellina, timonel de la *Stockard*.

—¡Rayna! —exclamó Jim—. ¿Estás bien?

—Aún no me han devorado, si es a eso a lo que te refieres. ¿Cómo estáis la princesa y tú?

—¿Nos estás viendo?

—A duras penas, con toda esa sangre de zombie pegada al ascensor. Mira por el panel de tu derecha.

Jim buscó la hilera de ventanas del séptimo piso a través del cristal del ascensor y luego fue mirando de habitación en habitación. Zombies en la primera. Zombies en la segunda. Zombies en la tercera, la cuarta y la quinta... y al fin dos *trekkies* vivitos y coleando, que en aquel momento trataban de llamar su atención por todos los medios.

—Ya os veo —exclamó Jim mientras los saludaba con la mano—. ¿Estáis todos bien?

—Todos salvo T’Poc. Está muerta, Jim. Un puñado de esas... criaturas... Sucedió todo muy deprisa, como una estampida. La aplastaron. Matt lo vio todo. Dice que fue horrible.

—Aguantad ahí. Voy a buscaros.

—Pues entonces será mejor que se lo digas a Gary. Quiere atrancar la puerta. Deja que te lo pase.

—Estaré allí lo antes posible —le prometió Jim.

—Vale —dijo Rayna, aunque estaba claro que no lo creía del todo.

Un momento después, Gary estaba al aparato.

—¿De dónde has sacado a la princesa? —preguntó.

Jim ignoró la pregunta.

—¿La habitación es segura?

—Eso parece. Ahora que hemos cerrado la puerta, no hay ninguna amenaza inmediata. El único problema es que no podemos salir. El pasillo está absolutamente lleno de... de...

—Hemos decidido hacer lo más lógico y llamarlos zombies —dijo Jim.

—La clavaste, tío. No volveré a poner en duda tus extraños presentimientos.

—¿Hay alguien más con vosotros?

—Matt.

—¿En serio?

—Sí —respondió Gary con voz lúgubre—. Cómo no.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —preguntó Jim.

—Rayna vio a la mujer que había junto a la entrada, así que decidimos llamarla. Estaba marcando el número de la puerta cuando te vimos ahí abajo. Lo que, por cierto, fue toda una demostración de pelotas. Todos nos arrodillamos ante tus increíbles y enormes cojones.

—Creo que ése es el halago más grosero que he recibido nunca —dijo Jim.

—Normalmente lo hago aún peor —respondió Gary—. Pero ahora mismo tengo la cabeza en otras cosas.

—¿Habéis conseguido poneros en contacto con el mundo exterior?

—Lo he intentado, pero de momento nada. En la tele no hay nada más que nieve. Los teléfonos no funcionan. Y no hay Internet y eso es lo más extraño de todo. Originalmente se diseñó como un sistema de comunicaciones a prueba de fallos para el caso de que hubiera una guerra nuclear, así que es muy resistente. Para desactivarlo de este modo haría falta la intervención de alguien muy inteligente y muy poderoso.

—Puede que ya no funcione —dijo Jim.

La línea estuvo en silencio durante un segundo.

—¿Cómo? —dijo Gary al fin—. ¿Qué quieres decir?

—Puede que haya dejado de existir. Que se haya producido alguna catástrofe a escala mundial.

—Oh, no —dijo Gary con conmovedora ingenuidad—. Eso no es posible. Alguien nos impide acceder a Internet, pero Internet sigue ahí. Siempre seguirá ahí.

Jim decidió dejarlo. Teniendo en cuenta el estrés al que estaba sometido Gary ya, sugerir que Internet podía haber desaparecido podía ser la gota que colmara el vaso. Además, tenía cosas más urgentes de las que preocuparse.

Cinco minutos antes, su «plan» era meterse una pistola en la boca y rendirse ante los muertos vivientes. Pero ahora que sabía que Rayna estaba viva, los engranajes de su cabeza habían comenzado a moverse de nuevo.

—Estáis en la suite de Matt, ¿verdad? —preguntó—. Habitación 754.

—No tiene pérdida —dijo Gary—. Es la habitación que tiene todos los zombies en la puerta.

—¿Están golpeando la puerta?

—La verdad es que no. Se limitan a caminar por el pasillo. Es como si sintieran que estamos cerca, pero no supieran cómo encontrarnos.

—Bien —dijo Jim—. Pues no atranquéis la puerta, porque tengo que entrar en vuestra habitación. Cuando oigáis que alguien llama, mirad por la mirilla para aseguraros de que somos nosotros y luego dejadnos pasar.

—Ajá —respondió Gary con tono de escepticismo—. ¿Y cuándo crees que pasará eso?

—Estamos listos para ponernos en marcha ahora mismo —dijo Jim mientras pulsaba unos botones de los mandos del ascensor—. Si la cosa va bien, llegaremos en

unos veinte minutos. Si la cosa no va bien... Que alguien se quede junto a la puerta hasta que lleguemos.

—Rayna se encargará —dijo Gary.

—Buena elección —respondió Jim—. ¿Tenéis armas?

—Aún no, pero tengo los *walkie-talkies* de la *Stockard*.

—Aún mejor —dijo Jim, y le dio instrucciones para utilizar la frecuencia del hotel—. A ver si puedes llamarme.

El casi olvidado *walkie-talkie* del cinturón de Jim emitió un pitido. Lo cogió y lo encendió.

—Carne muerta dos, aquí Carne muerta uno. Cambio —dijo Gary.

—Excelente —dijo Jim mientras colgaba el teléfono—. Ahora podemos permanecer en contacto todo el rato. Pero de momento no intentéis llamarnos. Podríamos estar andando a hurtadillas detrás de un grupo de zombies y no convendría que nos arruinárais la sorpresa, ¿de acuerdo? Os llamaremos cuando podamos. ¿Entendido?

—Entendido —respondió Gary—. Ah, una cosa, Matt quiere decirte algo. ¿Tienes un segundo?

El *walkie-talkie* cambió de manos antes de que Jim pudiera responder.

—Eh, Jim, hermano de Rayna —dijo Matt—, esta mierda es como *Resident Evil*, ¿sabes lo que quiero decir?

—Esto no es un juego —dijo Jim—. Tu amiga T’Poc está muerta.

—Hice todo lo que pude para ayudar a esa tía —dijo Matt—. Pero cuando te enfrentas a una docena de combatientes enemigos, no hay demasiadas opciones. Tú ya me entiendes.

Jim dejó pasar el comentario. Estaba bastante seguro de que Matt nunca se había enfrentado a ningún adversario fuera de un juego de Playstation, pero no tenía mucho sentido decírselo.

—¿No tenías algo importante que decirme?

—Sólo que aquí está todo bajo control. Tu hermana está en buenas manos. Realmente buenas.

Jim sintió que los músculos de su cuello se ponían tensos.

—Ya hablaremos de eso cuando lleguemos allí —dijo—. Pero no os pongáis demasiado cómodos. No vamos a quedarnos.

—¿Y eso quién lo dice? En el minibar hay panchitos y bebidas para un par de días. Pasado ese tiempo, la Guardia Nacional, los marines, los Texas Rangers, o quienquiera que esté al cargo de sofocar las plagas de zombies, se habrá encargado de fumigar este sitio. Mientras tanto, nosotros nos quedaremos aquí sentados, de *marchuqui*.

Leia intercambió una mirada con Jim.

—¿De *marchuqui*? —susurró.

—No creo que podamos contar con la ayuda de otras personas —le explicó Jim

—. Si han enviado a alguien, el Botany Bay no será una prioridad habiendo hospitales, escuelas, edificios gubernamentales...

—Lo siento, colega, pero ésta es mi tripulación y la decisión ya está tomada. Si quieres venir de visita, eres bienvenido, al menos mientras respetes mis órdenes. Y esas órdenes son evacuar la sección del platillo, subir los escudos al máximo y esperar a que nos ayuden. Y ahora te paso al hortá.

El *walkie-talkie* volvió a cambiar de manos y la voz de Gary reapareció.

—Tienes que sacarnos de aquí —susurró—. Creo que Matt tiene algún problema.

—¿Qué clase de problema?

—Se comporta de manera rara. No estoy seguro de poder explicarlo. Pero cuando T’Poc cayó, ni siquiera parpadeó. No estoy seguro de que reparara en ello. Es como si estuviera jugando otra partida de *Shopping Maul*.

—Mantenlo vigilado —dijo Jim—. Controla su comportamiento. Y coge las plumas de la mesa del hotel. Si das en el punto adecuado, puedes usarlas como armas. Los ojos. La tráquea. Cualquier cosa blanca y carnosa.

—Me estás acojonando —dijo Gary.

—Pues esto es sólo el calentamiento —dijo Jim—. Nos vemos.

El *walkie-talkie* se apagó con un chasquido y Jim pulsó el botón del undécimo piso.

—¿Qué hay en el piso once? —preguntó Leia.

—¿Recuerdas que te dije que no había demasiada gente en el hotel? Eso me ha hecho pensar. Estaban pintando las zonas comunes del undécimo piso. Lo que significa que apestan. Lo que significa que, seguramente, no alojarían a nadie allí salvo que fuese totalmente necesario. Y como estaba siendo un fin de semana flojo, no lo era. Creo que está vacío. Podemos ir hasta el final del pasillo y usar la escalera de incendios para llegar hasta el séptimo.

—¿Y si esos monstruos están en la escalera?

—Los problemas, de uno en uno —dijo Jim, encogiéndose de hombros—. Mataremos a los zombies si es necesario, pero es mejor que tratemos de esquivarlos. Que nos mantengamos en movimiento, sin hacer ruido. Puede que tengamos que pasar mucho tiempo sin más munición que ésta, así que no quiero derrochar una sola bala. Si tienes que cargarte a alguno, usa el táser. La Glock es más ruidosa, así que sólo la usaremos si estamos muy jodidos. ¿De acuerdo?

—Hablas como si hubieras pasado por esto antes —dijo Leia.

—No exactamente —dijo Jim—. Pero después de dos visitas turísticas por Afganistán, he acabado por convertirme en un experto en merodear por sitios oscuros y peligrosos.

El ascensor llegó al undécimo piso. Jim y Leia sacaron sus táseres, se pegaron a la parte trasera del ascensor y se colocaron juntos, hombro con hombro. Jim apretó el botón que abría las puertas.

—De acuerdo —dijo—. Vamos de *marchuqui*.

LOS OLVIDADOS

Al abrirse la puerta apareció un vestíbulo repleto de escaleras, andamios, latas de pintura y telas. Las luces estaban en buen estado y aún funcionaban. No había manchas sospechosas en el suelo. El único olor era el de la pintura.

«Normal —pensó Jim—. Completamente normal.»

Pero aun así mantuvo el táser en la mano. Lo mismo que Leia.

—Como sospechabas —dijo ésta mientras miraba en todas direcciones—. Vacío.

—Apuesto a que los pintores han estado aquí hasta hace pocas horas —dijo Jim—. Probablemente bajaron al acabar la jornada y se fueron a buscar sus coches, pensando que se trataba de un día como otro cualquiera...

—No te mortifiques —dijo Leia.

Jim guardó el táser y husmeó entre las latas de pintura.

—¿Qué buscas? —preguntó la princesa.

—Por lo general, estos tíos tienen un calzado para el trabajo. A veces se lo llevan a casa, pero si saben que van a volver, lo dejan en el sitio. A lo mejor, si encuentro un par que no esté demasiado sucio...

—No te preocupes por lo sucios que estén —dijo Leia—. Me pondré cualquier cosa que me entre en los pies.

Jim vio algo. Fue detrás de un andamio y volvió con un par de zapatillas de baloncesto mugrientas y cubiertas de pintura seca.

—Aquí tienes —dijo—. Espero que sean cómodas.

—Soy una mujer —dijo ella mientras se sentaba en el suelo y comenzaba a meter los pies en las zapatillas—. No he llevado unos zapatos cómodos en toda mi vida.

Jim vio cómo intentaba ponérselas. Según sus cálculos, le estaban un par de números pequeñas. Pero no dijo nada. Era mejor y más seguro, decidió, dejar que Leia hiciera por sí sola el viaje de la negación a la aceptación.

Tardó unos noventa segundos.

—¡Joder! —gritó mientras lanzaba las zapatillas al otro lado del vestíbulo.

—Buscaré otra cosa —dijo Jim.

Reanudó su búsqueda entre las telas y trapos caminando lentamente entre las distintas zonas de trabajo.

—Oye —dijo al fin desde el otro lado de la habitación—. Creo que he encontrado unas botas.

—¿Parecen más grandes que las zapatillas? —preguntó Leia.

—Mierda —dijo él—. Lo que parece es que están unidas a algo.

Leia se puso en pie de un salto y corrió hacia Jim, táser en mano.

—¿Qué es? —preguntó.

Jim estaba junto a un gran bulto cubierto por una tela. De uno de sus extremos sobresalían un par de botas altas de color negro.

—Puede que tengamos un problema —dijo.

—¿Un zombie? —preguntó ella.

—No lo creo. Las heridas de los zombies no dejan de sangrar. Pero esa tela parece limpia. No tiene ni una sola gota de sangre.

—Pero alguien la habrá puesto —dijo Leia—. ¿Por qué?

Jim se disponía a lanzar una conjetura cuando comenzó a sentir un hormigueo en la nuca. Había algo o alguien detrás de él.

—¡Cuidado! —gritó mientras se revolvía y levantaba el táser. Leia se apoyó sobre una de las rodillas y apuntó también con el suyo.

Frente a ellos, ante el cañón de sus armas, había un hombre flaco, de cabello castaño claro y unos veintitantos años. Con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa, se había quedado parado con una mano extendida, como si hubiera estado a punto de dar unos golpecitos a Jim en el hombro. Llevaba un uniforme de la serie original de *Star Trek*, con los pantalones negros y la camisa roja.

—¿Qué estáis haciendo con Olson? —preguntó.

Jim y Leia mantuvieron la postura un instante más, hasta comprender que, dado que el muchacho poseía el don del habla, no podía ser un zombie. Y como no era un zombie, no había razón para dispararle.

Lentamente, guardaron las armas.

—¿Quién es Olson? —preguntó Jim.

El chico señaló el cuerpo del suelo.

—Vinimos para la convención —les explicó—. Soy el alférez Willy Makit.

—¿Willy... Makit? —preguntó Jim—. Supongo que no es tu nombre de verdad.

—Claro que no —dijo Willy—. Es el de mi personaje.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? Pensaba que la mayoría de los invitados a la GulfCon estaban en los primeros pisos.

Willy cuadró los hombros mientras bajaba la cabeza.

—En el hotel dijeron que era un simple error, pero yo creo que nos segregaron intencionadamente —dijo—. Queríamos estar con todo el mundo, pero creo que se corrió la voz sobre nuestro grupo y nadie nos quería cerca. Así que el hotel nos metió aquí. Y no nos enteramos hasta llegar.

—No entiendo... —dijo Jim.

—Yo sí —dijo Leia—. ¿Formáis parte de un grupo de casacas rojas?

—Soy el último superviviente del Club de Casacas Rojas del oeste de Texas —dijo Willy—. Una organización formada en su momento por ocho orgullosos miembros.

—¿Y dónde están los otros siete? —preguntó Leia.

—Muertos —respondió Willy con la voz rota—. Todos muertos. A consecuencia

de una sucesión de absurdos y estúpidos accidentes.

—Esos zombies no tienen nada de accidental —respondió Jim—. Una vez que comprendes su comportamiento, es muy fácil predecir lo que van a hacer.

Willy le lanzó una mirada de sorpresa.

—¿Zombies? —preguntó—. ¿Qué zombies?

La pregunta quedó flotando en el aire un instante. Parecía que hablaba en serio.

—Ay, Dios —susurró Leia a Jim—. Tenemos un problema.

—¿Llevas aquí toda la tarde? —preguntó Jim.

—Sí.

—¿Y en algún momento has mirado por la ventana y visto el vestíbulo?

—Sí.

—¿Y al ver que el hotel estaba repleto de cadáveres reanimados, ensangrentados y mutilados, no se te ocurrió que podía tratarse de alguna emergencia?

—Supuse que era una fiesta de la convención —dijo Willy mientras se encogía de hombros—. O algún tipo de disturbio. La verdad es que tenía cosas más serias de que preocuparme. Como la muerte, en un mismo día, de siete de mis amigos.

Jim miró a su alrededor, estupefacto.

—¿Estás diciéndome que has logrado perder a siete personas estando encerrado en el único espacio seguro de este edificio?

Para inmensa incomodidad de Leia y Jim, Willy se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Durante un momento prolongado, muy prolongado, sus lágrimas fueron el único sonido perceptible en el undécimo piso.

—Son estos uniformes —dijo al fin, ahogado entre sollozos—. Nos han matado. Están malditos. Y yo voy a ser la próxima víctima.

—Quiero que te calmes un momento —dijo Jim—. ¿Crees que has ofendido a alguna deidad de *Star Trek* al ponerte un uniforme rojo?

Willy tardó un instante en recomponerse.

—En la serie *Star Trek* original —le explicó— los personajes con casaca roja estaban condenados. Si un tío con casaca roja bajaba a un planeta con Kirk y Spock, moría siempre. Siempre. Así que mis amigos y yo decidimos hacerles un homenaje formando un club. En su momento nos pareció una buena idea. Venir todos a la GulfCon con casacas rojas. Diríamos que éramos la tripulación de la *Prescindible*. Sería muy gracioso, porque en el mundo real nadie muere sólo por llevar el traje equivocado a una convención de ciencia-ficción, ¿a que no?

—En efecto —dijo Jim, crispado—. Aquí, en el mundo real, la gente no muere por llevar una casaca roja. Eso es una locura.

—Lo mismo pensaba yo al despertar esta mañana —dijo Willy—. Venía en mi coche con Olson, Carlisle y Henderoff. El resto del club vendría en otro coche más tarde, porque tenían que esperar a que Leslie terminara su turno en el Best Buy. Íbamos a asistir al banquete klingon. Pero al llegar, después de registrarnos, recibí un mensaje en el que me decían que el otro grupo se había matado en un accidente en la

autopista. Una colisión con un tráiler de tractores. No llevaban ni quince minutos en la carretera cuando sucedió.

—Oh, Dios mío —dijo Leia—. Cuánto lo siento.

—Estábamos todos en estado de shock. Y el hecho de que fuera imposible conseguir una conexión telefónica decente no hacía más que empeorar las cosas. Pensamos en marcharnos, pero ya casi había anochecido y no queríamos correr el riesgo de conducir en la oscuridad.

—¿Por miedo a que os pasara algo también? —preguntó Leia.

—Exacto. La idea de la maldición de las casacas rojas tenía gracia antes, pero después de aquello no tanta. Sobre todo para Carlisle, que toda la vida había sido propenso a los accidentes. Siempre estaba tropezando. Así que decidimos que permaneceríamos juntos. Sólo lo perdí de vista una vez, cuando fue a por un estúpido Snapple.

De repente, rompió a llorar de nuevo, y con más violencia aún que antes.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Jim.

Leia le hizo un gesto para que se callara.

—Cuéntanos qué pasó entonces —dijo—. Tu amigo fue a buscar un Snapple. ¿Y luego?

Willy sacó un pañuelo de papel del bolsillo, se sonó la nariz y volvió a guardárselo.

—No volvió.

—¿No volvió de dónde? —preguntó Leia.

—De las máquinas expendedoras. Olson fue con él para comprar unas galletitas saladas y lo presencié todo. No sé cómo, la botella quedó atascada en la máquina. Olson comenzó a menearla de un lado a otro mientras Carlisle trataba de sacar la botella metiendo la mano. De repente, la máquina volcó y le destrozó el cráneo.

—Estás de coña —dijo Jim—. Eso es imposible.

—Es la maldición —insistió Willy—. Tratamos de llamar a recepción y a Urgencias. No había línea. Finalmente, Henderoff decidió bajar al vestíbulo a buscar ayuda. Olson y yo nos quedamos aquí.

—Y supongo que Henderoff no regresó nunca, ¿verdad? —dijo Leia.

—Exacto. Olson y yo no sabíamos qué hacer, así que nos sentamos aquí a comer las galletitas. Se había tragado unos dos puñados cuando, de repente, comenzó a toser y se puso azul. Traté de salvarlo. En serio, lo hice. Pero...

—¿Se asfixió con una galletita salada? —preguntó Jim.

Willy sacudió la cabeza.

—Shock anafiláctico —le explicó—. Olson sufría una violenta alergia a los cacahuetes.

—Pero si has dicho que estaba comiendo galletitas saladas... —dijo Leia.

—Estaba comiendo galletitas saladas fabricadas por una marca que también produce cacahuetes. Luego miré la bolsa. Había una advertencia entre los

ingredientes, pero supongo que Olson no se fijó.

—Ahí tienes —dijo Jim como si la historia, en su conjunto, tuviera todo el sentido del mundo. En realidad no lo tenía, pero no quería perder más tiempo parlotando sobre maldiciones de *Star Trek*. Teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando ese día, no había más alternativa que aceptar como un hecho la versión de Willy de los acontecimientos—. ¿Por qué no vienes con nosotros al...?

—Discúlpalos un minuto —lo interrumpió Leia con firmeza—. Tengo que hablar con mi amigo en privado.

Cogió a Jim del brazo y lo llevó al otro lado del pasillo.

—¿Es que no has prestado atención? —le preguntó—. El tío lleva la palabra «gafe» escrita por toda la cara. Si seguimos con él, podríamos acabar muertos nosotros también.

—No hablarás en serio... Hablas de él como si tuviera piojos.

—Piojos letales —dijo Leia—. Aparte de que, evidentemente, se halla en estado de shock. Si hay algún problema, se dejará caer al suelo en posición fetal. Yo digo que lo dejemos aquí.

Se volvió hacia Willy y lo saludó con el brazo, muy sonriente.

—Tampoco sería como abandonarlo —continuó—. Probablemente esté en el mejor lugar de esta asquerosa trampa. En los minibares hay barritas de caramelo y Diet Sprite para vivir durante meses. Podría hasta fundar su propia civilización... siempre que pase de esta noche.

Jim lo pensó.

—No te falta razón —dijo—. Pero la unión hace la fuerza. Podríamos convencerlo para que venga con nosotros.

—Buena suerte —dijo Leia—. Yo ya utilicé todas mis dotes de persuasión en el ascensor para impedir que te volaras los sesos.

Volvieron al lugar en el que Willy los estaba esperando.

—La situación es ésta —le explicó Jim—. Unos zombies caníbales han invadido Houston y puede que el planeta entero. El hotel está completamente infestado. Estamos intentando llegar al séptimo piso, donde están atrincherados mi hermana y algunos de sus amigos. Si los zombies te muerden, te conviertes en uno de ellos. ¿Alguna pregunta?

—No —dijo Willy con los ojos abiertos de par en par por el asombro—. Es todo lo que necesito saber, más o menos...

—Pero hay buenas noticias —intervino Leia—. Este piso, a diferencia de los demás, está libre de zombies. Y los zombies son demasiado estúpidos para abrir picaportes o usar los ascensores. Así que, mientras te quedes aquí, estarás a salvo. Al menos a salvo de ellos.

—Me alegro, porque no voy a ir a ninguna parte —dijo Willy—. Esperaré aquí, en la habitación 1120, a ver qué sucede. Con mi suerte, seguro que se me cae el techo sobre la cabeza.

Jim puso los ojos en blanco.

—Tienes que venir con nosotros —dijo—. No tienes armas ni entrenamiento. Estarás mucho más seguro conmigo.

—Te lo agradezco —dijo Willy—. Pero como se me va a caer el techo sobre la cabeza, prefiero ser el único que lo sufra. No hace falta que compartáis mi suerte de gafe.

Leia se puso colorada.

—¿Tan alto estaba hablando? —preguntó.

—No te preocupes —respondió Willy con un encogimiento de hombros—. Lo primero es la seguridad y tal. Os acompañaré a la puerta, pero luego os libraréis de mí.

Salieron juntos de detrás del andamio y se dirigieron a la escalera que había al final del pasillo. Por el camino, Leia expuso una idea en voz alta:

—Estábamos buscando zapatos cuando te hemos encontrado —dijo—. Igual tus amigos tienen algo que puedan prestarme.

Willy le miró los pies.

—¿Qué número calzas?

—No sé qué números usan los hombres. Algo mediano, más o menos.

—¿Como un siete o un ocho?

Leia volvió a ponerse colorada.

—Un diez de hombre —dijo.

—¿En serio? —balbució Jim.

Leia lo taladró con la mirada.

Willy frunció el ceño.

—Probablemente tengas que buscar en una tienda especial, como mi madre —dijo—. Sufre de edema crónico.

—Eso sí que es un buen plan —dijo Leia con voz glacial—. Cuando salgamos de aquí, sólo tengo que encontrar una tienda especial que venda zapatos gigantes para mis espantosos y deformes pies. ¿Cómo no se me había ocurrido?

Se alejó por el pasillo.

Jim se despidió de Willy con la mano.

—No te muevas de aquí.

—Me gustaría poder desearos buena suerte —le dijo Willy—. Pero no creo que tenga ninguna para compartir.

Leia se encontraba ya en la puerta de la escalera cuando Jim la alcanzó. Abrió una rendija y miró. Al comprobar que estaba despejado, volvió a cerrar. Todo ello sin pronunciar palabra.

—¿Y a qué viene ese silencio? —le preguntó Leia—. No estarás enfadado, ¿verdad? Es a mí a quien le han dicho que tengo pies de payaso.

—No estoy enfadado —dijo Jim—. Estoy pensando. Tenías razón en lo que le has dicho a Willy. En este sitio no hay zombies. Hay comida. Podríamos pasar unas horas

aquí encerrados, hasta que se nos ocurra un plan mejor.

—Brillante —dijo Leia—. Entonces, ¿bajamos a buscar a tus amigos?

—¿Y qué tal si bajo yo mientras tú te quedas aquí?

—Y una mierda —respondió ella.

—Escúchame —dijo Jim—. De aquí al piso siete el camino es muy fácil y sin zombies. Una vez que llegue a su piso, usaré el *walkie-talkie* para coordinarme con el grupo de la suite de Matt. Cuando me avisen de que no hay moros en la costa, correré hasta su habitación. Luego llevaré por turnos a todo el mundo allí. Es un plan a prueba de fallos.

Leia hizo ademán de replicar, pero al final se lo pensó mejor. En su lugar, buscó a tientas en el cinto de munición hasta dar con el *walkie-talkie* de Dexter. Lo encendió.

—Carne muerta uno, aquí Carne muerta dos, ¿me recibís?

—Aquí Carne muerta uno —respondió una voz—. Oh, Dios mío, es la princesa.

—¿Gary?

—Sí. ¿Estás bien? ¿Pasa algo?

—Estoy bien.

—Y yo —añadió Jim—. Gracias por preguntar.

—Estamos en el piso once, a punto de bajar por la escalera hasta el séptimo piso —dijo Leia—. Pero antes necesitamos que nos digáis una cosa: ¿está muy lejos vuestra habitación de la salida de incendios?

—¿Hay una salida de incendios? —preguntó Gary.

Leia miró a Jim.

—¿Qué parte del pasillo podéis ver desde la mirilla de vuestro cuarto? ¿Sabéis cuántos zombies puede haber ahí fuera?

—Muchos —dijo Gary—. Muchísimos.

—Bueno, que alguien se quede en la puerta, porque vamos a actuar dentro de poco.

Apagó la radio.

—¿Y? —preguntó Jim

—Pues que no tienes ni la menor idea de lo que puede acechar en la escalera o estar esperando en el pasillo. Me necesitas.

—Lo que necesito es que estés en algún sitio seguro —dijo Jim.

—Tío, no soy tu novia —respondió Leia con una risa—. Puedes saltarte la rutina del caballero con armadura. Nos quedamos juntos y nos cuidamos las espaldas. Además, no hay sitios seguros. Que se lo pregunten a Carlisle si no.

Por primera vez, Jim fue consciente de que se encontraba junto a la zona de las máquinas expendedoras. A través de la puerta, vislumbró la parte inferior de las piernas del desgraciado chico de la casaca roja, debajo de la máquina de refrescos.

—Como prefieras.

Sacó el táser, abrió de un empujón la escalera de emergencia, volvió a mirar a su alrededor y salió. La mantuvo abierta para Leia. Se disponía a cerrarla cuando vio

que Willy corría hacia ellos con una bolsa de papel en las manos.

—¡Esperad! —gritó.

Jim mantuvo la puerta abierta. Willy llegó jadeando.

—Para la princesa —dijo mientras les tendía la bolsa.

Leia volvió a entrar en el pasillo y miró el paquete con aire de sospecha, como si pensara que podía contener una bomba.

—Para tus pies —dijo Willy—. Siento no haberme acordado antes.

Dejó en el suelo la bolsa de papel y la abrió. Sacó lo que parecía una réplica en felpa de la *Enterprise*, seguida por una segunda exactamente idéntica.

—¿Qué es eso? —preguntó Leia.

—Zapatillas —le explicó Willy—. Mercancía oficial licenciada. Las compré en una convención en Austin. A mí me están grandes. Pero son cómodas y tienen suela adherente, así que no resbalarás.

Leia miró a Willy y luego a las zapatillas. Volvió a mirar a Willy. Dio un paso adelante, las cogió, las dejó caer al suelo y probó a meter los pies.

Entraron fácil y rápidamente.

—Muy cómodas. Y me están como un guante —dijo mientras las probaba, dando algunos pasos a su alrededor—. Y la suela adherente funciona de maravilla.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Jim.

La imagen de una mujer medio desnuda de casi metro ochenta de estatura, con unas zapatillas de andar por casa del tamaño de sendas cajas de zapatos, le trajo muchas cosas a la mente. Cosas que, en un ejercicio de prudencia, se guardó para sí.

—Estupendas —dijo—. Fantásticas.

—Te las devolveré —prometió Leia a Willy al salir de nuevo a la escalera.

—No te preocupes por eso —respondió éste—. Dudo que viva lo suficiente para poder ponérmelas.

¿DE QUÉ ESTÁN HECHAS LAS NIÑAS PEQUEÑAS?

La escalera de incendios era de metal y los descansillos de cada piso estaban hechos de hormigón sin pulir. Para pasar de un piso al siguiente había que descender un tramo de escalera, girar en el descansillo y luego bajar otro tramo hasta la salida de emergencias.

—Cuidado al dar la vuelta —susurró Jim—. Mantén los oídos muy abiertos, por si se oyen pasos.

—Yo creía que no podían subir escaleras —respondió Leia con otro susurro.

—Eso no lo sabemos. Es una suposición. Además, cualquiera de las puertas de incendios puede estar abierta. Podría haber decenas de criaturas de éstas en uno de los descansillos.

—¿Y entonces?

Jim lo pensó. No tenía ni la menor idea.

—Esperemos que no sea así —dijo.

Avanzaron lenta y sigilosamente hasta el décimo piso. Leia se disponía a continuar hacia el noveno cuando Jim le indicó con un gesto que se detuviera.

—He oído algo —dijo mientras señalaba hacia abajo.

Los dos permanecieron inmóviles, escuchando, durante lo que se les antojó una eternidad.

—Yo también lo oigo —dijo Leia—. Aunque muy bajo.

Jim bajó sigilosamente el primer tramo de escalera y luego, al llegar al descansillo, se asomó en dirección al segundo. Vio la espalda de lo que parecía una mujer de pequeño tamaño, sentada en un peldaño situado aproximadamente a medio camino del descansillo. Sobre los hombros llevaba una chaqueta masculina, demasiado grande para ella.

Leia llegó detrás de Jim.

—¿Un zombie? —susurró.

—No —dijo Jim—. Los zombies no lloran.

Jim guardó el táser, se acercó a la mujer y la tocó en el hombro. Ella levantó hacia él una cara cubierta de lágrimas. Al instante, Jim reconoció las gafas grandes y rectangulares y las falsas orejas puntiagudas.

—Oh, Dios mío —dijo—. ¿T’Poc?

—Jim —dijo ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Intentábamos llegar a la suite de Matt —respondió Jim.

T’Poc se quitó las gafas y limpió la lente derecha con la manga de la chaqueta. La izquierda estaba rota.

—Lo mismo que yo —dijo mientras se las volvía a poner—. No lo he conseguido.

—Rayna nos dijo que estabas muerta —dijo Jim—. ¿Qué ha sucedido?

—Tenías razón sobre los zombies. Trataste de advertirnos y nos reímos de ti.

—No te preocupes por eso —dijo Jim—. Dime cómo has llegado hasta aquí.

—Después del banquete klingon, Matt quería volver a su suite, así que subimos al séptimo piso. Cuando se abrieron las puertas del séptimo, no podíamos creer lo que estábamos viendo. Pensamos que era una broma. Un evento organizado por la GulfCon. Había sangre por todas partes... en las paredes, en el techo... Y había gente detrás de nosotros en el ascensor, que nos empujaba. Tuvimos que abrirnos paso corriendo en medio de la carnicería. Huimos por el pasillo en dirección a la habitación de Matt. Gary iba por delante, seguido por Rayna, por mí y luego por Matt. Muchas de las puertas de las habitaciones estaban abiertas y las criaturas que había dentro trataron de cogernos al pasar. Logré esquivarlas a casi todas. Pero entonces, una de ellas me agarró por el tobillo. Un auténtico placaje. Caí de bruces. Matt pasó por encima de mí, sin parar de correr.

—¿Te mordieron? —preguntó Jim.

—Claro. Tenía tres o cuatro zombies encima.

—¿Y Matt no te ayudó?

—Ni siquiera miró atrás. Cuando conseguí quitarme de encima a esos monstruos a base de patadas, había cerrado a cal y canto la puerta de su habitación. Así que seguí corriendo hacia la escalera y allí fue donde me encontré a los demás. He estado a punto de llamarlos «supervivientes», pero no es la palabra apropiada para describirlos. Los habían mordido a todos y simplemente estaban ocultándose y esperando a que se completara la transformación. Uno de ellos me dio su chaqueta. Son buena gente... pero no por mucho tiempo.

Jim escuchó con atención. No oía ningún ruido procedente de más abajo.

—¿Dónde están?

—Dos pisos más abajo —respondió T’Poc—. Si te das prisa, tal vez puedas ayudarlos aún.

Jim tenía sus dudas, pero trató de parecer positivo.

—Claro, les preguntaré qué tal la estancia. Me aseguraré de que tengan todo lo que necesitan. Y comprobaré si están interesados en nuestros servicios especiales. — Le guiñó un ojo a Leia—. Ahora vuelvo.

Las dos mujeres observaron cómo bajaba la escalera y luego se miraron.

—¿Qué perfume llevas? —preguntó T’Poc.

—¿Perdona? —respondió Leia.

—Tu perfume. Me encanta.

—No llevo nada —dijo Leia—. Salvo un bikini de metal que me molesta cuando corro demasiado deprisa.

—Es un traje increíble. Los zapatos no es que me flipen, pero tiene mérito

enseñar tanta cachá. Tienes unos brazos preciosos. Una definición muscular realmente atractiva. Así que, ¿por qué no presumir de ello? Soy partidaria de darle a la gente lo que quiere. Siempre que en el centro de convenciones no haga demasiado frío.

—Te entiendo perfectamente —dijo Leia.

—Tenía una amiga que sufría el problema inverso. Solía vestirse como una esclava de Orion. Como tuviese un poco de calor, se ponía a sudar. Y siempre que sudaba, se le corría la pintura. Una vez, en un espectáculo en Baton Rouge, el hotel le hizo pagar una silla que se había cargado.

—La pintura verde es una mierda —dijo Leia—. Yo trato de evitarla siempre que puedo.

—Mira el traje que llevo esta vez —dijo T’Poc.

Haciendo un gran esfuerzo, se levantó y dejó caer la chaqueta desde sus hombros.

—Oh, dios mío —dijo Leia. Retrocedió un paso.

—Increíble, ¿verdad? —dijo T’Poc—. Es el uniforme de dos piezas de «Espejo, espejito», el episodio en el que Kirk y el resto del puente son transportados a un universo alternativo en el que mandan unos bárbaros y las tripulantes femeninas visten como animadoras de la NBA. El único inconveniente es que tuve que hacer abdominales durante semanas para ponerme en forma.

Leia no respondió. Estaba demasiado ocupada mirando los dos profundos bocados de bordes desgarrados que T’Poc tenía en el estómago.

—No me duelen —dijo T’Poc al ver lo que estaba mirando—. Ya no. Al principio dolía tanto que pensé que me iba a morir. Pero después de un rato mejoraron.

Leia seguía mirando las heridas. No iban a mejorar, eso estaba claro. Seguían sangrando. Y la piel que las rodeaba estaba teñida de un gris verdoso. Como la de un cadáver.

—Creo que por eso aguanto aún. Pensé que podía conseguirlo, a pesar de todo. Pero no creo que pueda. Estoy muy débil y empiezo a sentir toda clase de pensamientos e impulsos extraños. Sobre todo hambre. Siento un hambre atroz. No sé cuánto más podré controlarla. O sea... Ahora mismo estamos manteniendo una conversación normal pero, en realidad, lo que quiero es morder uno de esos bíceps de aspecto tan delicioso. ¿Haces Pilates?

—Hatha yoga —respondió Leia mientras retrocedía un paso—. Y pesas. Es lo mejor para mantenerse tonificada.

Sacó el táser.

—Voy a buscar a Jim —dijo—. No te muevas ni un milímetro.

Comenzó a bajar la escalera.

—Espera —dijo T’Poc—. Tengo una última cosa que decirte. Es importante.

Leia esperó un momento.

—He empezado a oír voces en mi cabeza. Me dicen que haga cosas. Pero también me han contado... cómo va a terminar esto.

—¿Y cómo va a terminar? —preguntó Leia.

—Vamos a morir todos, princesa. Tú, Jim, yo, hasta el último de nosotros... Por todas partes.

Un gemido subió por el hueco de la escalera. Y luego otro, seguido por el inconfundible ruido de una pelea. Y entonces Leia, mascullando una maldición, bajó corriendo la escalera en dirección a los ruidos.

LA ÉPOCA DE AMOK

Jim bajó lentamente la escalera hasta encontrarse a medio camino del último tramo que llevaba al descansillo del séptimo piso. Se arrodilló y se asomó por encima de la barandilla. Y lo que vio hizo que se le encogieran las tripas.

La jauría de figuras maltrechas que había debajo de él no estaban esperando para transformarse en zombies, tal como había sugerido T'Poc. Su transformación ya se había completado. Jim contó seis en total, reunidas en un semicírculo, vestidas con coloridos disfraces de alienígenas y acurrucadas sobre un cuerpo inmóvil que llevaba un uniforme azul de la serie original.

Los tres zombies que tenía más cerca, mujeres de trajes brillantes y botas plateadas y de tacón alto, estaban agachadas sobre la cabeza del cadáver. «¿Qué estarán haciendo?», se preguntó Jim, y al instante lamentó haber formulado la pregunta en su cabeza, porque las tres zombies se levantaron tambaleándose mientras se disputaban la posesión del cerebro desnudo y ensangrentado del cadáver. Jim no sabía si la oleada de horror que atravesó su cuerpo derivaba de la espantosa imagen en sí misma o del hecho de que, como acababa de darse cuenta con horror, sus responsables vestían como los ladrones de órganos del episodio «El cerebro de Spock» y habían llevado su interpretación un paso más allá.

Sabía que tenía que usar el táser. Desde allí, desde los escalones, fuera de su alcance, podía fulminarlas como un equipo de bomberos con sus mangueras. Era un plan racional y sin riesgos.

Pero mientras permanecía allí observando, dos de los monstruos desgarraron con las uñas la camisa y el abdomen del falso vulcano y entonces sintió que la racionalidad retrocedía frente a la rabia. La muerte con el táser era demasiado fácil para esos monstruos. Tenían que sufrir.

Una de las criaturas, vestida como una especie de soldado alienígena reptil, estaba de espaldas a él. Llevaba detrás lo que parecía un hacha de acero inoxidable de estilo *art déco*, con una hoja alargada y un extremo puntiagudo. A diferencia de las armas de hoja roma que vendía Martock en el recinto de la convención, ésta parecía, en completa violación de las normas y reglas de la GulfCon, afilada como una navaja.

Otro plan, mucho menos racional, afloró a su mente. Jim sabía que con aquella arma podía hacer mucho daño y muy rápidamente. Así no tendría que desperdiciar los proyectiles del táser. Parecía una estrategia perfectamente razonable... al menos, hasta donde el estruendo de sus latidos en sus propios oídos le permitía ser razonable.

Y no había nadie por allí —ni Rayna, ni Leia— para decirle lo contrario.

Se puso en pie, bajó rápida y silenciosamente los últimos escalones, cruzó el

descansillo hasta la macabra escena y le arrancó al soldado zombie el hacha de la espalda. La criatura se volvió, con el tercer ojo clavado en lo último que vería: Jim, a punto de descargar el arma sobre el cráneo de su anfitrión y abrirlo como si fuera un melón.

Uno menos.

Los demás zombies, alertados por fin de su presencia, gimieron y se volvieron lentamente hacia él. Jim no les dio tiempo a reaccionar. Arrancó el hacha de la cabeza de su antiguo propietario y la usó para golpear desde abajo a un rollizo ferengi. El impacto de la hoja cercenó la pierna del zombie por debajo de la rodilla. El monstruo cayó de bruces sobre el hormigón, aún funcional, pero mutilado.

Dos menos.

El trío de zombies femeninas de los vestidos brillantes dejó caer el cerebro del vulcano. Los sesos chocaron contra el suelo con un ruido húmedo. Contra su voluntad, a Jim se le escapó una risotada histérica.

—¿Os gustan los cerebros? —gritó mientras, de un tajo salvaje, segaba la cabeza de otra de las criaturas—. ¿Quién quiere más? —Prolongó el movimiento en sentido contrario y decapitó a otra. La tercera observó confusa cómo caían las dos cabezas a sus pies, seguidas por el resto de sus cuerpos. Entonces volvió a mirar a Jim, con sus ojos muertos perfilados a la moda de los sesenta.

Jim se tragó de nuevo la repulsión, volvió a atacar con el hacha... y un tercer cadáver decapitado se desplomó sobre el suelo. «¡*Hat trick!*», pensó Jim mientras sentía cómo afloraba a su rostro una sonrisa.

Tenía la respiración entrecortada. Le dolían los brazos por el esfuerzo. Y todavía quedaba un zombie más, el más alejado, que seguía de espaldas. Parecía un hombre de mediana edad y el cabello cano le llegaba a la altura de los hombros. Su disfraz parecía hecho de jirones. En la mano izquierda llevaba un guante que le resultaba levemente familiar.

—¿Y tú quién coño se supone que eres? —preguntó Jim mientras lo agarraba por los hombros y le daba la vuelta.

El zombie, con un gemido, comenzó a acercársele con paso tambaleante.

De repente, el rostro de Jim se iluminó. Se había acordado.

—¡Khan! —gritó mientras señalaba al monstruo no muerto con su hacha—. ¡Khaaaaaannnn!

Había levantado el arma para golpear, cuando, de repente, la criatura se detuvo sobre sus pasos, se retorció como una marioneta y luego quedó inmóvil y se desplomó. Detrás de ella se encontraba Leia, táser en mano. Los finos filamentos que habían transmitido cincuenta mil voltios a la espalda del monstruo colgaban de su arma.

—Gracias —dijo Jim—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para darme cuenta de lo imbécil que eres —dijo ella—. ¿Es que has perdido esa diminuta e inútil cabeza tuya? Podrías haber conseguido lo mismo

con un táser.

—Así ha sido mucho más satisfactorio —dijo Jim con la respiración todavía entrecortada.

—Y poco menos que suicida —dijo Leia—. Ven aquí.

Jim dejó caer al suelo el arma ensangrentada y se acercó a la princesa, que se encontraba al pie de la escalera.

Leia llevó a cabo una cuidadosa inspección de su cuerpo, dando vueltas a su alrededor. Por último, le cogió las manos. Examinó detenidamente cada dedo y pasó los suyos por las palmas de las manos de Jim, buscando pequeños cortes. No encontró nada. Al levantar la mirada, descubrió que Jim la estaba observando con mirada penetrante.

—Estás bien —dijo sin apartar los ojos.

—Sólo ha sido una excusa para sobarme —respondió él con una sonrisa.

—No te pases de listo. Lo que has hecho ha sido una estupidez. Y no sólo has arriesgado tu propia vida. Un mordisco y te habríamos perdido. Tu hermana y yo. Piensa en ello cuando vuelvas a sentir ganas de hacerte el héroe.

—El heroísmo no tiene nada que ver —dijo Jim con tono lúgubre.

Oyó un gemido a su espalda. Al volverse, el ferengi con una sola pierna, todavía tendido de bruces sobre el hormigón, reptaba lentamente hacia ellos.

—Discúlpame —dijo Jim.

Recogió el hacha, se acercó al monstruo, le dio la vuelta con el pie y le hundió la punta del hacha en el tercer ojo. Luego se apoyó el arma sobre el hombro y regresó junto a Leia.

—No soy un héroe —dijo—. Sólo he perdido la cabeza. Porque... bueno, porque he visto cómo se comían el cerebro del señor Spock.

Señaló el cadáver a medio devorar del suelo.

Entonces se dio cuenta de que Leia ya lo estaba mirando. Y de que su mano izquierda asía con tal fuerza la barandilla que tenía los nudillos blancos.

—Se ha movido —susurró—. Apenas un poco, pero lo ha hecho.

Jim se acercó lentamente al cuerpo. Yacía en medio de una masa de sangre y vísceras. Le habían abierto las tripas de cuajo. Los trozos de los órganos, azules y rosas, estaban desparramados a su alrededor. Lo que quedaba de la cabeza era mejor ni mirarlo.

—¿Estás segura? —preguntó.

En ese mismo momento, la pierna derecha volvió a estremecerse. Un momento después, el brazo izquierdo hizo lo mismo.

—No es posible —dijo Leia mientras se aproximaba lentamente a él—. Si no queda nada...

—Mira —dijo Jim, señalando.

Ante los ojos de los dos, un pequeño nódulo blanco brotó justo debajo del la clavícula izquierda del cadáver. Se expandió a velocidad pasmosa. A medida que

crecía, fue enviando unos zarcillos blancos, alargados y finos como espaguetis por todo el cuerpo. Varios de ellos se enroscaron alrededor de la columna vertebral. Otros avanzaron por lo que quedaba de los miembros. Un puñado de ellos se abrió paso por el cuello y comenzó a tantear el suelo en busca de fragmentos de cráneo.

—Creo que me estoy poniendo mala —dijo Leia.

Jim no respondió. Estaba demasiado ocupado presenciando la transformación de un cadáver humano en un zombie.

El nódulo se dilató hasta alcanzar el tamaño de una naranja y luego se detuvo. Una grieta horizontal se formó en su superficie. Un momento después, la grieta se abrió y debajo apareció un ojo rojizo y amenazante.

—Se ha apoderado del cuerpo —dijo Jim—. Pero le espera una sorpresa.

El invasor trató de hacerse con el control de los miembros. Ante los ojos de Leia y Jim, uno de los brazos se estremeció, seguido por el otro. Pero eso fue lo único que pudo conseguir. Había perdido demasiados músculos y demasiados tendones para moverse de verdad. El cuerpo estaba demasiado dañado y no le servía de nada a su nuevo propietario.

Jim se arrodilló junto al cadáver y miró directamente al ojo.

—Menuda mierda, ¿verdad, viscosillo? —dijo.

El ojo le devolvió la mirada. Jim se preguntó si sentiría malicia, miedo o rabia por su situación... o cualquier otra cosa.

Se acercó para ver mejor.

Y luego un poco más.

Sintió un impulso casi primario, nacido en las profundidades de su subconsciente, de tocarlo.

Leia lo agarró por la chaqueta y tiró de él.

—¿Qué coño estás haciendo? —gritó—. Estabas inclinándote sobre esa cosa, joder.

Jim sacudió la cabeza para limpiarse la bruma de su mente.

—Ha faltado poco —dijo con un gesto de asentimiento—. No hay que mirar mucho tiempo al ojo. Se te mete dentro de la cabeza. Probablemente es lo que le pasó a Janice. Se apoderaron de su mente y la obligaron a abrir las puertas del hotel.

—Mátalo —dijo Leia.

—Un segundo.

Sacó el spray antivioladores del cinto de Leia.

—¿Para qué quieres eso?

—Para hacer otro experimento.

Apuntó al ojo con el spray y le disparó un chorro de fluido cáustico. La reacción fue justo la que esperaba. El cadáver controlado por la criatura se estremeció espasmódicamente, del modo exacto en que lo haría un cuerpo cuyo propietario estuviera sufriendo una agonía.

—Acaba con él —dijo Leia.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Jim—. ¿Te da pena?

—Tenemos cosas que hacer. ¿Te acuerdas de T’Poc? Sigue ahí arriba.

—Lo sé —dijo Jim—. Créeme, lo sé.

Se levantó, volvió a guardar el espray en el cinto de Leia y recogió el hacha.

Se disponía a usarla cuando la princesa se la arrebató. Se inclinó sobre el cadáver y arrancó el ojo ella misma.

—Mira la pena que me daba —dijo.

Se quedó mirando la masa de materia biológica que hasta hacía poco había sido una persona. Jim extendió la mano en silencio para recuperar el arma. Leia la levantó... y, con un gruñido nacido en el fondo de su garganta, volvió a clavar tres veces la punta en el cuerpo del monstruo.

—¡Y no te levantes! —le gritó.

Luego devolvió el arma a Jim.

EL PRIMER DEBER

—Lo habéis conseguido —dijo T’Poc al ver que reaparecían en la escalera. La expresión de alivio de su cara parecía casi genuina.

—Sí —dijo Jim—. Pero ya sabías que estaban muertos cuando me enviaste allí, ¿verdad?

Una lágrima recorrió la mejilla izquierda de T’Poc.

—Sí —respondió con voz queda—. Hace media hora, un tío subió corriendo desde los pisos de abajo y lo atraparon. Lo oí todo. Tardaron una eternidad en acabar con él.

—¿Por qué enviaste a Jim allí abajo? —preguntó Leia.

—No pude evitarlo. Sabía que era peligroso. Lo sabía. Pero no me dejaron avisarte.

—¿Quiénes?

—Esos que tengo dentro de mí. Lo que se me metió en la sangre cuando me mordió ese puto zombie. Cada vez soy más pequeña y ellos más grandes, y antes de que pase mucho tiempo, habré desaparecido. Hablar con vosotros me está costando... todo lo que me queda.

Se bajó una esquina del top y les enseñó un enorme bulto que tenía encima de la clavícula derecha. Se movía de un lado a otro caprichosamente, como si estuviese desesperado por encontrar una salida.

—¿Creéis que debería ir a que me lo vean? —preguntó.

Jim se rió. Fue un sonido amargo y desagradable.

Subió los peldaños que lo separaban de T’Poc, se sentó a su lado y miró a Leia.

—Quiero que bajes al siguiente descansillo y me esperes allí —dijo—. Yo iré enseguida.

—¿Hablas en serio? —preguntó Leia—. ¿Crees que no puedo con esto?

—No te lo pido por ti —dijo él—. Sino por mí.

De mala gana, Leia bajó la escalera y los miró una última vez. T’Poc y Jim permanecieron en silencio hasta que desapareció.

—No quiero ser como ellos —dijo T’Poc—. Creo que sería un asco.

—Un puto asco —dijo Jim.

—Siento que tengas que hacerlo tú.

—No tanto como yo.

—Ahora mismo mataría por un pitillo.

—No será necesario.

Jim sacó un paquete viejo y arrugado del bolsillo trasero de su pantalón, extrajo

un cigarrillo de su interior y se lo ofreció. Luego sacó también unas cerillas del hotel y encendió una.

T’Poc encendió el pitillo y le dio una larga calada. Por un instante pareció recuperar un poco de color, un poco de su antiguo yo.

Pero fue sólo un instante.

—¿Sabías que íbamos a liarnos este fin de semana? Lo decidí justo después de que nos conociéramos en el aparcamiento. Supongo que ya no podrá ser. Puede que el mes que viene, en la próxima convención de ciencia ficción, en la Dragon*Con...

—Lo apuntaré en mi calendario —dijo Jim.

Se levantó, retrocedió dos pasos a espaldas de T’Poc, se quitó la mochila y hurgó en su interior.

—Tienes que alejar a Rayna y a Gary de Matt —dijo ella sin volverse—. No es de fiar.

—Estoy en ello.

Sacó la Glock, le quitó el seguro y la amartilló.

Ella siguió sin volverse.

—¿Eso es una pistola?

—No te va a doler —respondió él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó T’Poc.

Dio otra calada a su cigarrillo y lo apagó en la escalera.

Jim apuntó con el arma la nuca de T’Poc. Justo antes de que apretara el gatillo, ella habló una última vez, con una voz extraña y vacía que parecía en parte suya y en parte otra cosa. Algo que estaba haciendo los máximos esfuerzos por impedir que siguiera hablando.

—Esas cosas... Esas cosas que crean a los zombies... no son de aquí —dijo—. No tienen pensamientos, pero veo imágenes... imágenes de oscuridad, vacío y frío. Vienen de un lugar muy lejano. Han hecho que se levanten los muertos. Pero los zombies no son nuestro único problema. Hay algo más. Puedo sentirlo, ahí fuera. Es mil veces peor que los muertos vivientes o las criaturas que los han creado. Porque tiene mente propia. Y Matt...

—¿Qué? —preguntó Jim—. Dímelo ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—Hay algo malo en él, Jim. No es que esté loco, es peor. Tiene una... conexión... Hay una red...

La voz de T’Poc se detuvo de repente, como si alguien la hubiera agarrado por el cuello. Su cuerpo cayó sobre la barandilla, flácido y sin vida.

Pasó un momento. Y luego otro.

T’Poc se incorporó de nuevo y se volvió hacia Jim. El bulto de su hombro se abrió mientras él miraba y en su interior apareció un ojo palpitante.

El ojo se clavó en Jim. La criatura que había sido T’Poc exhaló un gemido.

Jim apuntó con la Glock y disparó a la enorme pupila roja. El ojo reventó en medio de un chorro de porquería verde.

«Que Dios se apiade de mi alma», pensó Jim.

MALOS PEORES QUE LA OSCURIDAD Y LA NOCHE

Leia se acercó a la sección de escalera que precedía al descansillo del séptimo piso. Se sentó en el peldaño superior para no ver ni oler el matadero que había abajo.

Trató de prepararse para el sonido del disparo. Pero aun así dio un respingo cuando la detonación resonó en las frías y desnudas paredes de la escalera.

No mucho después, Jim bajó la escalera con la pistola todavía en la mano.

—Tenemos que salir de aquí —dijo—. T’Poc me ha advertido sobre Matt. No estaba segura de lo que le pasa, pero no quiero a ese tío cerca de mi hermana.

—Muy bien, pero ¿cómo pasamos entre ellos?

Señaló en dirección a la puerta del piso, que se estremecía bajo los golpes de los zombies del otro lado.

—¿Por qué están tan alterados?

—El ruido que has hecho los ha atraído hasta aquí. A ver si se te ocurre un modo de librarnos de ellos.

Jim bajó la escalera, recuperó el hacha y volvió caminando pesadamente junto a Leia. Se sentó a su lado, con el hacha ensangrentada a sus pies.

Apoyó la cabeza en las manos. Estaba tan cansado que era imposible expresarlo. No por vez primera, pensó que habría dado cualquier cosa por un poco de ayuda. Matar y correr era fácil. Leia y él podían encargarse de eso solos. Pero ¿con qué fin? ¿Había algún modo de salir de aquella situación? Ojalá fuese más listo, se dijo, ojalá tuviera acceso a alguien como el doctor Sandoval, el exobiólogo de Harvard. Puede que él conociera alguna debilidad de los zombies.

Pero eso era ridículo.

«Sigues pensando como un *trekkie* —se dijo, sombrío—. Sigues esperando que aparezca la gran solución para el problema antes de los créditos finales. A estas alturas, Sandoval está muerto, eso es prácticamente una certeza. Aparte de que un empollón como él tampoco nos serviría de mucho. Sólo nos frenaría.»

—¿Estás bien? —preguntó Leia. Su voz lo sacó bruscamente de sus ensoñaciones.

—Estoy tratando de discurrir un plan.

Un minuto pasó a rastras.

—¿Es una estrategia para mantenerme cerca? —preguntó ella al fin.

Jim logró esbozar una sonrisa fatigada.

—Me alegro de que estés aquí —dijo—. Más de lo que imaginas, creo. ¿Cómo te sientes?

—De momento aguanto. ¿Por qué?

—La primera vez siempre es dura —dijo—. La primera muerte.

—¿Quién ha dicho que fuese la primera?

La expresión de sorpresa de Jim hizo sonreír a Leia.

—Era una broma. Además, no creo que lo que he hecho cuente como matar a alguien. ¿Cómo se puede matar a alguien que ya está muerto?

—Buen argumento —dijo Jim.

—Y tengo el presentimiento de que para ti no es la primera vez —dijo Leia—. ¿Cómo lo llevas tú?

Jim aspiró hondo, como si se dispusiera a soltar una larga parrafada. Al final, aparentemente, se lo pensó mejor.

—Los francotiradores del ejército tienen un viejo dicho —fue lo que respondió—. «Lo único que siento cuando aprieto el gatillo es el retroceso.»

—Ya veo que comunicarte no es lo tuyo.

—Mira, no puedes entender lo que pasa ahí si no lo has vivido. Hasta que no has estado en un campo de batalla y has visto morir a tus amigos delante de ti...

Sus palabras se apagaron a mitad de frase. Miró a Leia a los ojos.

—Supongo que, en las actuales circunstancias, eso suena estúpido —dijo.

—Sí —respondió Leia—. Pero te perdonaré tu paternalismo si me respondes a una pregunta: ¿cómo se pasa de trabajar de soldado de primera a hacerlo en un hotel de tercera?

—Es fácil —dijo Jim con un suspiro—. Primero, te alistas al salir del instituto y haces dos visitas a Afganistán, la segunda de ellas como jefe de pelotón. Ganas un Corazón Púrpura y una Estrella de Bronce muy, muy pronto; pero al poco tiempo la responsabilidad comienza a provocarte insomnio. Porque, a pesar de las medallas y del uniforme, tienes veinte años y aún no sabes una puta mierda. Y quizá, la noche antes de una incursión, comienzas a vomitar sangre y te mandan a la enfermería. Y mientras tú estás tumbado en la cama, en lugar de en primera línea con tus camaradas, tu pelotón se mete de cabeza en una casa llena de trampas y dos tíos la palman mientras otro pierde la vista. Y cuando la noticia llega a la enfermería, sabes que podrías haberlo impedido. Sabes que tú te habrías olido algo y habrías evitado el problema. Pero no estabas allí, porque estabas en la cama con lo que resultó ser una úlcera sangrante sicosomática. Una lesión estomacal inducida por el estrés y por el miedo que tenías a perder a tus camaradas. No te pierdas la ironía.

Dio unos golpecitos en el suelo con el mango del hacha.

—Así que, al terminar el periodo de servicio, me largué. No quería más responsabilidades. Quería un trabajo de mierda entre los civiles, donde pudiera cagarla sin consecuencias. Que es lo que me ofreció el Botany Bay. Hasta hoy, al menos.

—Hoy ha cambiado todo —convino Leia—. Después de esto tendrán que rescribir los libros de historia. Suponiendo que vivamos lo bastante como para necesitarlos.

—Ahora yo tengo una pregunta para ti —dijo Jim—. ¿Qué impulsa a una joven lista y atractiva a pasar los fines de semana fingiendo que es Carrie Fisher en la que posiblemente sea la peor de las películas de la trilogía original de *Star Wars*?

Leia se echó a reír.

—¿Quieres la respuesta larga o la corta?

Jim miró la salida de incendios. Se estremecía bajo el constante ataque de los zombies del otro lado.

—La verdad es que no tengo prisa por salir ahí —dijo.

Leia levantó las rodillas hasta el pecho y se las rodeó con los brazos.

—Pues entonces voy a hacer algo que no suelo —dijo—. Voy a confiarme a ti. Normalmente, esta historia no se la cuento a nadie, pero como lo más probable es que nos hayan comido vivos antes de medianoche, creo que puedo compartirla contigo.

—Te lo agradezco —respondió él.

Leia suspiró, se columpió nerviosamente adelante y atrás sobre su escalón y comenzó con su relato:

—Crecí cerca de Amarillo. Fui una niña bastante normal hasta los once años. Entonces, mi padre decidió dejarnos a mi madre y a mí. ¿Conoces la canción de Springsteen, *Hungry Heart*?

—«*I went out for a ride and I never went back.*»

—Bingo. Papi se fue a currar un día y no volvió a casa por la noche. ¿Te lo imaginas? Pensé que estaba muerto. Luego, unas semanas después, recibimos una postal desde San Diego en la que decía que había terminado con nosotras. Realmente escribió «he acabado con vosotras». Puedo recitarte el mensaje entero, si quieres.

—¿Y por qué se marchó?

—Yo era una niña. Pensé que era culpa mía. Y cuando por fin reuní el valor suficiente para preguntárselo a mi madre, descubrí que tenía razón.

—¿Cómo?

—No era su hija. Mi madre había tenido un lío de una noche con mi padre biológico. Mi falso padre se enteró y se largó. Supongo que no quería una hija falsa. Lo que es una lástima, porque la hija falsa le tenía aprecio auténtico. Lo quería, supongo.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer? Endurecerme. Mamá se casó con otro capullo, que la maltrataba. Y ella no quería dejarlo. Así que, una noche, durante la cena, le clavé un cuchillo en la mano. Los de Urgencias tuvieron que arrancarlo de la mesa para quitárselo. Pero la cosa funcionó. Me mandaron a un reformatorio a trescientos kilómetros de allí. Después de eso, me fui a Ohio State y estudié enfermería. Y así es como acabé trabajando en GulfCon, disfrazada de princesa Leia.

—Espera, retrocede un minuto —dijo Jim—. Creo que me he perdido algo.

—Como he dicho, acabé los estudios de enfermería. Me los pagué con becas. Pero si quiero hacer la carrera, necesito pasta de verdad. Así que el verano pasado

respondí a un anuncio de una empresa de videojuegos. Necesitaban un modelo que se pusiera pantalones cortos, un sujetador deportivo y llevara una enorme arma de pega en una convención. Fue el día que descubrí mi vocación. Ahora lo hago casi todas las semanas.

—¿Así fue como te metiste en la ciencia-ficción?

—No, eso me vino de manera natural. Los otros mundos son mejores que éste, ¿sabes?

—Sí. —Jim suspiró—. Antes veía *Star Trek* y soñaba con estar en la *Enterprise*, a media galaxia de mi madre, de la mierda de existencia que llevábamos y, básicamente, de todo.

—Lo mismo que yo —dijo Leia—. Sólo que yo fantaseaba con estar a media galaxia de distancia de mi madre y mi padrastro, rodeada por gente que era realmente decente y honrada, y no sólo lo fingía. Gente con la que podría contar cuando hubiera problemas.

—Estamos hechos el uno para el otro, está claro. No me extraña que no quisieras que te dejase en el piso once. Pensarías que iba a traicionarte.

Una expresión peculiar apareció en las facciones de Leia.

—La verdad es que no —dijo—. No pensaba eso. Simplemente, supuse que tendría más posibilidades contigo que con el último miembro superviviente del club de Casacas Rojas del oeste de Texas.

Un espantoso gemido procedente del pasillo interrumpió su conversación.

—Aunque eso no cambia el hecho de que estamos atrapados en esta escalera —dijo Leia.

El rostro de Jim se iluminó de repente.

—No estamos atrapados —dijo—. Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Lo ves? —dijo Leia—. Sabía que no me dejarías tirada.

VUELVE A CASA

Jim sacó el *walkie-talkie* y lo encendió.

—Gary, aquí Jim —dijo—. Responde.

—¿Dónde coño estáis? —respondió Gary—. Nos ha parecido oír un disparo. ¿La princesa está bien?

—Está perfectamente. ¿Dónde está Matt?

—Encerrado en el cuarto de baño. Está actuando de forma muy rara.

—¿En qué sentido?

—No sé si seré capaz de explicarlo. Pero no ha hecho un solo chiste de gordos desde que salimos del banquete. Ni más comentarios obscenos sobre mi madre. Y ha dejado de mirarle el culo a tu hermana. Es realmente desconcertante.

Jim trató de impedir que el último comentario lo distrajera del plan.

—No lo llames —dijo—. Ya me encargaré luego de Matt. Ahora mismo necesitamos tu ayuda. ¿Puedes acercarte a la ventana del atrio?

—Estoy en ella ahora mismo —dijo Gary—. ¿Y vosotros?

—En la escalera del incendios del séptimo piso. Hay como un millón de zombies entre vosotros y nosotros. Necesitamos algo que los atraiga. Quiero que busques los cuatro ascensores del atrio. ¿Dónde están?

—Uno en el vestíbulo —dijo Gary—. Otro en el segundo piso y otro en lo que parece el piso quince. Están llenos de zombies. Pero el que os llevó al undécimo piso sigue vacío.

—Como suponía —dijo Jim—. Bueno, aquí es donde la cosa se pone seria. ¿Los teléfonos de las habitaciones aún funcionan?

—Sí —dijo Gary.

—Excelente. Quiero que llaméis a un tío llamado Willy en la habitación 1120. Decidle que vaya a los ascensores y pulse el botón de llamada. El del piso once abrirá las puertas de inmediato. Necesito que lo mande al séptimo piso y luego vuelva a llamarlo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Cuando hayáis terminado, llámame. Quiero que estemos listos para actuar cuando llegue el ascensor. Con suerte, los zombies oirán el sonido de la campanilla y lo confundirán con la llamada de la cena. Entonces aprovecharemos para acercarnos sigilosamente.

—Eres un genio —dijo Gary.

—Manos a la obra —respondió Jim.

Apagó el *walkie-talkie*.

—Tienes tus momentos —dijo Leia—. No muchos, pero los tienes.

Jim suspiró, cerró los ojos y se frotó las sienes.

—*El Imperio contraataca...* —dijo.

—¿Cómo?

—Es una cita de...

El chirrido del *walkie-talkie* lo interrumpió.

—Jim, soy Rayna —dijo una voz—. Acabo de hablar con tu nuevo colega, Willy. Va a llamar el ascensor.

—Perfecto —dijo Jim—. Estamos listos para actuar.

—Pero quiere que lo esperéis.

—¿Cómo?

—Dice que ha cambiado de idea sobre lo de quedarse atrás. Quiere venir con nosotros. Mandará el ascensor y luego bajará corriendo por la escalera de incendios para reunirse con vosotros.

Jim maldijo entre dientes.

—Pues será mejor que corra mucho. Le daremos un minuto, no más.

—Espera a que suene la campanilla del ascensor —dijo Rayna—. El ascensor está bajando. Décimo piso, noveno piso...

Jim se levantó y se apoyó el hacha en el hombro. Leia también se incorporó. Bajaron al descansillo y se abrieron camino entre cadáveres ensangrentados hasta la salida de incendios.

—Octavo piso —dijo Rayna.

Sobre ellos, Jim oyó que se abría una puerta. El alférez Willy estaba en movimiento.

—Séptimo piso —dijo Rayna.

Jim pegó la cabeza a la puerta y oyó un lejano y apagado *ding*.

—Hora de cenar —dijo Rayna—. Es difícil de decir, pero creo que se lo han tragado.

—Nos vemos enseguida —dijo Jim, y apagó el aparato.

Momentos después, un Willy totalmente sin aliento apareció en la escalera.

—Bienvenido a la fiesta —dijo Leia.

Willy los saludó sin muchas fuerzas y luego se dobló sobre sí mismo y apoyó las manos en las rodillas. Se quedó así un rato, respirando entrecortadamente.

—Tenemos que irnos —dijo Jim.

Willy levantó un dedo. Respiró varias veces más. Entonces se irguió, con el rostro rojo como una remolacha. Sus ojos recayeron sobre el arma de Jim.

—Bonito *kar'takin* —dijo sin resuello.

—¿Eh? —respondió Jim.

—El hacha —dijo Willy—. Es la principal arma blanca de las tropas de choque jem'dar del Dominio. De *Espacio profundo 9*.

—Conque así es como se llama... —dijo Jim—. No lo sabía. Supongo que nunca

fui un gran fan de la serie.

Willy inspeccionó la hoja con más detenimiento.

—Buagh... —dijo—. Está llena de restos de zombie.

—Pues estará peor dentro de un minuto —dijo Jim, antes de abrir la puerta.

Los zombies más cercanos, que se encontraban a unos veinte metros de allí, caminando pesadamente hacia el ascensor, no se dieron cuenta.

De improviso, Leia cogió la cara de Jim y lo besó. Durante medio instante, no hubo zombies, ni horrores, sólo unos suaves labios y una sensación de unidad que parecía algo completamente natural. Luego ella se apartó y ambos respiraron hondo.

—Para que te dé suerte —dijo Leia.

—Eso es de... Da igual. Vamos allá.

Y emprendieron un lento y cauteloso viaje por el pasillo.

EL SUPLANTADOR

Matt yacía inmóvil en la oscuridad, tumbado en la cama del hotel. Estaba tan rendido en el momento en que se echó que no se había molestado ni en quitar el edredón.

Tenía la sensación de que llevaba días allí. Estaba cansado, pero no había dormido. Ni un instante. En su lugar, lo que había hecho era escuchar los sonidos procedentes del otro lado de la puerta. Le resultaba sorprendentemente fácil. Su sentido del oído había cobrado una sensibilidad sobrehumana. Cuando Rayna preguntó a Gary si había agua en el minibar, la oyó. Cuando estalló una especie de batalla campal al final del pasillo, la oyó.

Y momentos antes, cuando Jim anunció por el *walkie-talkie* que se encontraba en la salida de incendios del séptimo piso, esperando al momento preciso para acercarse a su suite, también lo oyó.

La noticia lo alteró profundamente.

«Yo dirijo mi nave con disciplina —pensó—. No pienso permitir que un insubordinado primate del servicio de habitaciones socave mi autoridad.»

Se incorporó y bajó los pies al suelo. Miró a su alrededor. Su visión era tan penetrante que la habitación, a pesar de tener todas las luces apagadas, ya no le parecía a oscuras. Sus sensibles ojos captaban hasta el último de los detalles.

Puede que fuesen demasiado sensibles. Era doloroso mirar la ranura de luz que se colaba por debajo de la puerta.

Se acercó a la mesita de noche, donde había dejado sus fieles Ray-Bans antes de tumbarse. Se las puso.

Mejor. Mucho mejor.

Se sentía como un hombre nuevo.

El miedo y el dolor habían forzado su retirada a la oscuridad y la quietud. El incesante y ruidoso parloteo de Rayna y Gary lo distraía. Al igual que las luces absurdamente brillantes de la suite. Tenía que escapar a un sitio más tranquilo y oscuro para ordenar su mente. Para procesar lo que le estaba sucediendo.

Todo había empezado al poco de entrar en la suite. Rayna, Gary y él llegaron corriendo entre los muertos vivientes. Uno de ellos lo atacó. Instintivamente, le propinó un puñetazo en la cara y la criatura cayó al suelo. Le pisoteó la cabeza.

Siguió corriendo por el pasillo, por encima del cuerpo de T’Poc. La chica se había caído. Uno de aquellos seres estaba subiéndose sobre ella y se disponía a morderla por primera vez. No era problema suyo. Como le había explicado a Gary aquel mismo día, el hombre no debe interferir con los ritmos de la naturaleza.

Una vez al otro lado de la puerta cerrada, ya estuvieron a salvo. Pero, por alguna

razón, Matt no podía dejar de sudar. Le picaba la piel. Le dolían los miembros.

Y lo que era aún peor, sentía cómo se removía algo en las profundidades de su psique. Como si un polizone hubiera entrado en su mente.

Fue al baño y se echó agua en la cara tratando de calmarse. Entonces vio un pequeño y casi imperceptible corte en uno de sus nudillos. Se lo había hecho, supuso, al golpear al zombie en la cara.

Había visto las suficientes películas como para saber lo que podía significar el contacto de la sangre con la sangre. Su agitación comenzó a crecer. Finalmente, se dirigió al dormitorio y cerró la puerta para aislarse de los demás.

Tal como le había dicho la voz de su cabeza.

Al principio estaba aterrado. Se quedó tumbado en la oscuridad, temblando, con la ropa empapada de sudor. No podía cerrar los ojos por miedo a despertar como un zombie. Pero, poco a poco, el miedo se fue calmando. Poco a poco, su intranquilidad remitió.

Poco a poco, las cosas que había en su mente se fueron haciendo más poderosas. Y a medida que crecían sus poderes, comenzaron a obrar maravillas.

Mejoraron su vista y su oído. Reforzaron sus músculos. Hicieron que su cerebro funcionara más deprisa. El estrés y la incertidumbre desaparecieron,

«Esto es mucho mejor que el Xanax», pensó.

El único tema que provocaba en él algo parecido a la desazón era la noticia sobre la inminente llegada de Jim Pike. Eso, y la más que evidente alegría que la idea inspiraba en los miembros supervivientes de su tripulación, Gary y Rayna.

«Es una traición en toda regla», pensó.

Conocía sus planes. Sabía que un chico, desde el piso de arriba, los ayudaría a distraer a los zombies. Sabía que habían descubierto el efecto de los táseres sobre los zombies. Sabía incluso que se habían encontrado con T'Poc en la escalera y habían descubierto el papel desempeñado por Matt en su muerte.

Esta última información lo desconcertaba. No podía recordar cómo la conocía. Pero allí estaba, grabada en su córtex cerebral como una anécdota trivial descubierta mientras navegaba por la red. «¿Dónde he leído esto? ¿Cómo es que lo sé?»

Y también sabía, de algún modo, que Jim estaba furioso. Que quería la cabeza de Matt clavada en una pica.

La idea le hizo sonreír.

Se levantó y se acercó a la puerta del dormitorio. Utilizando los sonidos del exterior a modo de guía, pudo deducir con toda exactitud dónde se encontraban sus compañeros de habitación. Rayna estaba junto a la puerta, esperando para abrir a su hermano. Gary estaba detrás de ella, moviéndose adelante y atrás con nerviosismo. La suave fricción de sus zapatillas contra el suelo generaba un sonido que era imperceptible para el oído humano, pero sonaba con la claridad de una campanada en los de Matt.

Estaban preparándose para cometer el acto de traición más vil imaginable. Subir

extraños a bordo sin el consentimiento del capitán. Unos extraños que, de hecho, venían decididos a perjudicarlo.

Colocó la mano en el picaporte. Su cuerpo se puso tenso para entrar en acción.

«Es la hora de la gran escena de lucha», pensó.

Abrió la puerta del dormitorio y salió a la luz.

INSURRECCIÓN

El pasillo estaba repleto de cadáveres recientes. Demasiado recientes, esperaba Jim, para levantarse aún, pero no había forma de saberlo con certeza. Todo lo visto hasta el momento sugería que el periodo de incubación era muy variable. Algunas personas se transformaban al cabo de pocos minutos. Otras tardaban varias horas. ¿Por qué?

Leia y él avanzaron en medio de esa carnicería, muy atentos a cualquier movimiento. No era fácil porque, al igual que en el tercer piso, la mayoría de los apliques habían sido destruidos. Ése era otro enigma. Los zombies eran demasiado estúpidos para abrir puertas, así que ¿cómo podían tomar la decisión de destruir las luces de manera sistemática? La única explicación era que no se trataba de una decisión estratégica, que las criaturas actuaban por mero instinto. No les gustaba la luz. Y ahora que el sol se había puesto, estaban saliendo de todas partes.

Al levantar la mirada descubrió que Rayna, con el rostro aún cubierto por el azul eléctrico de la pintura andoriana, abría cautelosamente la puerta. Los apremió con un gesto. Él respondió con un gesto igualmente enfático, para ordenarle que permaneciera dentro hasta que se acercaran.

Algo lo agarró por el tobillo.

Jim bajó la cabeza y se encontró con la cara ensangrentada de un hombre de unos cuarenta años, cuya camisa azul, ahora levantada, dejaba ver una panza prodigiosamente hirsuta. Una panza en la que había un ojo inyectado en sangre justo encima del ombligo.

Jim se soltó de un tirón y luego perforó el ojo con la punta del *kar'takin*.

Leia señaló a otro zombie que acababa de levantarse, una anciana al otro lado del pasillo y que, ante sus mismos ojos, se ponía lentamente en pie y luego se abalanzaba sobre ellos con su desdentada boca entreabierta.

Mientras avanzaba hacia ella, Jim se preguntó por un instante qué cretino de recepción habría puesto a la anciana en el piso de los *trekkies*. Entonces se dio cuenta de que llevaba un ensangrentado y destrozado uniforme médico de *La nueva generación*.

«La afición no sabe de edades», pensó.

Atacó con el *kar'takin*. El golpe segó limpiamente la tapa del cráneo de la criatura y una sección transversal de su cerebro quedó a la vista. El cuerpo se desplomó.

Jim examinó el pasillo en busca de más enemigos. Se volvió un momento hacia la habitación. Su hermana seguía mirando. Se había tapado la boca con una mano y parecía a punto de desmayarse. Había visto más casquería de la que podía imaginar en sus peores pesadillas y era muy probable que las cosas fuesen a empeorar más

todavía.

Miró hacia atrás para asegurarse de que Leia y Willy seguían cerca. Luego se volvió de nuevo hacia la puerta.

Rayna ya no estaba allí.

En su lugar se encontraba Matt. Estaba sonriendo.

—Lo siento, Jim, pero a tu hermana y a mí nos gustaría disfrutar de un poco de privacidad.

Estiró el brazo y colgó un cartel de no molestar del picaporte de la puerta.

—Baja la voz —dijo Jim—. Van a oírte.

—¿Oírme? —gritó Matt—. ¿Te preocupa que me oigan los zombies del final del pasillo? ¿Y que vengan arrastrándose hasta aquí y os hagan pedazos?

Jim echó a correr, pero era demasiado tarde. Matt cerró la puerta en su cara y echó el seguro.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Leia—. ¿Qué coño hace ese tío?

—Tratar de matarnos —dijo Jim. Dos docenas de zombies habían abandonado los ascensores y se acercaban a ellos bamboleándose.

Leia aporreó la puerta.

—¡Déjanos entrar! —gritó—. ¡Por favor!

Willy se unió a ella.

—¡Abre la puta puerta!

Jim observó la mirilla. Tenía la sensación de que Matt se encontraba al otro lado, observándolos.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Leia.

Jim le entregó el *kar'takin*, metió la mano en la mochila y sacó una llave maestra. La pasó por delante del sensor de la puerta. La lucecita situada cerca del picaporte cambió de rojo a verde. El mecanismo de la cerradura emitió un pequeño chasquido.

Jim giró el picaporte, apoyó el hombro en la puerta y empujó.

La puerta no cedió.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Willy nerviosamente, con los ojos clavados en los muertos vivientes que se les acercaban.

—Han debido de atrancar la puerta —dijo Jim mientras intentaba abrirla.

Leia empujó también. No sirvió de nada.

—No tenemos tiempo para esto —dijo ella—. Hay que...

La interrumpió un agudo chillido proferido por Willy.

Un cadáver junto al que acababan de pasar —una mujer que llevaba un uniforme con minifalda de la serie original— se levantó y, con un gemido, se acercó tambaleándose a ellos. Leia la despachó con un rápido golpe del *kar'takin* que le arrancó de cuajo el tercer ojo.

—Se nos acaba el tiempo —dijo.

Jim golpeó repetidamente la puerta con el hombro.

Mientras tanto, un muro de zombies que ocupaba el pasillo de lado a lado, se les

acercaba arrastrando los pies.

—¡Que vienen! —gritó Willy.

Jim trató de verlos sólo como un enjambre sin rostro, un obstáculo sin vida, pero algunos fragmentos de humanidad perdida se empeñaban en hacer acto de presencia ante sus ojos: una protuberante frente klingon aquí; una túnica romulana allá; un llavero con una pantallita por la que pasaban las siguientes palabras: «¿*Frak* para mí? ¡*Frak* para ti!»

—¡Hay que volver a la escalera! —insistió Leia.

—No —dijo Jim.

Retrocedió hasta la puerta de la habitación contigua. Se oían arañazos y gemidos al otro lado. Sacó la llave maestra y se volvió hacia Leia.

—Fríe a ese capullo en cuanto salga —dijo.

Leia le arrojó el *kar'takin* a Willy y sacó su táser mientras Jim abría la puerta de un empujón y retrocedía un paso.

Salieron dos zombies de aspecto desaliñado, el primero con un pijama ensangrentado y el segundo con unos calzoncillos cortos. Leia disparó al primero en cuanto cruzó el umbral. Jim agarró al segundo por los hombros, lo volvió en dirección a los demás zombies y lo envió volando hacia ellos de una patada en el trasero.

—¡Adentro! —gritó y empujó a sus compañeros hacia la habitación, para cerrar la puerta acto seguido en las narices de la horda que se les echaba encima.

—¿Y ahora qué? —preguntaron Leia y Willy al mismo tiempo.

Jim no respondió. En su lugar, encendió la luz del techo, arrojó la mochila a una silla, revisó la Glock y la amartilló.

—Quedaos aquí —dijo—. Que no os vean.

Al otro lado de la pared se oía la voz de Rayna. Estaba llorando y suplicando. Suplicando a Matt que abriera la puerta.

Jim localizó la puerta interior que comunicaba la habitación con la suite de Matt. Volvió a pasar la llave maestra por delante, pero esta vez abrió la puerta de una patada. La fuerza del golpe estuvo a punto de arrancarla de los goznes.

Matt se encontraba junto a la puerta exterior, agarrando a Rayna por la muñeca derecha. Gary estaba en el suelo, gimiendo.

—Comodoro Stockard, no eres digno de ejercer el mando —dijo Jim—. He venido a relevarte del mando.

Le apuntó a la cara con la Glock y avanzó. Tendría que haber bastado con aquello. Jim sabía que casi todos los civiles huirían despavoridos al ver el cañón de una pistola. Sobre todo si se encontraba a escasos centímetros de su cara. Pero Matt ni se inmutó.

—Ésta es mi nave —siseó.

—Eres uno de ellos —dedujo Jim—. Ya no eres humano.

—No —dijo Matt—. Soy mejor.

Soltó a Rayna y, levantando el brazo con una velocidad sobrehumana, desvió la pistola. Luego asestó a Jim un cabezazo que le hizo tambalearse. La Glock salió despedida, rebotó por el suelo y se detuvo a escasos centímetros de la puerta de conexión, todavía abierta.

A Jim le pitaban los oídos y tenía la vista borrosa. Cuando finalmente volvió del todo en sí, vio que Matt estaba de pie sobre él.

—Debes respetar la cadena de mando —dijo.

Se acercó a la pistola, se arrodilló y la recogió. La inspeccionó con detenimiento.

—La verdad es que esto no me hace falta —dijo mientras lanzaba una mirada de soslayo a Jim—. Tal como soy ahora, ya no. Pero creo que me lo quedaré igualmente.

Estaba tan ocupado mirando el arma y a Jim que no se percató de que Leia se acercaba sigilosamente a la puerta. No se dio cuenta hasta que ella descargó el *kar'takin* sobre su brazo y cercenó limpiamente la mano que empuñaba la pistola.

—¡A ver si te lo puedes quedar ahora! —gritó.

Leia volvió a levantar la hoja y golpeó a Matt en la cabeza. Pero su enemigo, que había recibido la mutilación sin el menor gesto de dolor o pánico, agarró el arma con la mano que aún conservaba y se la arrebató. La arrojó al suelo y pisó la empuñadura. Luego sujetó a Leia por la garganta. Lentamente, la levantó del suelo.

Jim intentaba ponerse en pie. En ese mismo momento, la Glock se disparó. La bala pasó silbando cerca de su oreja derecha.

La pistola estaba en el suelo. La mano cercenada de Matt aún la sujetaba por la empuñadura. La mano se agitaba. Estaba tratando de mover el arma.

Tratando de apuntar con ella.

Otra bala pasó silbando junto a Jim, a muy poca distancia.

—¡Willy! —gritó—. ¡Coge la pistola!

El aterrorizado casaca roja apareció corriendo en la puerta. Con un grito, se puso a cuatro patas junto al arma y trató de arrebatársela a la mano.

La pistola disparó de nuevo. La bala pasó entre Rayna y Gary, y atravesó el cristal de la ventana, que saltó en mil pedazos.

—¡Quítale la pistola! —gritó Jim.

—¡Lo estoy intentando! —chilló Willy—. ¡Pero no se deja!

Leia, suspendida a treinta centímetros del suelo, sacudía violentamente las zapatillas en el aire, mientras Matt la iba asfixiando poco a poco. Jim la rodeó y le dio a Matt un fuerte puñetazo en el hígado. Una vez, dos, tres. No sucedió nada.

Entonces se acordó del táser. Lo sacó y apuntó con él.

Esto sí hizo reaccionar a Matt. Se volvió, sujetando aún a Leia por el cuello, y se la arrojó a Jim. Éste consiguió sujetarla, pero el impacto los derribó a ambos.

Jim logró levantar el táser y disparar. Matt se apartó de la trayectoria de los filamentos de un salto, en dirección a la puerta del pasillo.

Leia, todavía débil, logró recuperarse lo bastante como para levantar su propia arma. Disparó pero también falló.

Los dos se pusieron en pie, con las armas listas. Matt, al esquivar los dardos, se había retirado hacia el vestíbulo, justo delante de la puerta que daba al exterior.

—Gracias por venir a mi fiesta —dijo mientras miraba un instante la puerta del pasillo—. Pero creo que ya es hora de dejarlo. Mañana va a ser un día muy atareado. Ya nos veremos en la convención.

Entonces apoyó el hombro en la puerta y la arrancó de sus goznes con aterradora facilidad. Salió al pasillo y escapó en dirección a la escalera de incendios.

—Oh, mierda —dijo Jim.

Un zombie asomó la cabeza por la puerta y soltó un gemido. Cruzó tambaleándose la puerta, seguido de cerca por un segundo.

—¡Al cuarto de al lado! ¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Jim.

Willy corrió hacia él.

—Tengo el arma —dijo mientras le entregaba la Glock.

Jim la utilizó para meterle una bala en la cabeza al primer zombie. Hizo lo mismo con el segundo. Pero tres más estaban entrando.

Rayna, Willy y Leia ayudaron a Gary a ponerse en pie y a atravesar la puerta de conexión. Jim disparó cinco veces más y otros tantos zombies cayeron. Pero seguían llegando otros.

—¡Vamos! —chilló Leia mientras agarraba el *kar'takin*.

Jim retrocedió con los demás por la puerta de comunicación. Rayna y Leia estaban tratando de colocar una cómoda delante, porque la patada de Jim había roto la cerradura. No tenían mucho tiempo.

—Dadme cinco segundos —dijo.

Corrió hasta el otro lado de la suite, donde estaba la otra puerta de comunicación. La entreabrió, asomó la cabeza por la ranura y miró a su alrededor. No encontró nada salvo oscuridad. Terminó de abrir la puerta y buscó a tientas el interruptor de la pared. El espacio parecía extrañamente caluroso.

—¡Deprisa! —gritó Rayna.

La cómoda sólo llegaba hasta la cintura y los muertos vivientes se amontonaban a su alrededor, tratando de encaramarse a él. Leia sacó el espray antivioladores y lanzó varias descargas dirigidas a los monstruosos ojos. La primera fila de muertos vivientes se estremeció de dolor y cortó el paso a los que venían detrás.

Pero su masa combinada comenzó a surtir efecto. Poco a poco, la cómoda se apartó de la puerta.

Con inmenso alivio, Jim vio que la habitación de al lado estaba vacía. El aire acondicionado estaba estropeado. El climatizador que había bajo la ventana se encontraba en el suelo, parcialmente desmontado, donde lo había dejado el técnico.

Volvió corriendo a la otra suite, donde los demás estaban perdiendo la batalla para contener a los zombies. La entrada era una masa temblorosa de cabezas ensangrentadas y brazos extendidos.

—¡Moveos! —gritó Jim mientras levantaba a Gary de la cama.

Éste miró a su alrededor con la vista turbia.

—¿Qué?

Jim lo arrastró hasta el cuarto de al lado y lo dejó sentado en el suelo. Rayna y Willy entraron un momento después. Leia, con la mochila de Jim, fue la última en pasar.

Jim cerró la puerta, echó la cerradura y colocó otra cómoda delante de ella.

En cuanto terminó, Rayna lo abrazó.

—No puedo creerlo —dijo—. No puedo creer que estés aquí.

—Te dije que vendría —le recordó Jim—. ¿Estás bien?

—No estoy herida, si te refieres a eso —dijo Rayna con los ojos llenos de lágrimas—. Pero ninguno de nosotros está bien.

—Lo sé. Lo sé todo.

—¿Cómo?

—Encontramos a T’Poc en la escalera. La habían mordido, pero no se había transformado aún. Nos contó lo que había pasado. Nos dijo que Matt podría haberla ayudado, pero no lo hizo. Nos advirtió de que se había vuelto loco.

—¿Cómo podía saberlo? —preguntó Gary.

—Las cosas que tenía dentro... se lo dijeron. Parece ser que poseen una especie de habilidad telepática. Comparten información.

—Maravilloso —dijo Gary—. Una nube de computación formada por zombies.

—Exacto —dijo Jim—. Es más, T’Poc utilizó la palabra «red». Esas cosas están conectadas a una especie de central de información.

—¿Qué habéis hecho con T’Poc? —preguntó Rayna—. ¿Dónde está ahora?

Jim estaba tratando de encontrar una respuesta cuando intervino Leia.

—En un lugar mejor —dijo—. Tuvo suerte de encontrarse con nosotros.

—Así que es como en las películas —dijo Gary con tono lúgubre—. Si te muerden los zombies, te conviertes en uno de ellos.

—Salvo por esos ojos —dijo Jim—. Basándonos en lo que nos contó T’Poc y en cosas que hemos visto, creo que se trata de un parásito. Se te mete en el cuerpo y se apodera de ti. T’Poc nos confirmó esa idea, más o menos. Decía que sentía en su interior unos pensamientos alienígenas que trataban de controlarla.

—¿Qué quería decir con «alienígenas»? —preguntó Rayna—. ¿Como ajenos a ella, distintos?

—No —dijo Jim—. Estoy casi seguro de que quería decir «de otro planeta».

Se produjo un largo intervalo de horrorizado silencio. Finalmente, fue Gary quien terminó con él.

—Da, da-da, da-da, da da —canturreó.

Rayna, Leia y Jim le lanzaron miradas de reproche.

—¿Y eso a qué coño ha venido? —preguntó Rayna.

—Sólo intento rebajar la tensión —respondió Gary—. Si esto fuese un episodio de *Star Trek*, éste sería el momento para la pausa publicitaria, sin ninguna duda.

EL ASEDIO

De la suite que acababan de abandonar salían unos cuantos gruñidos no muy decididos. De vez en cuando, alguien arañaba la puerta o daba un fuerte golpe contra ella, pero de momento parecían a salvo.

Jim aprovechó la ocasión para estudiar con mayor detalle el entorno. Después de tanto caos y tanta sangre, la pulcra decoración del cuarto resultaba desorientadora. El baño estaba a la izquierda; una puerta que daba a un dormitorio privado, a la derecha; frente a ellos, una cocina americana con una mesa; y junto a la pared más lejana, un saloncito con dos sillas, un sofá y una mesita de café. Rayna y Willy se sentaron frente a Leia y Jim mientras Gary esperaba en estado de evidente nerviosismo junto a la puerta. Las heridas que pudiera haber sufrido se habían desvanecido en presencia de la princesa, a la que miraba con sobrecogimiento.

—¿Puedo traer a su alteza una botella de agua? —preguntó—. Seguro que el minibar está lleno de ellas.

—¿Y por qué no traes para todos —preguntó Jim—, ya que te ofreces?

Gary cruzó prácticamente volando la habitación y regresó con cinco botellas de Aquafina helada. Tras distribuir las entre el grupo, permaneció de pie junto a la princesa, como si estuviera aguardando nuevas instrucciones. Leia lo miró y luego apartó la cara de manera muy elocuente. Al fin, Jim se levantó y se acercó al oído de Gary.

—El paquete —susurró.

El rostro de Gary cobró una alarmante coloración rosada. Se ajustó el uniforme con un movimiento violento.

—Perdón —dijo a Leia.

La princesa levantó su botella de agua en un brindis.

—Por Gary —dijo—. Por salvarnos la vida.

—¿Yo? —respondió el aludido—. ¿Qué he hecho?

—Cuando Jim y yo estábamos en el ascensor, solos, creí que se iba a rendir. Pero tú encontraste la manera de llegar hasta nosotros y de repente nos dimos cuenta de que no estábamos solos. Comenzamos a actuar juntos y encontramos el camino hasta aquí.

Gary pareció relajarse un poco. Pero sólo un poco.

—Supongo que he aportado mi granito de arena —dijo—. Sólo lamento no haber calado antes a Matt. Se estaba portando de manera muy extraña desde que llegamos a la suite, pero no me di cuenta de que hubiera perdido la cabeza.

—Antes de encerrarse en el dormitorio, estaba todo el rato llamándose

«comodoro» —añadió Rayna—. Y lo decía en serio. Y estaba muy, muy alterado por vuestra presencia, chicos. Sobre todo la tuya, Jim. No dejaba de decir que no podíamos recibir nuevos pasajeros a bordo, porque podían desbaratar la cadena de mando. Salió del cuarto cuando os acercabais por el pasillo. No dijo una palabra. Se limitó a agarrar a Gary del brazo, golpearlo dos veces contra la pared y luego tirarlo a un lado. Después me apartó a mí de la puerta y la cerró. Y se apoyó en ella para que no pudierais entrar. Era como si se hubiese vuelto loco.

—Lo suyo no es locura —dijo Jim—. Perdió una mano sin inmutarse. Me lanzó de un lado a otro de la habitación como si tal cosa y arrancó una puerta de sus goznes de un empujón. Eso no es locura.

—Te sorprenderías —dijo Rayna—. Estudiamos ese tipo de cosas en clase de psicología. En casos de agitación y psicosis extremas, los pacientes pueden realizar demostraciones de fuerza no muy distintas a lo que ha hecho Matt.

—Pues él no parecía agitado en absoluto —dijo Leia—. Lo miré a la cara mientras me estaba estrangulando. No había nada en ella. Matarme no era más que algo que tenía que hacer. Una tarea más en una lista de cosas pendientes.

—Y su mano siguió disparando después de que se la cortáramos —dijo Jim—. ¿Cómo explican eso tus clases de psicología?

—Oye, que yo sólo soy una alumna —dijo Rayna con un encogimiento de hombros.

—Puede que sea un corredor —dijo Gary—. Uno de esos súper zombies de 28 días después. Corren como si estuvieran en las Olimpiadas, o algo así. Si nos enfrentamos a zombies corredores, estamos jodidos. Al menos yo lo estoy. No puedo correr demasiado. No... no tengo el calzado apropiado.

Leia apoyó los pies en la mesa y le mostró las gigantescas zapatillas de *Star Trek*.

—Estamos igual —dijo—. Pero no te preocupes. Todos los zombies que hemos visto son lentos como gorns.

Gary suspiró de alivio.

—Tenemos otra cosa a nuestro favor —dijo Jim—. Las luces. Allá adonde van, los zombies destruyen las lámparas. El pasillo está a oscuras. Lo mismo que el del tercer piso. La única razón por la que el atrio sigue iluminado es que no pueden llegar hasta las luces. Están a demasiada altura.

—¿Y por qué odian la luz? —preguntó Rayna.

—No estoy segura —dijo Leia—. Pero ¿habéis visto parpadear alguna vez a ese tercer ojo que tienen?

—Yo estaba demasiado ocupado huyendo como para fijarme —dijo Gary.

—Es cierto —dijo Rayna—. Sólo te miran fijamente.

—Eso podría ser una ventaja —dijo Gary—. Tal vez una linterna potente pueda desorientarlos o cegarlos temporalmente.

—La cuestión —dijo Jim— es que estos zombies parecen mucho más cómodos de noche. Así que, si conseguimos aguantar hasta el amanecer, tendremos muchas

más posibilidades de salir de aquí.

—¿Y quién dice que tengamos que salir de aquí? —preguntó Rayna—. Puede que Matt tuviera razón. Puede que sólo tengamos que quedarnos aquí. Si la gente de *El amanecer de los muertos* pudo sobrevivir en un centro comercial, nosotros tendríamos que poder hacerlo dentro de un hotel.

Rayna describió un plan con varias posibilidades atractivas. Su primer paso sería bajar sigilosamente al vestíbulo y encontrar el modo de volver a cerrar las puertas. A continuación, acabarían con los zombies uno a uno y habitación por habitación. Arrastrarían los cadáveres hasta el tejado y los arrojarían por cualquiera de los costados del edificio. Luego se mudarían al otro lado del hotel, a algún lugar próximo al salón Gweagal, desde donde tendrían un acceso más fácil a las abundantes reservas de comida, bebidas enlatadas y agua del edificio. Debía de haber recursos suficientes para tres meses, seis o puede que más... Sin duda, el tiempo suficiente para que el resto del mundo resolviera la apocalíptica situación.

—Me parece un buen plan —dijo Willy—. Mejor que jugársela ahí fuera. Al menos aquí tenemos algún control sobre lo que pasa.

Jim sacudió la cabeza.

—No sabéis de qué estáis hablando, tíos —dijo—. Para tomar el hotel, tendríamos que eliminar a cientos, miles, de muertos vivientes. Dudo que pudiéramos conseguirlo. Al menos no sin bastantes bajas.

—Pues en *El amanecer de los muertos* lo hicieron —dijo Rayna con un encogimiento de hombros.

—El otro problema —continuó Jim— es que estás dando por sentado que sigue habiendo electricidad.

—No doy nada por sentado —dijo Rayna—. Si se va la luz, usaremos velas. La gente ha sobrevivido durante siglos sin electricidad.

—Si se va la luz —replicó Jim—, las puertas controladas electrónicamente están programadas para abrirse. Es uno de los protocolos básicos en la lucha contra los incendios. En caso de emergencia, no debe quedar nadie atrapado en el edificio. Así que podemos pasarnos una semana entera llevando a cabo tu plan, pero en cuanto nos quedemos sin electricidad, se abrirá la veda en el Botany Bay.

Rayna se acercó a la ventana y abrió las cortinas. Al igual que pasaba en el cuarto de Donnie, en el tercer piso, desde allí no se veía nada, aparte del aparcamiento adyacente.

—Ojalá supiéramos lo que está pasando ahí fuera.

—Me gustaría poder decir que hay millones de soldados de la Guardia Nacional aniquilando a los zombies con sus M-16, pero parece poco probable —dijo Gary con un suspiro.

—Hay un modo de saberlo con seguridad —dijo Jim—. Si logramos llegar hasta una de las habitaciones que hacen esquina, desde allí se disfruta de una estupenda vista del centro de Houston. Veremos todo lo que sucede fuera. Veremos los edificios

adyacentes. Quizá podamos llamar la atención de alguien por señas y pedir ayuda. Y lo que es más importante, podremos observar a los zombies al amanecer. Ver lo que les hace la luz del día. Si comienzan a esconderse al salir el sol, creo que debemos arriesgarnos y tratar de salir mientras podamos.

—Suenan bien —dijo Rayna—. Pero ¿cómo llegamos a una de esas habitaciones?

—Usando las puertas interiores. Hay tres habitaciones entre nuestra posición actual y nuestro objetivo. Aunque estén llenas de zombies, disponemos de munición suficiente para llegar hasta allí.

—¿«Disponemos»? —preguntó Gary.

—Leia y yo —dijo Jim—. Al menos, es lo que había pensado. —Se volvió hacia ella—. ¿Crees que puedes hacerlo? —le preguntó.

—La verdad es que no —dijo ella—. Pero lo haré de todos modos.

—Yo entro primero, seguido por ella —dijo Jim—. Rayna nos espera en la puerta. Si las cosas se tuercen, nos deja entrar de nuevo. ¿Entendido?

—Entendido —respondió su hermana.

—¿Y nosotros? —preguntaron Gary y Willy.

—Esperáis a que no haya moros en la costa y entráis detrás. Puede que luego os dé algunas nociones de táctica. Pero de momento, no hay tiempo de enseñaros a peinar un edificio en busca de enemigos. Así que quedaos atrás, ¿vale?

—Sin problema —dijo Gary.

—Me parece bien —asintió Willy—. Normalmente, el tío de la casaca roja es el que abre la marcha y todos sabemos cómo acaba eso.

Leia recogió el cinto de las armas y se lo puso. Jim examinó el táser y lo revisó para asegurarse de que estaba cargado. Luego, un instante después, volvió a hacerlo.

—Bueno, ¿y cómo lo llevas, soldado? —preguntó Rayna.

—Estoy inquieto —dijo Jim—. ¿Te extraña?

Observó cómo metía Leia el otro cargador en el táser.

—Puede que tengamos suerte otra vez —dijo Rayna—. Puede que las tres habitaciones estén vacías.

—Este piso estaba abarrotado —le dijo Jim—. Lo he visto en la lista de reservas. Lo más probable es que nos encontremos con algunos huéspedes muy enfadados.

Y como para confirmar sus temores, el ruido de un arañazo llegó desde el otro lado de la pared.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gary.

—Estoy bastante seguro de que no ha sido la chica de la limpieza —dijo Jim.

A continuación oyeron un gemido amortiguado. Luego otro. Había dos voces distintas, una grave y masculina, y otra más aguda. Jim escuchó con atención.

—Parece que hay al menos un par de ellos —dijo—. Están a nuestra derecha creo. A juzgar por el ruido de los arañazos, yo diría que están tratando de entrar en el dormitorio o el baño, o salir de ellos.

—¿Buscan a alguien? —preguntó Leia—. ¿Podría tratarse de un superviviente?

—Lo sabremos dentro de un momento.

Jim descorrió en silencio el cerrojo de la puerta y dejó las llaves en el picaporte para Rayna.

—Buena suerte, tíos —dijo Gary—. He jugado a algunos *shooters* bastante cañeros, pero esto está a otro nivel.

—Es que aquí no se puede guardar la partida —dijo Jim.

Les indicó que guardaran silencio con un gesto, abrió la puerta unos centímetros y miró a su alrededor.

ESPEJO, ESPEJITO

Las luces de la suite estaban encendidas, lo que permitió a Jim presenciar la escena con total claridad. Vio dos zombies, un adulto y una adolescente, que arañaban con energía la puerta del baño.

No repararon en él. Primero miró en derredor para asegurarse que sólo había dos objetivos. Luego apuntó cuidadosamente a su espalda con el táser y disparó.

Los dardos alcanzaron a las criaturas entre los omóplatos. Jim activó la descarga. Tras unos segundos de frenéticas convulsiones, cayeron al suelo y allí permanecieron inmóviles.

Leia entró en el cuarto detrás de él. Lo ayudó a arrastrar los cuerpos lejos de la puerta del baño y a dejarlos en el salón. Los cuerpos dejaron tras de sí largos regueros de una sustancia viscosa y verde, todo lo que quedaba de sus ojos alienígenas.

Al revisar la habitación, descubrieron que estaba vacía pero llena de sangre, como un matadero.

—Ahora vamos a ver el baño —dijo Jim.

Leia llamó a la puerta. Dijo a quienquiera que hubiese dentro que podía salir sin peligro.

No hubo respuesta.

Rayna observaba desde la puerta, con la mano aferrada al picaporte.

Leia llamó y habló de nuevo. Se volvió hacia Jim y se encogió de hombros. Éste la abrió de una patada.

—¿Hola? —dijo al entrar.

El baño era idéntico a cualquier otro de los del Botany Bay: baldosines blancos, un doble lavabo y una bañera empotrada de gran tamaño. En esa bañera en concreto yacía una mujer de unos cuarenta años. La única parte de su cuerpo que resultaba visible sobre el agua era la cabeza, apoyada en una almohada de baño hinchable. En su rostro había una expresión de sereno reposo. O puede que de alivio. Jim no pudo decidir cuál de las dos.

En el borde de la bañera reparó en un pequeño retrato de la que dedujo que sería la familia de la mujer. Ella estaba allí, sonriendo, junto a un niño de unos siete años, una chica de unos quince y su marido. Jim reconoció a la chica y al marido: eran los dos zombies que aporreaban la puerta. Se sintió mareado, como si su espíritu estuviera haciendo esfuerzos por salir del cuarto por sí solo.

—No puedo ver esto —dijo Leia.

Jim, en cambio, no podía dejar de mirar. Al otro extremo de la bañera brillaban varios fragmentos de un pequeño espejo roto. Uno de ellos estaba cubierto de sangre.

Jim supuso que la mujer lo habría utilizado para cortarse las venas. Atrapada cuando su propia familia se unió a los muertos caníbales, había tomado lo que Jim le pareció una decisión sensata. Se había preparado un baño caliente, se había sumergido y se había abierto las venas.

El plan había salido a las mil maravillas. El agua, cargada con la esencia vital de la mujer, hasta la última gota, seguía teñida de un lívido rojo.

—Salgamos de aquí —dijo Leia.

—Es alta —se oyó decir Jim—. Puede que su ropa te vaya bien.

—Joder —dijo ella—. ¿Lo dices en serio?

—Necesitas ropa. Ella no.

Leia salió al salón. Vio que Rayna, Gary y Willy observaban desde la otra habitación.

—¿Y bien? —preguntó Rayna.

—Despejado —dijo Leia—. Voy a buscar algo de ropa.

Abrió uno de los armarios. Varias prendas de mujer colgaban de las perchas, pero parecían demasiado pequeñas para ella. Las cogió de todos modos, con la esperanza de tener un poco de suerte. Había algo reconfortante en el hecho de revolver en un armario en medio de un apocalipsis zombie. Estaba tan concentrada en ello que no reparó inmediatamente en el niño que se encontraba, inmóvil como una estatua, en una esquina del armario. Un niño con un tercer ojo en la mejilla derecha. No lo vio hasta que se abalanzó sobre ella.

Leia se apartó de la puerta de un salto, gritando. Tropezó con una mesilla de noche, cayó y se dio un fuerte golpe en la espalda.

En el baño, Jim oyó el revuelo. Se levantó y echó a correr. Pero en el último momento algo lo agarró por el tobillo y lo hizo caer al suelo de bruces.

Rodó sobre sí mismo al mismo tiempo que la mujer salía de la bañera, con la mano aún alrededor de su pierna. El agua teñida de rojo se derramaba por los costados y caía al suelo del baño.

De una patada en la cara, volvió a mandarla a la bañera. Luego se puso en pie y echó a correr, sin detenerse más que para cerrar la puerta del baño.

Táser en mano, entró corriendo en el salón. Leia se encontraba allí junto a Gary, que había cerrado la puerta del armario antes de que el zombie consiguiera salir del todo. La pierna y el brazo derechos del monstruo se agitaban violentamente en el aire. Gary y Willy lo tenían inmovilizado sujetando la puerta firmemente.

Leia y Rayna se encontraban juntas. La princesa apuntaba a la criatura con el táser.

—Vale —dijo—. Dejadlo salir.

Gary y Willy soltaron la puerta. Al abrirse, el monstruo cayó de bruces al suelo. Estaba descalzo y llevaba lo que parecía un pijama de algodón, cubierto por versiones en miniatura de la *Enterprise* de la serie original. Leia le disparó un dardo al hombro y descargó la corriente. Todo acabó en cuestión de segundos.

—¿Te ha tocado? —preguntó Jim.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y a ti? —preguntó a Gary.

—Creo que voy a vomitar —respondió éste.

—No lo hagas —dijo Jim—. El baño está ocupado.

De hecho, se oía a la ocupante de la habitación arañando furiosamente la puerta.

—¿La mamá? —preguntó Leia.

—Sí —dijo Jim—. Ahora mismo vuelvo.

Gary, Willy y Leia permanecieron allí mientras Jim regresaba al baño, abría la puerta y disparaba el táser. Oyeron el chapoteo que hacía la criatura al caer de nuevo en la bañera.

Jim volvió al dormitorio. Miró el cuerpo del niño en el suelo. Luego lo agarró por la parte trasera del cuello del pijama y lo llevó al baño. Después hizo lo mismo con los cuerpos del padre y la hija. Finalmente, cerró la puerta y se sentó en la mesa con los demás.

—¿Qué has hecho con ellos? —preguntó Leia.

—Dejarlos ahí juntos... simplemente —respondió.

—Quizá deberíamos tapparlos con algo —dijo Gary—. Con una sábana o algo así.

—Están muertos —dijo Jim—. Y ya hemos hecho lo mejor que podíamos hacer por ellos: asegurarnos de que siguen muertos. No pienses en ello. Relégalo al fondo de tu mente. Sé que suena imposible, pero confía en mí, es el único modo de enfrentarte a cosas como ésta.

—¿Y luego se quedan en el fondo de tu mente? —preguntó Leia.

—No —dijo Rayna—. No lo hacen.

—Lo hacen durante el tiempo suficiente. Ahora mismo tenemos preocupaciones más importantes.

—¿Como cuáles? —preguntó Gary.

—Como el hecho de que casi se cargan a Leia por culpa de mi descuido —dijo Jim—. Vi al crío en la fotografía. Sabía que la habitación estaba ocupada por una familia de cuatro miembros, pero sólo sabíamos dónde estaban tres de ellos. Pero ¿hice los cálculos? ¿Me paré un minuto a pensar? No.

—No puedes culparte —le dijo Leia—. Tendría que haber revisado el armario al abrir la puerta.

—Pues me culpo —dijo Jim—. Fue idea mía ir a buscar una habitación que hiciera esquina. Idea mía.

—Pues tendremos más cuidado de ahora en adelante, simplemente —le aseguró Willy—. Quizá podríamos llamar a los zombies antes de abrir la puerta. Atraerlos, no sé si me explico. Llamar su atención para que no se nos echen encima cuando menos lo esperemos.

—Ésa sí que es una buena idea —dijo Gary. Se acercó a la puerta de comunicación y le dio unos golpecitos—. ¿Hola? —preguntó—. ¿Hay alguien ahí?

¿Hola, hola?

Como respuesta, alguien golpeó la puerta con fuerza desde el otro lado. Gary retrocedió tan precipitadamente que perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Willy profirió un breve chillido.

—¡No disparen! —exclamó una voz como respuesta—. ¡Soy inocente!

Gary se puso en pie.

—¿Un zombie parlante?

—No existe tal cosa —dijo Leia—. Es un humano parlante.

LOBO EN EL REDIL

—¿Estás bien? —gritó Jim desde su lado de la puerta.

—Ha sido en defensa propia —respondió la voz—. ¡No lo hice a propósito!

Jim y Leia intercambiaron una mirada intrigada.

—No soy policía —afirmó Jim en voz alta—. Trabajo en el hotel. Me da igual lo que hayas hecho o a quién se lo hayas hecho. Pero tengo que entrar en tu habitación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Retrocede tres pasos. Tengo una llave maestra y voy a abrir la puerta.

—Muy bien —repitió la voz, esta vez desde más lejos.

Jim le quitó la llave a Rayna, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

Al otro lado había un enorme klingon con armadura de combate completa. Un enorme klingon que, a juzgar por sus ojos inyectados en sangre y la humedad de sus mejillas, había estado llorando.

—Martock —dijo Jim.

El klingon miró un momento a sus salvadores y luego rompió a llorar de nuevo.

—Fue en defensa propia —dijo entre sollozos—. Iba a matarme. Se había transformado en una especie de monstruo.

Rodeó a Jim con sus gigantescos brazos, enterró la cabeza en su hombro derecho y continuó llorando.

Jim le dio unas palmaditas en la espalda, lo dejó llorar unos momentos y luego dijo:

—Hablas de la chica de tu *stand* —dijo—. La que estaba durmiendo detrás.

—Se llamaba Karen —dijo Martock—. No paraba de decirle que subiera a su cuarto. Estaba muy enferma. Pero no quería moverse. Al llegar la hora de cerrar, comencé a recoger el *stand* y a guardar la mercancía, y entonces, en algún momento, le perdí la pista. No podía encontrarla por ninguna parte. El lugar estaba desierto, y el camastro vacío. Yo tenía prisa, porque había quedado en llevar un encargo al banquete klingon...

—El *bat'leth* de Matt —comentó Gary.

Jim le pidió silencio con un gesto.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Estaba preparándome para irme cuando oí algo detrás del *stand*. Algo que se movía. Abrí la cortina y vi a Karen en el suelo, apoyada sobre las manos y las rodillas. Al principio, mi mente se negó a aceptar lo que veía. Pero entonces me di cuenta de que estaba arrodillada sobre alguien. Un cuerpo. Un cuerpo al que le habían

abierto las tripas. Tenía las dos manos llenas de intestinos y allí mismo, delante de mis ojos, se los llevó a la boca ensangrentada y les dio un bocado. Y luego... vino a por mí.

—Vamos a sentarnos —sugirió Jim.

Llevó a Martock hasta la cocina americana. Los cinco se sentaron allí.

—No sabía lo que estaba pasando —continuó Martock—. No sabía qué hacer. O sea, ¿cuál se supone que es el procedimiento correcto cuando tu mejor amiga se convierte de repente en un caníbal?

—Supongo que echar a correr —dijo Leia.

—Exacto —respondió Martock—. Al retroceder, estuve a punto de tropezar con el puto camastro. Ella me siguió. Gemía. Era espantoso. Huí con el *bat'leth* en las manos. Me metí en el lavabo de caballeros y me escondí en uno de los cubículos, con los pies sobre la taza. Alrededor de un minuto o dos más tarde, oí que se abría la puerta. Y como un idiota, pregunté: «¿Quién anda ahí?» La única respuesta que obtuve fueron unos gemidos. Oí que se acercaba lentamente. Vi pasar sus pies. Estaban manchados de sangre. Cuando terminaron de cruzar, decidí abrir la puerta y escapar corriendo. Pero al hacerlo, la vi. Y ella a mí. Y entonces me fijé en algo que era mil veces peor que la sangre o los gemidos.

—El ojo —dijo Jim—. El ojo rojo.

—Exacto —dijo Martock—. Tenía un enorme ojo rojo en la frente. De algún modo, supe que era el responsable de lo que había sucedido. El causante de haberla convertido en aquella cosa. Me volví loco. Levanté el *bat'leth* y...

—Lo sé —dijo Jim—. La decapitaste. Vi el cuerpo.

—Solté el *bat'leth* en el baño y eché a correr —dijo Martock—. Sé que parece una locura, pero si miráis detrás de mi *stand*, veréis lo que hizo. Era como un animal...

—¿Quieres decir que llevas aquí todo este tiempo, ocultándote de la policía? —preguntó Jim—. ¿No tienes ni idea de lo que está sucediendo? ¿No has oído los ruidos procedentes del pasillo?

Martock sacó un MP3 ensangrentado de su bolsillo.

—Llevo las últimas horas a solas con Jerry Goldsmith y James Horner, disfrutando de mis momentos postreros de libertad —dijo.

—Bueno, pues tengo buenas y malas noticias para ti —dijo Gary con tono alegre—. ¿Cuáles quieres oír primero?

Se lo explicaron todo rápidamente. La buena noticia era que no iba a ir a la cárcel. La mala, que había llegado el final del mundo. En conjunto, el klingon parecía aliviado.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó.

—Estamos trabajando en ello —dijo Jim—. ¿Hay alguien más en tu suite?

—No, sólo estábamos Karen y yo. Nos alojábamos juntos en las convenciones para ahorrar.

—Espera, ¿Karen Masterson? —preguntó Leia—. ¿La diseñadora de trajes?
Martock asintió.

—Ya decía yo que ese bikini me resultaba familiar. Es una de las piezas de Karen, ¿verdad?

—Se lo encargué yo —dijo Leia—. Pero si no te importa, me gustaría cambiarlo por otra cosa. En las actuales circunstancias no resulta práctico.

—Adelante —dijo Martock—. Estoy seguro de que a Karen no le habría importado.

Leia le dio unas palmaditas en el hombro y se metió en el cuarto contiguo. Entre tanto, Jim presentó a Martock al resto de la tripulación y le explicó a él el plan de llegar hasta la suite de la esquina.

—He estado pensando sobre algo que me dijiste abajo —dijo Jim—. Cuando me interesé por tus armas en la zona de los *stands*, me dijiste que tenías en tu cuarto unas pocas de verdad.

—No sólo unas pocas... —comenzó a decir Martock.

Pero antes de que pudiera terminar de explicarse, Leia salió de la suite contigua. Gary, boquiabierto, agarró a Jim del antebrazo. Se había cambiado el disfraz por el atuendo de la princesa Leia en las secuencias iniciales de *La guerra de las galaxias*, una túnica con capucha completamente blanca y ceñida al talle con un cinto plateado.

—¿Qué os parece? —dijo—. Hasta venía con zapatos.

—Espectacular —balbuceó Gary.

—Me alegro de haber encontrado algo de mi talla —repuso Leia con un encogimiento de hombros. Miró la etiqueta que colgaba de su manga y dijo—: El señor Michael Bigalow de Dallas se va a enfadar mucho cuando se entere de que me he llevado su encargo.

Rayna se echó a reír.

—Michael Bigalow es una *drag queen* —dijo—. Monta unos espectáculos de parodias desternillantes. Hay un Señor del Tiempo en versión femenina llamado doctor Who-ha y una borg ninfómana llamada Sesenta de Nueve.

—Bueno, pues creo que la función de esta noche se ha cancelado —dijo Leia. Arrancó la etiqueta de la manga y la arrojó a un lado.

—Llévalo con honor —dijo Martock.

—Lo haré —dijo Leia—. Y espera a ver los accesorios. —Se metió en la suite contigua y salió un momento después con un bastón de metro y medio de largo. Uno de los extremos era un garrote y el otro tenía al final una hoja en forma de abanico.

Jim miró a Martock de soslayo.

—Dime que es real, por favor.

—Es una *lirpa* —respondió Martock—. Un arma ceremonial vulcana que apareció por primera vez en el episodio de la serie original «La época de Amok».

—No necesitas vendérmelo —dijo Jim—. ¿Tienes más?

—Sírvete —dijo Martock—. Está todo allí. Pero ten cuidado, porque las hojas son

de verdad.

Jim, Leia, Willy y Gary se acercaron a la puerta.

—Feliz Navidad, chicos —dijo Leia.

—Y próspero Año Nuevo —respondió Jim al ver el contenido del cuarto.

El centro de la zona común estaba ocupado en su mayor parte por dos percheros con ruedas llenos de bolsas de ropa. Pero a Jim le interesaba más el instrumental colocado sobre la mesa de la cocina.

Vio cuatro espadas de aspecto peligroso que reconoció como *yans*, hojas ceremoniales klingon. Recogió una, probó el filo y luego asestó un par de golpes para probarla. Gary y Willy cogieron otras dos y comenzaron a luchar en broma.

—Que nadie toque mi *lirpa* —dijo Leia.

—Ni se me ocurriría hacerlo —dijo Jim—. Al menos hasta la tercera cita.

Gary se echó a reír, pero Leia puso cara de desconcierto.

—¿Conque así es como va a ser? —preguntó.

—¿Como va a ser el qué? —dijo Jim mientras seguía probando la espada.

—Irrumpimos en una habitación y destruimos a una familia entera de zombies que eran seres humanos hasta hace no mucho. Y luego, minutos después, estamos haciendo el tonto con armas de pega mientras yo digo que no me toquéis la *lirpa*. ¿Así es como va a ser?

—Más o menos —dijo Jim—. Apartas las cosas que ya han pasado para hacer sitio a las que vienen después.

—Ya veo —dijo Leia—. ¿Y cuánto puedes seguir empujando las cosas antes de que te devuelvan el empujón?

—Eso pregúntaselo a un psiquiatra —dijo Jim—. Suponiendo que el mundo vuelve a la normalidad y todavía quedan psiquiatras.

—Yo quiero un *bat'leth* —dijo Gary—. ¿Puedo tener un *bat'leth*?

—No —dijo Jim—. Nadie va a tocar un arma hasta que yo no haya tenido la ocasión de probarla. Y eso va sobre todo para ti, amigo.

Gary frunció el ceño y dejó el arma.

—La princesa ha cogido un arma —dijo—. Y no ha tenido que practicar.

—Ella tiene créditos extra por experiencia en el mundo real —respondió Jim—. En cuanto al resto de vosotros, no vais a coger ni un cortaúñas hasta que no aprendáis lo básico de su manejo. Si os sirve de consuelo, usaremos los táseres al llegar a la habitación de la esquina.

—¿Seguimos con el plan? —preguntó Leia.

—Estamos a solo una puerta de distancia. Sería absurdo no aprovechar la ocasión.

Gary se acercó a la puerta interior que comunicaba con la habitación y apoyó la oreja en ella.

—No oigo nada.

—Eso podría ser bueno —dijo Jim—. Pero también podría no serlo. Esas criaturas parecen bastante letárgicas cuando no hay nada para comer. Podría haber

una docena de ellas ahí dentro, esperando al servicio de habitaciones.

Gary sacudió la cabeza.

—Eres el rey del optimismo.

—Cuando haces planes para enfrentarte a lo peor, a veces te llevas agradables sorpresas —dijo Jim—. Y ahora, vamos a armarnos y acabemos con esto.

Sacó el táser e hizo un gesto de cabeza a Leia, quien tomó posiciones detrás de él. Luego descorrió el cerrojo de la puerta lo más silenciosamente posible, la abrió cinco centímetros, miró en su interior y luego entró.

Las luces estaban encendidas. No había nada fuera de lugar. Contra la pared opuesta, había una hilera de ventanas con las cortinas echadas.

Miró hacia su izquierda. Sobre un sillón acolchado había un hombre sentado, con un portátil encima de las rodillas. Lo cerró repentinamente y se quedó mirando a Jim con la boca abierta.

Jim lo miró a su vez.

—Diga algo —dijo el hombre al fin.

Jim sonrió.

—El doctor Sandoval, supongo.

El hombre exhaló un suspiro, aparentemente aliviado.

—A su servicio.

A LA LUZ DEL INFIERNO

Pocos minutos después, Jim y el resto del grupo estaban juntos en el balcón de la habitación que hacía esquina, contemplando por primera vez el centro de Houston.

—Esto es una mierda muy gorda —dijo Gary—. Del tamaño del Everest.

Desde su posición podían atisbar el interior de los rascacielos de cristal que rodeaban el Botany Bay. Algunos de ellos estaban a oscuras, pero en otros todavía funcionaban las luces, por lo que era fácil ver los zombies que, en su interior, caminaban sin orden ni concierto por espacios deprimentes repletos de cubículos. En una sala de reuniones, un grupo de muertos vivientes mordisqueaba un cadáver tirado sobre una mesa de juntas de forma ovalada. Calle abajo, los pisos superiores de un hotel de la cadena Doubletree ardían por los cuatro costados. Nadie luchaba contra las llamas.

—Realmente es el Apocalipsis —dijo Leia.

—Podría ser peor —dijo Jim. Señaló hacia el este, más allá de la masa de agua oscura e inmóvil conocida como canal de Houston Ship—. Eso es el complejo de Baytown, una de las refinerías petroquímicas más grandes del mundo. Procesa medio millón de barriles a diario.

El olor de la gasolina en combustión flotaba denso en el aire.

—No creo que hoy alcancen su cuota —dijo Gary.

—El fuego está en la otra orilla del río San Jacinto —dijo Jim—. Sea lo que sea esta plaga, se está propagando. Puede que esté por todas partes.

—Esto es increíble —dijo Rayna—. Mirad eso.

Señaló un tranvía de aspecto esbelto y color gris, parte del sistema METRORail de la ciudad, tendido de costado y con todas las ventanas rotas. Parecía tener más de treinta metros de longitud y debía de pesar varias toneladas. Sin embargo, las criaturas lo habían sacado de las vías y lo habían hecho volcar.

—La unión hace la fuerza —dijo Jim—. Individualmente, cada zombie no es demasiado fuerte. Pero parece ser que saben trabajar en equipo. Igual que hormigas soldado. Pueden comunicarse sus pensamientos y planificar ataques coordinados.

«Cosa que no es buena para nosotros», estuvo a punto de añadir, pero en ese momento su mirada recayó sobre un joven que miraba por una ventana desde un edificio de oficinas cercano. El chico llevaba un par de pantalones caqui y un polo azul. Probablemente, a comienzos de aquel día fuese el becario de alguna oficina.

Ahora, después de haber perdido la mano izquierda y una parte considerable de la cara, era un zombie. Un zombie con un tercer ojo en medio de la mejilla derecha.

Un ojo que, comprendió Jim, estaba mirándolo.

La criatura comenzó a golpear uno de los ventanales que ocupaban la pared de la oficina. Poco después se unieron a ella tres zombies más, que comenzaron también a gemir mientras golpeaban las ventanas.

Jim los señaló.

—Mirad eso —dijo.

Un momento después, la aporreada ventana cedió al fin. Cayó a la calle y se rompió en mil pedazos. A continuación, el becario del polo azul siguió a la ventana. Totalmente fascinado por la visión de los supervivientes del Botany Bay, saltó a la nada sin pensarlo un instante.

Los demás zombies se precipitaron igualmente al vacío. Luego, otra de las criaturas se acercó arrastrando los pies a la ventana y, al localizar a Jim comenzó a gemir y cayó.

—Será mejor que entremos —dijo éste—. Estamos llamando demasiado la atención.

—¿En serio? —dijo Gary—. Podría pasarme toda la noche viendo cómo esos cabrones saltan al vacío.

Jim señaló otro edificio. Los zombies de tres pisos distintos estaban mirándolos. Aquí y allá, en diversos lugares, los monstruos comenzaban a percatarse de su presencia. Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que todos los devoradores de carne, en todas partes, estuvieran mirándolos con su gran ojo rojo.

—¿Por qué nos miran? —preguntó Willy.

—¿No es evidente? —dijo Jim—. Somos los únicos supervivientes. Y ahora mismo están comunicando su descubrimiento a su red.

—Ya he visto bastante —decidió Gary—. Vamos a entrar.

Volvieron al fresco y tranquilo refugio de la suite del Botany Bay.

—¿Qué tal la vista? —preguntó el doctor Sandoval.

Los sucesos de las últimas seis horas parecían no haberle afectado. Su uniforme de la Flota Estelar seguía inmaculado. Todavía era la viva imagen del médico del *Voyager*.

—Las he visto mejores —dijo Jim—. ¿Cuánto tiempo hace que está así?

—Durante el día me di cuenta de que pasaba algo. Pero hasta la caída de la noche no comprendí la magnitud y la naturaleza de la crisis. Después del anochecer, los reanimados empezaron a salir al exterior. Persiguieron y mataron a todos los seres vivos a los que pudieron encontrar.

—Ya nos hemos dado cuenta de que les gusta la oscuridad —dijo Leia.

—Yo no diría que les «gusta», pero desde luego es un entorno más propicio para ellos —dijo Sandoval—. Sus toscos ojos parasitarios carecen de retina, así que no pueden regular la intensidad de la luz que reciben.

Jim y los demás se lo quedaron mirando.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Gary.

—Soy exobiólogo. Trabajo para la oficina de Proyectos Especiales de la agencia

de Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa, que pertenece al Departamento de Defensa.

—Bien, pero habla usted como si hubiera disecado una de esas cosas —dijo Rayna.

—Llevo casi una década estudiando a esas criaturas. Tenía previsto presentar un estudio sobre sus adaptaciones oculares en la convención.

—¿Iba a revelar al mundo la existencia de esas cosas en la GulfCon? —preguntó Jim.

—No. A los *trekkies* iba a ofrecerles una típica conferencia sobre la posibilidad de que las formas de vida del universo de *Star Trek* existan en el nuestro. Los hallazgos de mi investigación eran para la auténtica convención.

—¿La auténtica convención? —dijo Rayna.

—Exacto —respondió Sandoval—. La mucho más pequeña y totalmente secreta reunión para la que la GulfCon hace de tapadera.

Examinó los rostros aturdidos que lo rodeaban y luego suspiró.

—Supongo que será mejor que empiece por el principio —dijo.

NADA HUMANO

—Puede que quieran sentarse —dijo Sandoval—. Los pondré al día lo más deprisa que pueda, pero aun así me llevará un par de minutos.

Se congregaron alrededor de la mesa que había junto a las ventanas. Martock, todavía apesadumbrado, se sentó un poco aparte. Sandoval permaneció de pie.

—Déjenme que les hable un poco de la GulfCon —dijo—. Esta convención es un evento que organiza una empresa de *marketing*, enclavada en Dallas, llamada Star Unlimited. Star es la cara visible de una firma de Newark, Nueva Jersey, llamada Horizon Exports, que envía productos y materiales delicados a gobiernos y organizaciones extranjeras. Horizon es, a su vez, una filial de STNG Corp., un conglomerado multinacional con intereses en toda clase de campos, desde la seguridad privada a la construcción de bases militares.

—Conocí a tíos de esa empresa en Afganistán —dijo Jim—. Los llamábamos Stingers. Unos auténticos cabrones.

—Puede, pero saben guardar secretos. Por eso reciben tantos encargos de una organización de Langley, Virginia, llamada Agencia Central de Inteligencia.

—Espere un segundo —dijo Rayna—. ¿Está diciéndonos que la CIA patrocina la GulfCon?

—Exactamente.

—Joder —dijo Gary—. No sabía que los *trekkers* fuesen una amenaza para la seguridad nacional.

—No lo son —continuó Sandoval—. Pero nos proporcionan un camuflaje excelente. Durante los últimos cinco años, hemos utilizado la GulfCon como tapadera para una convención más pequeña, una reunión selecta de científicos, militares y agentes secretos de todos los rincones de Estados Unidos.

—Eso es ridículo —dijo Gary—. ¿No podrían simplemente comunicarse por correo electrónico?

—Los asuntos que discutimos son demasiado importantes. Todos los agostos, unos cincuenta de nosotros nos reunimos aquí. Nos vestimos como *trekkies* y tratamos de participar del espíritu del evento, lo que contribuye a mantener nuestra tapadera. De hecho, el que se disfraza del personaje más raro se lleva un premio.

—¿Qué tiene de raro el suyo? —dijo Willy—. Es el del holograma del médico de emergencia de la *Voyager*. Todo el mundo lo sabe.

—Ah, pero es que no lo soy —dijo Sandoval—. Soy el holograma del médico de emergencia de la *Enterprise-E*, de la película *Primer contacto*. El uniforme es ligeramente distinto. Estudie las imágenes de la película y lo comprobará.

—Qué rastrero —dijo Gary—. Lo felicito.

—¿Y de qué se habla en esa convención dentro de la convención?

Sandoval señaló la ventana.

—De ellos —dijo—. O, para ser más exactos, de las cosas que los crearon.

—¿Sabe lo que son? —preguntó Jim—. Cuéntenoslo. Cuéntenoslo todo.

—De acuerdo —dijo Sandoval—. La información que estoy a punto de revelarles es confidencial, pero dadas las circunstancias, creo que se impone hacerlo. Les ruego que se guarden las preguntas para el final. Debemos ceñirnos a un horario muy preciso, así que tengo que darme prisa.

—¿Un horario? —preguntó Jim—. ¿Qué clase de...?

Sandoval pidió silencio levantando la mano derecha y entonces empezó:

—¿Alguno de ustedes está familiarizado con el Proyecto Génesis? —preguntó.

—¡*La ira de Khan!* —exclamó Willy como si estuviera respondiendo la última pregunta de un concurso de *Star Trek*—. Es el proceso que transforma un planeta sin vida en uno vivo.

Sandoval meneó la cabeza.

—No, me refiero al auténtico Proyecto Génesis, una misión de la NASA de 2001 que recogió muestras de vientos solares y luego las trajo a la Tierra en una pequeña cápsula de reentrada.

—Estoy impaciente por oír lo que tiene que ver con los zombies —dijo Leia.

—Durante la reentrada, los paracaídas de la cápsula se averiaron y no se abrieron. Se estrelló contra el suelo en un campo de pruebas de Dugway, Utah, a casi trescientos cincuenta kilómetros por hora. Ante el gran público, la avería se atribuyó a un error de diseño. En realidad, la nave fue alcanzada por una lluvia de meteoritos. Tuvimos suerte de recuperarla. Tres de las rocas quedaron encajadas en los restos de la nave y llegaron a la Tierra. Eran nódulos complejos de base de sílice de tamaño casi uniforme. Los recogimos, los llevamos al Centro Espacial Johnson y los guardamos en una sala desinfectada. No sabíamos lo que teníamos. Lo hicimos por seguridad.

—¿Y qué tenían? —preguntó Jim.

—Por decirlo de una manera sencilla, semillas espaciales. Dios sabe cuánto tiempo habían pasado viajando en el vacío, buscando un lugar en el que echar raíces.

—Pero eran rocas —dijo Gary—. ¿Cómo podían estar vivas?

—Descubrimos su auténtica naturaleza al cortarlas en dos —dijo Sandoval—. Un técnico resultó expuesto de algún modo, al inhalar o quizá ingerir un poco de su materia. Tres horas más tarde estaba enfermo. Otras dos horas después había muerto, y al cabo de poco tiempo...

—El primer zombie —dijo Gary.

—El primer reanimado —lo corrigió Sandoval—. Por suerte, esto sucedió en la base. Lo pusimos en cuarentena en cuanto comprendimos la verdad y conseguimos aceptarla. Aun así, la situación estuvo a punto de escapársenos de las manos. El

técnico, al que más adelante se designaría como Paciente Uno, mordió a dos médicos y a un guardia de seguridad antes de ser reducido. Todos ellos enfermaron, murieron y revivieron. Cosa que, por expresarlo sin dramatismos, cambió el tenor de nuestra investigación.

—Tendrían que haberlos enviado de regreso al espacio.

—El material se consideraba demasiado peligroso para moverlo. El gobierno construyó un recinto de contención secreto en el centro Johnson. Y allí es donde ha pasado los últimos cinco años.

—¿Y qué han descubierto? —preguntó Rayna.

—Expusimos las muestras a diversas plantas y animales para evaluar la amenaza que representaban para la vida terrestre. Descubrimos que las células alienígenas, y utilizo el término «célula» con libertad, puesto que su estructura interna no tiene nada que ver con la nuestra, pueden producir la reanimación al cabo de doce horas de su ingestión. La víctima muere y luego resucita, siempre con un ojo adicional. El proceso no afectaba a los reptiles, anfibios, peces y otras formas de vida primitiva. Sus redes nerviosas son demasiado básicas para las transformaciones que llevan a cabo los alienígenas.

—¿Qué clase de transformaciones? —preguntó Rayna.

—Desactivan cosas como la respiración o las funciones mentales superiores. Pero mantienen la capacidad motora. Al menos, en cierta medida, pues no dejan de ser cadáveres ambulantes. Los alienígenas sólo pueden hacer que sus huéspedes se muevan con lentitud.

—Así que no son zombies corredores —dijo Gary.

—¿Cómo?

—Ya sabe, los zombies rápidos pueden ser una verdadera putada —respondió el otro.

Sandoval esbozó una sonrisa cansada.

—No, no corren —dijo.

—¿Han tratado de comunicarse con ellos? —preguntó Jim

—Por supuesto. Pronto descubrimos que no poseen inteligencia. A decir verdad, lo único que quieren es...

—¿Comer? —preguntó Rayna.

—En realidad no —continuó Sandoval—. Cubren sus necesidades nutricionales mediante una especie de fotosíntesis. Con un poco de radiación de cualquier tipo procedente del extremo del espectro electromagnético, de rayos ultravioleta a microondas, están servidos.

—¿Y para qué muerden? —preguntó Jim.

—Es una forma de reproducción. Necesitan anfitriones para reproducirse y su modo de infección es... ingenioso. Destruyen la mayor parte del cerebro de los infectados, pero conservan las partes responsables de las funciones motoras y del hambre. Los reanimados experimentan un deseo primario de consumir a otras

criaturas.

—¿Y cómo ayuda eso a la reproducción? —preguntó Gary.

—Los impulsa un abrumador deseo de cazar, pero no se les da demasiado bien. Son lentos y físicamente débiles. Así que la mayoría de las veces, salvo que consigan sorprender o acorralar a su presa, lo único que llegan a hacer es morderla una o dos veces antes de que la «comida» se les escape. Las víctimas se esconden en un rincón, mueren y vuelven a levantarse... bajo una nueva dirección, claro.

—Reproducción a través de una tosca estrategia de caza —dijo Gary—. No es demasiado elegante que digamos.

Sandoval hizo un ademán en dirección a la ventana.

—Pero funciona.

—Supongo que no habrán desarrollado una vacuna —dijo Jim.

—Me temo que no. La enfermedad es fatal en todas las circunstancias. Lo descubrimos tras estudiar a cuarenta y seis especímenes animales infectados intencionadamente, más siete humanos infectados por accidente.

—¿Siete? —dijo Rayna—. Sólo ha mencionado cuatro.

—Tras el incidente del Paciente Uno, pusimos en práctica las máximas medidas de seguridad, pero a pesar de ellas, el organismo logró transmitirse a tres personas más. Cuando nos dimos cuenta de que seguía infectando víctimas incluso en condiciones de máxima seguridad, abandonamos las actividades de estudio. Ahora nos centramos en la contención. O al menos lo estábamos haciendo hasta esta semana.

—¿Cómo han escapado? —preguntó Gary.

—No conozco todos los detalles, porque no estaba allí cuando sucedió. La tarde del miércoles, a las cinco y doce de la tarde, una anomalía generalizada de los ordenadores hizo que se abrieran las puertas de las instalaciones de cuarentena. Muchos de los especímenes de su interior llevaban años sin ser examinados. Los riesgos eran excesivos.

—¿Qué provocó el fallo de los ordenadores? —preguntó Gary.

—Puede que fuese un ataque cibernético. Aunque me pregunto si fueron los propios alienígenas. Después de haber visto las insidiosas estrategias que han utilizado para infestar entidades biológicas, no puedo desechar la idea de que hayan encontrado alguna manera de infiltrarse en los ordenadores del complejo.

—Y si se había desatado el infierno, ¿por qué decidieron venir a la GulfCon?

—Teniendo en cuenta lo sucedido, la reunión era más importante que nunca. Además, al principio no parecía haber urgencia. En caso de contaminación general, las instalaciones estaban equipadas con un mecanismo de seguridad a prueba de fallos. Una bomba termobárica que incineraría todo lo que contenía el búnker.

—El accidente del que estaban hablando en las noticias —dijo Jim.

—Exacto. La bomba tenía potencia suficiente como para vaporizar toda la materia orgánica y semiorgánica. Pero no tanta, en teoría, como para atravesar los dos

metros de grosor de las paredes exteriores. En caso de contaminación, debía convertir el lugar en un crematorio.

—Y sin embargo... aquí estamos, ocultándonos de los zombies —dijo Rayna.

—En efecto —dijo Sandoval—. Unas dos docenas de personas del centro Johnson tenían previsto asistir a la convención. Una de ellas, o puede que más, resultaron infectadas y trajeron la plaga a Houston. Sospecho que fue el coronel Oliver Cronin, el jefe de seguridad de la base, pero este dato no está confirmado.

—¿Qué traje llevaba? —preguntó Gary.

La digresión pareció divertir a Sandoval.

—El de Bele, del episodio de la serie original *Que ése sea su último campo de batalla*. Era un gran fan de la antigua serie de *Batman*.

—¿Bele, el personaje de *Star Trek*, era un gran fan de *Batman*? —preguntó Jim con impaciencia.

—No. El coronel Oliver Cronin, el jefe de seguridad de la base. El actor que hacía de El Joker en esa serie era...

—¡Ah! ¡Yo lo sé! ¡Frank Gorshin! —exclamó Gary.

—Exacto. Frank Gorshin interpretaba a El Joker, pero también a Bele. No era un disfraz muy complicado para el coronel. Lo único que tenía que hacer era pintarse la mitad de la cara de negro y la otra mitad de blanco, y conseguir un mono plateado.

—Recuerdo ese episodio —dijo Rayna—. Era sobre unos tíos que libraban una guerra racial interplanetaria. Uno de los grupos llevaba la mitad derecha de la cara negra y la otra mitad blanca, mientras que el otro grupo tenía los colores al revés.

—Una premisa cromática realmente tonta —comentó Gary—, rayana en la parodia.

—Sin embargo, a Gorshin lo nominaron a los Emmy por su papel —señaló Willy.

—Cosa absurda, debo decir —replicó Gary—. Nominaron al Emmy al tío que tenía la parte derecha negra, mientras que el que tenía de ese color la izquierda, que había hecho exactamente el mismo trabajo...

—Lou Antonio —dijo Willy.

—Sí, Lou «izquierda-negra» se quedó sin nada —concluyó Gary, indignado.

Sandoval trataba de seguir el hilo de la conversación con la cabeza ladeada, como un perro que ha oído un ruido extraño.

—Me temo que me he perdido un poco... —dijo.

Jim aspiró hondo y soltó el aire lentamente. Pensó en decirles a Willy y a Gary que cerraran el pico, pero al final decidió no hacerlo. Mejor que se centraran en el *currículum vitae* de Lou Antonio y no en los monstruos que los rodeaban.

—Estoy casi seguro de que el coronel Cronin llegó a la GulfCon —dijo Jim—. Esta tarde, nuestro jefe de seguridad recibió varias quejas sobre un mimo borracho. El tío andaba tambaleándose por ahí, aporreando las puertas. La policía se lo llevó, lo que quiere decir que seguramente infectó una comisaría entera él solito.

—Un espécimen sin otros problemas de salud siente los síntomas al cabo de tres o

cuatro horas desde la infección —dijo Sandoval—. El declive físico es muy rápido después de eso. La muerte se produce en un plazo de unas doce horas y la reanimación poco después. Si el sujeto infectado muere en el ataque inicial, la reanimación puede ser casi inmediata.

—¿Por qué? —preguntó Rayna.

—Es más fácil robar la casa si no hay nadie para defenderla —dijo Sandoval—. Además, los parásitos trabajan más deprisa en presencia de una fuente electromagnética. La «comida» los hace madurar más deprisa.

Jim suspiró. Nada de todo aquello servía para nada.

—Hay montones de cosas que no saben —dijo Rayna—. ¿No han tenido años para estudiar a esas criaturas?

—Responderé a su pregunta con otra —dijo Sandoval—. ¿Qué la atrajo inicialmente de *Star Trek*?

—Me parecía que Patrick Stewart estaba buenísimo —dijo Rayna.

—Bien. ¿Y sabe lo que me gustaba a mí? El inevitable momento en el que una horrible crisis amenazaba con destruir la nave y no parecía haber salida. Y entonces, de repente, en el último segundo, a Scotty, o a Geordi LaForge, o a B'Elanna Torre o al jefe O'Brien les cambiaba la mirada y soltaba una larga parrafada pseudocientífica sobre ventilar el plasma de las nacelas de salto o...

—... recalibrar los cristales de dilutio —continuó Willy.

—... expulsar el núcleo de salto —añadió Gary, de nuevo entusiasmado.

—Exacto —continuó Sandoval—. Y hacían esos cambios de inmediato, pulsando unos cuantos botones, y la cosa siempre funcionaba. Eso me encantaba. Me encantaba la idea de que, por muy grave que fuese la situación, siempre surgía una solución científica. Hasta McCoy participaba. Necesitaban un antídoto, o una vacuna para una nueva enfermedad, y la sintetizaba antes de que salieran los títulos de crédito, y encima le quedaba tiempo para charlar con Spock. Pero ahora que me he convertido en un científico de verdad, ¿quieren saber lo que he descubierto sobre la visión de la realidad de *Star Trek*?

—¿Qué? —preguntó Jim.

—Que solo funciona en *Star Trek*. En este continuo espaciotemporal, uno puede poner un montón de ordenadores y a las mejores mentes del mundo a trabajar en un problema sin encontrar una respuesta rápida. Puede tardar años. O decenas de años. Uno tiene que seguir insistiendo con el martillo hasta que se parte la nuez.

—No creo que tengamos tanto tiempo —dijo Leia.

—Exactamente. Y teniendo en cuenta lo que nos jugamos, se impone una solución más burda. Razón por la que tenemos que salir de aquí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jim.

—En este momento, un grupo de gente muy poderosa está tratando de impedir que la plaga se extienda. Y no van a abordar el problema como los científicos de la Federación. Se parecen más a los klingon. Utilizarán una estrategia de contención y

aniquilación. Houston está perdida. Acordonarán la zona y liquidarán a todo el mundo, sean supervivientes o infectados.

—Eso es muy fuerte —dijo Gary.

—El peligro es demasiado grande para hacer otra cosa. Si la infección se propaga, podría destruir el mundo entero. El gobierno rodeará la ciudad y puede que conceda un breve periodo de gracia a los humanos supervivientes para escapar. Después...

—Ay, mierda —dijo Jim—. Nos lanzarán una bomba nuclear.

—Supongo que utilizarán una bomba de fusión. Convertirá en pequeños cristales toda la zona. Es el único modo de estar seguros.

Se hizo el silencio en el cuarto. Ya nadie se acordaba de Lou Antonio.

—Yo pensaba que esos alienígenas se alimentaban de radiación —dijo Rayna.

—Sólo la de baja frecuencia —dijo Sandoval—. La radiación de alta energía que liberan las bombas atómicas, como los rayos gamma y otras parecidas, es tan letal para ellos como para nosotros. Sobre todo en sus formas actuales, más o menos orgánicas. Además, el impulso electromagnético producido por la explosión también podría ser desastroso para ellos. Las corrientes eléctricas pueden destruir las redes nerviosas que los unen a sus anfitriones.

—Eso explica por qué funcionan nuestros táseres —dijo Jim.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Rayna.

—Evacuar la zona —dijo Sandoval—. Es nuestra única esperanza.

—Destruir Houston para salvar el mundo —dijo Gary—. Supongo que los intereses de muchos pesan más que los de unos pocos.

—Sólo que no estamos hablando de unos pocos —dijo Jim—. Hay cinco o seis millones de personas en la zona de Houston. Es la cuarta ciudad más grande de Estados Unidos.

—No por mucho tiempo —añadió Sandoval.

—¿Cuándo atacarán? —preguntó Jim.

—Calculo que al amanecer —dijo Sandoval—. Esperarán a tener luz diurna para poder llevar a cabo una evaluación de daños.

—¿No puede ponerse en contacto con ellos y solicitar una extracción? —preguntó Jim.

—Ya lo he hecho, a través de un enlace por satélite pirateado. Es el único modo, teniendo en cuenta que Internet no funciona y los teléfonos móviles no tienen cobertura. Su respuesta fue descargar un gusano en mi ordenador que me frió el disco duro. Es el modo que tiene el gobierno decirme que soy prescindible.

—No, no lo es —dijo Jim—. Ninguno de nosotros lo es. Y menos un científico que comprende a esas criaturas. Tenemos que salir de aquí. Necesitamos vehículos.

—A mí no me miréis —dijo Leia—. Vine en taxi.

Jim se acercó a las ventanas y miró a la calle. Tenía una camioneta en el garaje del Botany Bay, pero no había espacio suficiente para todos.

—Lo que necesitamos es el minibús de Matt. Está en el garaje. No está lejos y

tiene sitio para todos nosotros.

—Te olvidas de que las llaves las tiene Matt —dijo Gary—. Tal vez podamos seguir su rastro y pedirle que nos lleve. Coño, incluso estoy dispuesto a ponerle gasolina otra vez.

Rayna le sonrió.

—Y tú te olvidas de que soy la timonel de la *Stockard*. —Sacó unas llaves de su bolsillo y se las arrojó a Jim—. Y de que, en mi calidad de tal, una de mis responsabilidades es custodiar el segundo juego de llaves.

—Genial —dijo Jim—. Ya tenemos nuestro vehículo. Ahora lo único que hay que hacer es llegar al garaje sin que los zombies nos hagan trizas.

—Sé positivo —dijo Rayna—. Las cosas podrían ir peor.

En ese momento, las luces se apagaron.

—¿Decías? —preguntó Jim.

LA MEDIDA DE UN HOMBRE

El grupo permaneció en silencio en la oscuridad, conteniendo la respiración, a la espera de que volviera la luz. Finalmente, Sandoval expresó en voz la desagradable pero evidente verdad:

—Ahora estamos aún más en desventaja. Los reanimados ven extremadamente bien en condiciones de escasa iluminación. Nosotros no.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Willy—. Los pasillos estarán totalmente a oscuras. No veremos a los zombies hasta que los tengamos encima.

—Las luces de emergencia del hotel se activan cuando se va la luz —dijo Jim—. Además, tenemos un par de linternas y nuestros táseres tienen leds.

—Si encendemos eso, será como si gritáramos: «Eh, aquí, venid a devorarnos» —dijo Gary—. Los atraerá como polillas. Como enormes y apestosas polillas devoradoras de carne...

—Ojalá pudiéramos esperar hasta el amanecer —dijo Leia—. Seguro que esas criaturas volvían a meterse en sus agujeros.

Jim miró a Sandoval. Éste sacudió la cabeza.

—La zona será un montón de cenizas para entonces —dijo.

—Pues entonces habrá que jugar con las cartas que nos han tocado —dijo Jim.

Consultó su reloj.

—Son las cuatro y media —dijo—. Debemos estar listos para irnos a las cinco ¿Alguna pregunta?

—Bueno... sí —dijo Willy—. ¿Cómo llegamos hasta el sótano?

—¿Qué tenemos que llevar? —preguntó Rayna.

—¿Quién lleva los táseres y quién las espadas? —preguntó Gary.

Jim estudió sus caras de preocupación. Había estado en situaciones parecidas antes. Sabía cuándo la gente necesitaba consejo, liderazgo y apoyo moral. Pero estaban mirando al tío equivocado.

—Eh, yo sólo soy el botones —dijo—. Conozco el hotel y puedo llevaros al garaje, pero no os prometo nada. Dejad de mirarme como si fuese una especie de Señor de Dahar.

Dicho esto, salió de la suite por la puerta interior que comunicaba con la habitación de Martock.

—¿Y eso? —dijo Gary a Rayna—. Yo creía que tu hermano era G.I. Joe.

—Yo hablaré con él —dijo Rayna.

Siguió a Jim a la suite de Martock. Se lo encontró mirando por la ventana, perfilado por la débil iluminación que se colaba desde el atrio.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Jim estaba observando el atrio. Podía distinguir el sillón en el que se había quedado dormido hacía una eternidad. El periódico estaba a su lado, pulcramente doblado. Pensó que quizá todo aquello fuese sólo un mal sueño. Puede que fuera una de esas malísimas películas de terror en las que el héroe despierta en los fotogramas finales y descubre que los noventa minutos anteriores han sido solamente una terrible pesadilla.

—Nada —respondió al fin—. Estaba revisando las luces de emergencia. No son muy potentes, pero sí lo bastante para que podamos ver.

—Bueno, si lo que pretendías era desmotivar a todo el mundo, has hecho un trabajo estupendo. Has conseguido que sentarse y esperar a que nos alcance la muerte parezca una buena idea.

—Puede que lo sea.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rayna.

—No llegaremos al sótano sin bajas —dijo—. Algunos de nosotros, puede que todos, moriremos.

—¿Por qué eres tan pesimista? —preguntó Rayna—. Bajamos, nos montamos en el minibús y nos largamos. Misión cumplida.

—Te has dejado algo. La parte en la que tenemos que esquivar o destruir a todos los cabronazos antropófagos que se interponen en nuestro camino. Si son demasiados, será como si nuestro minibús estuviera aparcado en Ceti Alfa V.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Quizá nada. Quizá deberíamos vaciar el minibar y ponernos pedos. Matarnos a beber antes de que nos maten a bombazos. Al menos sería indoloro.

—Menuda locura —dijo Rayna.

—Pues entonces no te va a gustar nada mi otra idea. Conseguimos que todos los demás se emborrachen y luego Leia, tú y yo intentamos llegar al garaje. Tendremos más posibilidades.

—Eso no es cierto —dijo Rayna—. ¿Te has olvidado de que a Gary se le ocurrió cómo ponerse en contacto con vosotros cuando estabais atrapados? ¿O de que Willy atrajo a los zombies mandando un ascensor a su piso? Sin ellos, lo más probable es que no estuviésemos aquí.

—Les estoy agradecido —dijo Jim—. Pero no son lo bastante fuertes para lo que nos espera. Nos ralentizarán. Podrían matarnos a todos por su culpa.

—Hay distintos tipos de fuerza, Jim —respondió su hermana.

—Sí, sí, sí. Infinita diversidad en infinitas combinaciones...

—¿Te acuerdas de eso?

—Por supuesto. Y también de algo que aprendí en el ejército: acepta la mierda. O sea, no te quejes de las cartas que te han tocado. Afronta la realidad. Sin perder un momento.

—Hay una parte de ti a la que le encanta esto —dijo Rayna, alzando la voz—. Por

fin estás de vuelta en tu elemento.

Jim lanzó a su hermana una mirada asesina.

—No hay ninguna parte de mí a la que le guste esto —dijo—. Porque me da la impresión de que sólo puedo elegir entre ver a mi hermana desintegrada en una explosión nuclear o destrozada por unos zombies.

—Tiene que haber otra salida —dijo Rayna—. Siempre la hay.

—La habría si esto fuese un episodio de *Star Trek*, pero no lo es. Esto es una película de zombies. Las reglas son distintas.

—A ver, ilumíname —dijo Rayna.

—En *Star Trek* siempre se trata de aplicar los elevados ideales de la Federación a situaciones complicadas —dijo Jim—. Por muy mal que estén las cosas, se supone que debes ceñirte a las normas de no-disparar-primero, no-contactar-con-culturaspre-salto y no-alterar-la-línea-temporal. Pero en el universo de los zombies, se trata de librarse de todo el lastre, todo aquello —la moralidad, el sentimentalismo o los débiles— que pueda impedir que veas el próximo amanecer. Porque, por impecable que sea tu comportamiento, nunca conseguirás que el otro lado vea las cosas a tu manera. No piensan. Sólo matan.

—No puedes renunciar a todo lo que te convierte en humano sólo porque haya una crisis —dijo Rayna—. Si el único modo de vencer a los zombies es imitarlos, no nos merecemos ganar.

—¿Quién dice que podemos ganar? ¿No has visto lo que está pasando ahí fuera? ¿Y si el resto del mundo está igual?

—¿Y si no es así? La cuestión es que no lo sabemos. El resto del planeta podría estar perfectamente. El único modo de averiguarlo es comprobarlo por nosotros mismos. Y eso no pasará si no levantas ese culo mórbido y llorón tuyo, y tomas el mando.

—Eso no va a pasar.

—Bueno, pues yo me voy. Lo único que tienes que decidir es si quieres ayudarme o no.

Jim estudió el rostro de su hermana.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —dijo.

—Ponme a prueba.

Jim miró a Rayna un momento más. Lo suficiente como para decidir que la creía.

—De acuerdo —dijo—. Iremos todos juntos. Supongo que no he logrado impresionarte con mi pesimismo.

—En absoluto —dijo Rayna—. Soy una *trekkie*. Nosotros no sabemos lo que es la desesperación.

Jim abrazó a su hermana con fuerza.

—Ten cuidado —dijo ella—. No me estropees el maquillaje.

—Será una broma, ¿no? A estas alturas, ¿a quién le importa?

—A mí —dijo Rayna—. Tardé mucho en ponérmelo. Y hasta la mañana del

lunes, cuando la GulfCon se haya clausurado oficialmente, soy una andoriana.

—A mí me parece que la GulfCon ya está bastante «clausurada».

—De eso nada —respondió Rayna, mirando a su hermano directamente a los ojos—. Para mí no.

Jim permaneció en la oscuridad un momento, observando cómo volvía su hermana a la suite que hacía esquina. De repente comprendió que su maquillaje azul era algo más que una fina capa de pigmento. Era un campo de fuerza que mantenía a raya los horrores que la rodeaban. Una burbuja de negación que le permitía seguir adelante mientras tantos otros —incluido él mismo— vacilaban.

Si ella podía hacerlo, tal vez otros también pudieran. Puede que una apelación a su *trekkismo* fuese lo único que hacía falta para convertirlos en algo parecido a una unidad de combate. O al menos una unidad lo bastante cohesionada como para tener alguna posibilidad de escapar con vida del centro de atrocidades Botany Bay.

Necesitaba una manera de unirlos.

Se acercó a un perchero con ruedas y comenzó a abrir las bolsas. Sacó el faser, pulsó el gatillo y examinó las prendas bajo su luz cálida y rojiza. Tras abrir la sexta bolsa sin encontrar nada de utilidad, comenzó a sentirse tonto. Entonces, en la séptima, encontró lo que quería.

Justo lo que quería.

Se quitó el uniforme del hotel, lo tiró al suelo y comenzó a cambiarse. Casi había terminado cuando entró Leia en el cuarto.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Meterme en el personaje. ¿Y tú, qué estás haciendo?

—Buscarte. Puede que ésta sea la última vez que disponemos de un rato a solas hasta dentro de mucho.

Leia se le acercó. Jim se había puesto el traje hasta la cintura.

—Hay una cosa que me estaba preguntando —dijo—. ¿Qué piensas de las relaciones entre distintas razas?

Jim tardó un momento en comprender lo que le estaba preguntando. Entonces sonrió.

—Voy a ser sincero contigo —dijo—. Tengo entendido que es bastante complicado conseguir que funcionen. Tú querrías ponerle al perro *Wicket* y yo *Worf*. ¿Dónde íbamos a encontrar un punto intermedio?

—Puede que aquí —dijo ella mientras se inclinaba hacia delante y lo besaba. Jim la atrajo hacia sí. Esta vez estaba preparado para saborearlo, y de nuevo, durante un breve instante, dejó de sentirse como si se encontrara en una película de zombies. No estaban en un videojuego ni en un episodio de *Star Trek*. Estaban en un sitio mucho mejor, mucho más real... pero sólo duró un instante. Leia interrumpió el abrazo.

—Tal vez podría funcionar —reconoció él—. Pero no lo sabremos con certeza hasta que salgamos de aquí. Y para ello, tenemos que motivar a la gente de la habitación de al lado.

—¿Y cómo?

—Dándoles lo que necesitan: un capitán.

—¡Por fin! —exclamó Leia.

—Por eso he decidido quitarme el uniforme del hotel.

—Eso no era un uniforme —dijo ella—. Era un disfraz. Era fingir que eres alguien que no eres.

Jim terminó de vestirse. La última prenda era una casaca dorada de capitán de la serie original.

—Mejor.

Leia le pasó una mano por el torso.

—Te sienta como un guante —dijo.

Jim dirigió la mirada hacia la puerta de la otra suite.

—Es hora de salvar la galaxia —dijo.

—No tendrás que hacerlo todo solo —dijo ella—. Si nos salvas, puede que nosotros te salvemos también a ti.

LA COLECCIÓN DE FIERAS, PARTE II

Cuando Jim y Leia volvieron a salir de la habitación de Martock eran casi las cinco en punto. No había tiempo que perder.

El nuevo uniforme surtió el efecto deseado.

—Hostia puta, capitán en el puente —dijo Willy.

—Escuchadme todos —dijo Jim—. Tenemos que ponernos en marcha, así que seré breve. En condiciones normales, plantearía la operación según los protocolos militares, pero como sois todos civiles, usaré un sistema con el que estáis más familiarizados: el de la Flota Estelar.

—Espera —lo interrumpió Gary—, ¿cómo es que te has convertido en el capitán? Dijiste que ni siquiera te gustaba *Star Trek*.

—Nunca he dicho que no me gustara —le recordó Jim—. He dicho que lo dejé atrás al crecer. Pero si vas a cuestionar mis credenciales frikis, esto se irá al garete. A ver, pregúntame lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —preguntó Gary—. ¿Eres consciente de que he ganado todos los concursos de preguntas sobre *Star Trek* en los que he participado?

—Lo que quieras —repitió Jim.

Gary lo pensó un momento.

—La prueba estará formada por tres preguntas —decidió—. Una fácil, una de dificultad media y una difícil. ¿Estás listo?

—Tenemos que darnos prisa —le recordó Jim.

—¿Qué instrumento musical toca Riker?

—El trombón.

—¿Cómo se llamaba la nave que mandaba Picard antes de ponerse a los mandos de la *Enterprise*?

—La *Stargazer*.

—Última pregunta: ¿en qué episodio dijo el capitán James T. Kirk las palabras «Transpórtame, Scotty» por primera vez?

Jim sintió ganas de echarse a reír. Había visto a muchos participantes en concursos como aquél fallar con esa pregunta.

—Es una pregunta trampa —respondió—. Kirk nunca dijo esas palabras. Mucha gente cree que sí pero, en realidad, no lo hizo.

Gary puso cara de asombro, pero rápidamente levantó los dedos en un respetuoso saludo.

—Tiene usted razón, capitán.

Jim miró a su alrededor.

—¿Alguien más quiere poner a prueba mis conocimientos sobre este universo?

Su tripulación se limitó a mirarlo, esperando órdenes.

—Muy bien —dijo—. Dejad que os informe sobre vuestra misión. A partir de este momento, quiero que os consideréis todos parte de un equipo de exploración en un planeta hostil. Nuestro trabajo, nuestra misión, es volver a la nave y regresar al espacio de la Federación. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

—No voy a andarme por las ramas. Si las cosas están tan mal como parece, es importante que salgamos de aquí e informemos de lo que está sucediendo. La supervivencia del doctor Sandoval, por sí sola, podría considerarse un éxito. Y somos los únicos que podemos conseguirlo.

—Porque somos la única nave del cuadrante —dijo Willy.

—Exacto —respondió Jim—. Yo asumiré el mando hasta el final de este viaje. Leia será mi primer oficial. Si me sucede algo, ella me reemplazará. Rayna es la consejera de la nave.

—Y timonel —añadió su hermana.

—Consejera-barra-timonel —dijo Jim—. Martock es el jefe de seguridad. El doctor Sandoval es nuestro oficial científico y el médico de a bordo.

—Joder, Jim, es exobiólogo, no doctor en medicina —dijo Gary.

—Nos servirá igual —dijo Jim—. Gary, necesito que seas mi segundo par de ojos para todo. Eso significa que eres el contramaestre.

—¡Contra! —exclamó Gary, y casi al instante se disculpó avergonzado—. Sí, ya sé que es una broma estúpida, perdón.

—¿Y yo? —preguntó Willy.

—Eres nuestra mascota —dijo Jim—. La mascota de la suerte.

—¿Y la mascota no podría responder a su nombre real? —dijo Leia—. Willy Makit me da mal rollo.

—No quiero cambiarlo —dijo Willy.

—No, Leia tiene razón —dijo Jim—. Tienes que librarte de ese alias, trae mala suerte.

Willy se puso tan colorado como su propia casaca.

—No lo entendéis —dijo—. Me llamo Kenny.

Leia lo miró sin entender.

—¿Qué tiene de malo Kenny? —preguntó—. ¿Kenny qué más?

—Palma. P-A-L-M-A.

El chico sacó la cartera y, con manos temblorosas, extrajo su carné de conducir. Leia se inclinó para leerla.

—La madre del cordero... —dijo—. Kenny Palma.

—Echadlo al pasillo —dijo Gary—. Yo no voy a ninguna parte con una diana ambulante.

—Olvidaos de esa gilipollez —dijo Jim con brusquedad—. En esta misión vamos

todos. Nadie se va a quedar atrás. Willy lo va a conseguir. Ahora, antes de que nos marchemos, necesito que alguien registre los minibares. Coged los caramelos y los frutos secos. Todo lo que tenga muchas calorías y poco volumen. No llevaremos nada que pueda retrasarnos. —Miró a Martock, que no había pronunciado palabra desde su llegada a la suite de Sandoval—. ¿Puedes encargarte tú?

—Lo siento —respondió Martock, meneando la cabeza—. Pero no voy con vosotros.

Se levantó, se acercó a la ventana y contempló la ciudad desde allí.

—Qué lástima —dijo Gary—. Ese tío nos vendría muy bien.

—No, él no —dijo Jim—. Pero sí el klingon que lleva dentro.

Se acercó a la ventana donde estaba Martock, contemplando la ciudad muerta con aire apático.

—¿Y qué pretendes hacer? —preguntó—. ¿Esperar a la bomba?

—No parece un mal plan —dijo Martock sin molestarse en mirarlo.

—No puedo permitirlo.

—¿Ah, no? Intenta impedírmelo.

Jim retrocedió un paso y plantó firmemente los pies en el suelo.

—Tu deshonor te hace débil —dijo.

Hubo un destello de auténtica furia en los ojos del klingon.

—Mira, Jim, no sé si te has dado cuenta, pero estamos bien jodidos. Si quieres salir ahí fuera a morir, adelante. Yo me quedaré aquí para morir.

Jim levantó la mano derecha y lo abofeteó.

—Cierra el pico —dijo—. No quiero oír tus lloriqueos. Sé que el tío que tiene un taller en Atlanta lo está pasando mal. Sé que ha perdido a su amiga. Pero también creo que, en algún lugar de tu interior, Martock sigue ahí. Y quiere venganza.

El klingon se frotó la mejilla con una mano embutida en cuero. Miró a Jim como si fuese un insecto especialmente molesto.

—He acabado con esa mierda —dijo.

—¡No, de eso nada! —respondió Jim a gritos—. Eres un experto fabricante de armas y el segundo en el mando del ave de presa *Plank’Nar*. Porque eso es lo que necesitamos que seas ahora mismo. ¿Entiendes? Necesito un klingon a quien le dé igual vivir o morir mientras pueda cargarse un montón de zombies para presumir ante Karen en Sto’Vo’Kor. Eso es lo que ella habría querido, ¿no? Que lucharas, en lugar de rendirte.

Miró fijamente a Martock.

«Vamos, gigantesco cabronazo —pensó—. Necesito que entres en el juego.»

Martock le devolvió la mirada. Entonces, para inmenso alivio de Jim, su boca se abrió en una sonrisa de colmillos afilados.

—Hablas con sabiduría, humano —dijo—. Más vale morir como un klingon que vivir como un cobarde.

—Exacto —dijo Jim—. Y ahora, arma a estos pobres civiles y prepáralos para la

batalla.

—Con placer —dijo Martock—. Será algo glorioso.

Dio unas palmadas a Jim en el hombro.

—Y si vuelves a abofetearme, te mato en el acto.

Jim sonrió.

—No esperaba menos.

A las cinco menos cinco, el equipo estaba bien armado y todo lo preparado que podría llegar a estar. Jim llevaba su fiable *kar'takin* y la Glock. Pasó la funda del táser a Leia, que llevaba dos cargadores de dardos extra además de su *lirpa*. Rayna llevaba el espray antivioladores en el cinto, además de un táser. Gary y Willy tenían sendos *yans*. Martock empuñaba su *bat'leth* personal. Sandoval un táser.

«Hora de pasar a código rojo», pensó Jim.

Observó el pasillo por la mirilla. Desde su posición se podía ver la salida de incendios del oeste. No había ningún zombie que les cortara el paso. Sería una carrera de treinta segundos.

—Escuchad —dijo—. Salimos dentro de tres minutos. Cuando abra esta puerta, no quiero oír a nadie. Si tenéis que decir algo, susurrad. Sé que tenemos armas, pero los zombies cuentan con superioridad numérica. No queremos una batalla. ¿Entendido?

Los miembros de su tripulación asintieron. Jim estudió sus caras. Había muchas más cosas que quería que supieran. Pero no había tiempo.

—Iremos por este orden: Leia y yo, seguidos por Rayna y Gary. Luego Martock, Sandoval y Willy. No os separéis. Permaneced con vuestro compañero de apocalipsis en todo momento. ¿Entendido?

Todos asintieron. Jim podía sentir cómo ascendía la tensión.

—No os paréis. No dejéis que os rodeen. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué pasa con Matt? —dijo Gary—. ¿Y si nos encontramos con él?

Jim dio unas palmaditas a la Glock.

—Espero que lo hagamos —dijo—. Pero dudo que tengamos tanta suerte. Apuesto algo a que en este mismo momento está siendo procesado en el tracto intestinal de un zombie.

Sandoval consultó su reloj.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo—. Una vez que lleguemos al vehículo, tendremos que alejarnos bastante de la ciudad para ponernos a salvo antes de la explosión.

—Ya lo habéis oído —dijo Jim—. Preparaos para el transporte.

EL ADVERSARIO

Matt, sentado en una suite del segundo piso, observaba cómo se congregaban los zombies justo debajo de su ventana. Caminaban lentamente por el atrio, separados entre sí por tres metros exactos. Incluso cuando se movían en direcciones aparentemente aleatorias, mantenían siempre la misma distancia. Era el modo perfecto, comprendió Matt, de peinar la zona, de asegurarse de que ninguna criatura viva pasaba entre ellos sin ser detectada. Se movían con la misma precisión matemática que exhibe una bandada de aves o un banco de peces. La red era de un diseño gloriosamente sofisticado.

Se apoyó en el marco de la ventana con la mano izquierda. Su mano derecha —su nueva mano derecha— descansaba sobre su cadera.

Había sido un regalo de sus nuevos benefactores. Matt no utilizaba la palabra «infección» para describir lo sucedido. El término era demasiado tosco para definir semejante milagro.

«Unión» parecía más apropiado.

Había dado la bienvenida a bordo a los visitantes y ellos, a cambio, le habían hecho más fuerte. Y más inteligente. Y le habían dado una mano nueva. O más bien, algo mejor.

«Matt 2.0», pensó mientras levantaba su brazo para admirar su nueva forma.

Al final de su muñeca sobresalía una confusa masa de tentáculos. En un primer momento le había dado la impresión de que tenían mente propia y se retorcían sin que él interviniera para nada. Pero pronto aprendió a dominarlos. Podían coger cosas. Podían entrelazarse y formar un puño duro como la piedra para pelear. Podían extenderse como látigos hasta un metro en cualquier dirección.

Había recibido aquel regalo al poco de escapar de Jim y de los traidores de su tripulación. Tras huir al segundo piso, se había refugiado en una suite situada justo debajo de la anterior. Tuvo que sacar a un par de zombies para conseguirlo, arrojándolos al pasillo antes de darles con la puerta en las ensangrentadas narices.

Una vez dentro, inspeccionó el muñón. No sentía dolor y a penas sangraba. Era intrigante, porque se trataba de una herida muy seria. El viejo Matt —la persona que había sido hasta hacía escasas horas— se habría desvanecido a causa del trauma. Puede que hasta hubiera muerto desangrado.

Pero el nuevo Matt no lo hizo. Lo que hizo fue buscar el microondas de la habitación. Usó la mano que le quedaba para romper de un puñetazo el cristal a prueba de radiación de la puerta. Luego colocó varios vasos de agua dentro para impedir que se formaran arcos voltaicos dentro de la máquina, cerró la compuerta y la

programó para funcionar una hora a máxima potencia. Por último, cogió una silla y se sentó a menos de medio metro de la zumbante máquina.

Pensó que estaba recibiendo una importante dosis de microondas. Posiblemente más de las saludables para un ser humano.

Pero entonces se acordó de que la fragilidad humana ya no era un problema del que tuviera que preocuparse.

El horno se apagó cinco minutos antes de que se fuese la luz del hotel. Matt no podía asegurarlo, pero tenía la sensación de que las microondas le habían sentado bien... o, en realidad, les habían sentado bien a sus nuevos amigos.

No supo cuánto hasta que levantó el brazo derecho y vio lo que había brotado allí. Era su recompensa por ayudarlos.

Y también supo que era el primer paso en un camino de cambios aún mayores.

La idea no lo amilanó. Las emociones, al menos las humanas, no tenían apenas poder sobre él. Sólo lo alteraban los estímulos más fuertes, como la idea de matar a Jim. O también, la de cobrarse venganza de la zorra que le había cercenado su mano original. Al pensar en lo que podía hacerle a esa puta aparecían en su cabeza toda clase de fantasías en technicolor, teñidas todas ellas de tonos carmesí.

De repente, sintió el hormigueo de un impulso en el fondo de su mente. No pudo comprender la totalidad de sus sutilezas, pero sí su sentido general. Tenía que irse. Las criaturas que compartían su mente creían que era hora de moverse. Se avecinaba un peligro. Matt tenía que llegar a un lugar seguro.

Y sabía cómo hacerlo.

Su nave lo esperaba en el garaje.

LA LLEGADA DEL APOCALIPSIS

La escalera estaba iluminada con luces de emergencia en todos los rellanos y recodos. La misión comenzó sin contratiempos. No había zombies en el rellano del sexto piso ni en el del quinto.

—Quizá podremos bajar tan tranquilamente hasta el sótano... —dijo Rayna.

Un momento después, ascendió un solitario gemido por la escalera.

—Te ordeno que dejes de hacer comentarios optimistas —dijo Jim—. Cada vez que lo hace pasa algo malo.

—Entendido —dijo Rayna.

Jim siguió bajando la escalera hasta que apareció ante sus ojos el rellano del cuarto y entonces se detuvo. Un solitario muerto viviente caminaba allí de un lado a otro.

—Yo me encargo —susurró.

—No —dijo Gary—. Deja que lo haga yo. Tengo que practicar.

Jim pensó en la petición. Tenía parte de razón.

—Muy bien —dijo—. Martock, ¿quieres respaldarlo?

—Será un honor —respondió el klingon.

—No necesito ayuda —dijo Gary.

—Matt será tu segundo, como en un duelo —dijo Jim—. Puede aconsejarte. Vamos, manos a la obra.

Gary y Martock bajaron la escalera sin molestarse en ser sigilosos.

El zombie, con el ojo alienígena en plena frente, se abalanzó sobre Gary. Este levantó el *yan* y golpeó con todas sus fuerzas al devorador de carne en el cuello. La hoja se encontró con su columna vertebral y quedó allí trabada. Gary, presa del pánico, trató de sacarla de un tirón.

—¡Esta espada es una mierda! —exclamó—. ¿Cómo diablos se supone que se mata con esta cosa?

Martock dio un paso al frente, agarró con calma la empuñadura del arma y luego propinó una patada al zombie en el centro del pecho. La hoja salió libre y la criatura cayó al suelo de espaldas.

—Tienes que usar más la muñeca en tus ataques —dijo Martock mientras se lo demostraba con un gesto—. Eso aumentará la potencia de tus golpes.

Le devolvió el arma a Gary mientras el zombie se ponía lentamente en pie y volvía a avanzar. La cabeza le colgaba a un lado, con las partes interiores de su garganta a la vista como consecuencia del primer golpe de Gary. Éste adoptó una posición marcial y volvió a golpear. Esta vez el *yan* cortó limpiamente y la cabeza

salió despedida.

Los espectadores, desde la escalera, aplaudieron en silencio. Gary se volvió hacia ellos y se inclinó.

—No te lo creas mucho —dijo Leia—. Quedan muchos más en el sitio de donde salió ese.

En el siguiente piso encontraron tres más. Para abreviar las cosas, Jim acabó con dos de ellos mientras Leia avanzaba con su *lirpa* y segaba la parte superior del cráneo de uno de ellos de un preciso mandoble.

Después del golpe, vio que Gary le estaba sacando fotos con el móvil.

—Para mi Facebook —le explicó él.

Sandoval consultó su reloj. Ya eran las cinco y cuarto.

—Estamos tardando demasiado —dijo—. Tenemos que darnos prisa.

En ese momento, un gemido ascendió flotando por la escalera. Seguido por otro. Y por otro.

El grupo bajó lentamente hasta que apareció el rellano a la vista.

—Mierda —dijo Martock.

—Esto no es culpa mía —dijo Rayna—. No he hecho un solo comentario positivo.

Jim bajó la mirada hacia allí, desconcertado por un momento. Era una pesadilla hecha realidad. El rellano albergaba a unos quince zombies, apilados como pasajeros en un tren. Y la puerta de incendios estaba abierta, bloqueada por un torso mordisqueado, sin piernas y sin miembros. Llevaba una sudadera de Wesley Crusher.

Gary gimió por lo bajo.

—Ahora no, Wesley.

La mente de Jim volaba. El mejor modo de hacerlo sería quedarse en la escalera e irlos matando mientras avanzaban. Pero una puerta abierta significaba un suministro interminable de zombies nuevos. Lo que significaba tener que acabar con todos los del piso. Para cuando acabaran, sólo les quedaría tiempo para ver cómo caía sobre ellos un ataque nuclear.

—Martock, Leia y Gary, bajad ahí y llamad su atención —dijo—. Quedaos en los dos últimos escalones y acabad con ellos a medida que se aproximen.

Los tres aludidos bajaron hasta los dos últimos peldaños y formaron allí una línea. Los zombies reaccionaron con un coro de gemidos. Jim esperó hasta que se hubieron apartado de la puerta con sus andares vacilantes.

Miró el siguiente tramo de escalera por encima de la barandilla. Eran unos cuatro metros de caída. Era esencial aterrizar bien. No podía permitirse el lujo de torcerse o romperse el tobillo.

—¿Qué estás planeando? —preguntó Rayna mientras miraba a su hermano con nerviosismo.

—Algo realmente estúpido.

Entonces se subió a la barandilla y desde allí se dejó caer sobre la escalera del

otro lado. Milagrosamente logró plantar limpiamente los dos pies sobre un mismo escalón. Pero entonces estuvo a punto de caer hacia atrás. Sólo varios y embarazosos segundos sacudiendo los brazos lo salvaron del desastre.

Una vez recuperado el equilibrio, volvió a subir al rellano. Usó su *kar'takin* para cortarles la cabeza a los dos últimos zombies que avanzaban hacia la escalera. Luego corrió hasta la puerta, apartó a Wesley Crusher con la hoja del arma y cerró. Aún quedaba media docena de zombies en la escalera, pero entre Leia, Matt y Gary acabaron fácilmente con ellos. Jim se apoyó la espada en el hombro y los observó mientras lo hacían. La última criatura era un hombre alto y delgado con un uniforme de *La nueva generación*, que trataba en vano de trepar sobre los cuerpos de sus camaradas.

Martock, impaciente, bajó al último escalón y trazó un amplio arco con su *bat'leth* que terminó en el cráneo del último monstruo. La punta alcanzó su objetivo y el zombie se desplomó.

—¡*Kapla!* —exclamó el klingon mientras alzaba el arma por encima de su cabeza.

No se fijó en que uno de los zombies amontonados en el suelo no estaba muerto. Sólo inmovilizado por el peso de los cadáveres que tenía encima. Mientras Martock celebraba su triunfo, el zombie logró zafarse, le agarró la pierna derecha y le clavó los dientes en la bota.

—¡*Khest'n!* —chilló Martock mientras retrocedía.

De una patada en la cara, logró quitarse al zombie de encima. Gary golpeó al monstruo en la cabeza con su *yan*.

Jim lo había visto todo. Corrió hacia la escalera y abrió un pasillo apartando los cuerpos.

—¿Te ha mordido la carne? —preguntó.

Martock se quitó la bota y se examinó la pierna. Lo mismo hicieron Leia y Sandoval.

—No pasa nada —dijo—. No ha atravesado el cuero.

Leia asintió.

Martock se echó a reír.

—Hay que seguir moviéndose —dijo Jim—. Se nos agota el tiempo.

Martock se puso de nuevo la bota y volvió con los demás. El grupo bajó hasta el rellano del primer piso. Estaba vacío. A continuación bajaron hasta el sótano del garaje. Era más oscuro y mugriento, y apestaba a diesel, pero no tenía zombies.

—Aquí estamos —dijo Jim mientras se acercaba a la puerta—. Habéis hecho un buen trabajo, todos.

Era un milagro, pensó. Habían conseguido llegar hasta allí sin bajas y sin encontrar apenas resistencia. Las cosas empezaban a tener buen aspecto. O al menos tan bueno como era posible en un sitio gobernado por los muertos.

Entreabrió ligeramente la puerta del garaje. Leia y Rayna se colocaron a su lado.

—¿Qué ves? —le preguntaron.

«Oh, Dios», pensó Jim.

Cerró la puerta. Luego se sentó en el suelo.

—¿Qué hay ahí fuera? —preguntó Leia.

—Borg —dijo Jim—. Un buen puñado de borg de piel gris, con sus correspondientes trajes.

—¿Cuántos? —preguntó Rayna.

—Yo diría que el colectivo entero.

Miró su reloj. Faltaba menos de una hora para el amanecer.

—Y sólo tenemos cinco minutos para abrirnos paso entre ellos.

A MUERTE

Leia, Rayna y los demás se turnaron para asomarse por la puerta. Vieron un mar de zombies disfrazados de borgs que caminaban sin objetivo entre los coches, las camionetas y los autobuses. En la distancia descansaba la *Stockard*.

—¿Me he vuelto loco —preguntó Willy— o uno de ellos lleva un trombón?

—Son músicos —respondió Martock—. Estaban en el programa.

—¿Qué programa?

—El de la GulfCon. Son una banda de instrumentos de metal llamados Los Setenta y Siete Trom-borgs.

—¿Son setenta y siete?

—De hecho, son más de cien —dijo Martock—. Alguien en su autobús debió de infectarse. Nunca llegaron a salir de aquí.

—No podemos dejar que nos retrasen —dijo Sandoval.

—Así es como lo vamos a hacer —replicó Jim—. Vosotros vais a por el vehículo. Martock, Gary y Leia, no os separéis de Rayna. Tiene las llaves y sabe manejar ese trasto. Sandoval y Willy, los seguís. Llegáis hasta allí, os subís a bordo y salís de aquí. ¿Entendido?

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó Leia.

—Yo voy a atraerlos.

—Y una mierda —dijo Rayna.

—En este piso hay una estación de carga para los cochecitos del campo de golf. Mi amigo Dexter los usaba para hacer las rondas nocturnas, para comprobar los tickets de aparcamiento de los vehículos. —Les explicó que su plan era coger uno de los cochecitos e ir con él hasta el otro extremo del garaje. Con un poco de suerte, atraería a los borg hasta allí—. Cuando el camino esté despejado, dirigíos al vehículo. Luego yo me reuniré con vosotros en el cochecito.

—Qué gilipollez —dijo Leia.

—Es nuestra única posibilidad.

—Pues entonces voy contigo —replicó la princesa.

—Necesito que te quedes con mi hermana. Luego, si todavía quieres dar un paseo en un carrito de golf, veré lo que puedo hacer.

—Está decidido —dijo Sandoval—. Pero tenemos que apresurarnos.

Jim besó a Leia en la mejilla.

—Como te maten, no vuelvo a dirigirte la palabra —dijo ella.

—Entendido —respondió Jim—. Esperad hasta que se pongan en movimiento y luego salid.

Abrió la puerta y salió. El zombie más próximo lo vio al instante y emitió un gemido que alertó a los demás. Jim alimentó su excitación saltando y agitando los brazos.

—¡Vamos, cabrones cibernéticos! —gritó—. ¡Tengo algo que podéis asimilar!

El eco de sus palabras rebotó en los muros de cemento del garaje. Los zombies borg fueron tras él con toda la rapidez que les permitían sus necrotizados miembros.

Jim se desvió hacia su izquierda, donde había varias hileras de coches y camionetas. Quería jugar a una especie de *Pac-Man* de tamaño natural con los muertos vivientes.

Un borg salió de detrás de un Chevrolet Tahoe. Jim le abrió la cabeza con el *kar'takin*. Pasó junto a otro mientras se adentraba en las filas de coches. Sólo se detuvo el tiempo justo para sacarle el tercer ojo.

—¡Espera! —gritó detrás de él una voz aguda.

Al volverse, vio que Willy lo perseguía.

—¿Qué haces? —preguntó—. ¿Por qué no estás con los demás?

—Pensé que te vendría bien un poco de ayuda. Puedo ir como copiloto en el cochecito de golf.

—No hay ningún cochecito de golf —dijo Jim—. Me lo he inventado.

Willy estaba estupefacto.

—Y entonces, ¿cómo vas a volver al minibús?

—No voy a volver al minibús —le explicó Jim mientras levantaba la Glock—. Voy a atraerlos a un rincón y luego voy a usar esto conmigo mismo.

—¿Una misión suicida? —dijo Willy con gesto descompuesto—. Cómo no...

Los interrumpió un fuerte y continuo gemir. Los borg se acercaban. Avanzaban entre los coches como una marea.

—No se lo pongamos fácil —dijo Jim—. Ve tú por ahí, yo iré por este lado.

—Ha sido un placer conocerte —dijo Willy.

—Lo mismo digo, chaval. Puede que Martock escriba una canción de guerra klingon sobre nosotros.

Los borg se encontraban a menos de siete metros cuando se separaron y se alejaron en dos grupos distintos.

Jim brincaba y se movía entre las hileras de coches, con la intención de dificultarles las cosas lo máximo posible a sus torpes perseguidores. Lo hizo con tanta eficacia y logró alejar tanto a sus perseguidores que comenzó a pensar que quizá, sólo quizá, pudiera llegar al *Stockard*.

Entonces, al doblar una esquina, se encontró cara a cara con más de una docena de zombies.

Decapitó al primero. Luego al segundo. Pero eran demasiados. Por cada uno que destruía, aparecían dos o tres más.

Retrocedió entre los coches. Un zombie le cortó la retirada. Lo abrió en canal. Otro ocupó su lugar. Estaba atrapado entre una furgoneta y una camioneta con una

caja de carga descubierta. Se subió a la caja de la camioneta y desde allí al techo de la cabina. De momento estaba a salvo. A salvo pero rodeado.

Trató de localizar el minibús, pero un autocar le tapaba la vista.

Al poco tiempo, la masa de borg que rodeaba el vehículo tenía cuatro filas de profundidad. La camioneta se balanceaba por la fuerza de su impulso. A Jim le costaba mantenerse en pie.

Los brazos de los zombies más cercanos arañaban el techo, tratando de agarrar sus pies. Jim pensó en usar el *kar'takin*, pero temía que el movimiento lo hiciera caer.

«Se acabó», pensó.

En ese momento recordó la Glock. Ya casi era hora de utilizarla.

Se preguntó si a Willy le habría ido mejor.

Sacó el arma. Cuando estaba a punto de amartillarla, oyó el chirrido de unos neumáticos. Y entonces vio, con inmenso alivio, que a Willy, en efecto, le había ido mejor. Mucho, mucho mejor.

Un Hummer H2 de color negro estaba en aquel momento girando en dirección a él, con las largas encendidas, y Willy iba al volante, tocando el claxon. Los zombies, alterados por las potentes luces, se apartaron de la camioneta. Jim saltó sobre el capó del Hummer y luego se subió a cuatro patas al techo. No había tiempo de meterse dentro. Simplemente, se agarró a las barras superiores.

—¿De dónde coño has sacado este trasto? —gritó.

—De la zona reservada —respondió Willy con otro grito—. Pensé en coger el Maserati, pero éste me parecía...

—¡Déjalo y dale! —exclamó Jim—. ¡Dale, dale, dale!

Willy pisó a fondo y el Hummer se puso en movimiento con un chirrido de los neumáticos. Chocó con una hilera de borgs y pasó sobre los instrumentos de metal y los cuerpos caídos, dejando tras de sí un rastro de huellas de neumático de color carmesí.

QUE ÉSE SEA EL ÚLTIMO CAMPO DE BATALLA

Aunque pareciera increíble, la distracción de Jim había funcionado a las mil maravillas. Casi todos los borg se habían ido tras él. Sólo quedaba un puñado cuando Leia, Rayna, Martock, Gary y Sandoval salieron de la escalera.

—Vamos a conseguirlo —dijo Gary.

—No hables y no te relajes —dijo Leia—. Esto aún no ha terminado.

Los pocos borg que se habían quedado los vieron y comenzaron a acercarse a ellos tambaleándose. Martock decapitó al primero de un solo tajo de su *bat'leth*. Leia acabó con el siguiente con una estocada de su *lirpa*.

Un borg con un corno francés se interpuso en su camino.

—Me toca —dijo Gary.

Despachó al tercer zombie de un tajo en el pecho que cortó limpiamente en dos su tercer ojo.

El minibús se encontraba a quince metros. Parecía intacto.

Rayna sacó las llaves del bolsillo, pero entonces se le cayeron al suelo.

Se inclinó y las recogió. Al hacerlo, vio que los seguían más borg. Y más aún se acercaban desde la dirección en la que se había alejado Jim.

—Están volviendo —dijo a Leia—. ¿Crees que eso significa que...?

—Ve al puto minibús —repuso Leia—. Daremos una vuelta por el garaje para recoger a Jim.

Corrieron los últimos metros hasta el costado de la *Stockard*. Sandoval, Gary y Martock adoptaron posiciones defensivas cerca de la puerta. Rayna abrió y metió la cabeza.

El vehículo estaba a oscuras y parecía vacío.

—Pinta bien —dijo—. Creo que...

Antes de Rayna pudiera terminar la frase —antes de que pudiera hacer nada— Matt saltó desde el techo del minibús y cayó delante de Leia. En la mano parecía llevar un enorme pulpo rojo.

El pulpo agarró a Leia por el cuello. Los tentáculos se enroscaron alrededor de su garganta como cables de acero. Matt la levantó del suelo y la arrojó a un lado. Al caer, Leia se golpeó la cabeza contra el suelo de cemento.

—Lo siento, princesa —dijo él—, pero la GulfCon es un evento exclusivo de *Star Trek*.

De detrás de la espalda, sacó su *bat'leth* hecho a medida.

—He encontrado esta preciosa arma en el suelo de un baño —dijo—. Más vale tarde que nunca, ¿no?

Rayna levantó el táser y disparó.

Matt desvió los dardos con el arma. Gary utilizó el momento para cargar con su *yan*, pero no fue lo bastante rápido. Matt paró el golpe y luego, con velocidad sobrehumana, usó su propia arma para asestarle un tajo desde el cuello a la cadera.

—¡No! —chilló Rayna mientras Gary se desplomaba con una expresión de profundo desconcierto en la cara.

—Se acabó el juego, horta —dijo Matt—. Me temo que tu nombre no va a salir en las tablas de clasificación.

Rayna corrió junto a Gary, pero no había nada que hacer. Le puso las manos en los ojos y le cerró los párpados.

—Velocidad de curvatura —susurró.

Martock se lanzó a la carga, con su propio *bat'leth* en alto.

—¡Vas a probar mi acero, *petaQ*! —rugió.

—Prueba esto —respondió Matt.

Su *bat'leth* segó el aire a velocidad sobrehumana, pero Martock logró parar el golpe.

—¡Impresionante! —dijo Matt—. Ya tenía ganas de probar esta cosa contra un rival de verdad.

Volvió a atacar. Martock bloqueó el golpe y contraatacó. Matt esquivó hábilmente su ataque. Era más fuerte y más rápido, pero Martock llegaba más lejos con sus golpes y tenía mucha más experiencia. No era una pelea justa, pero al menos era una pelea.

Mientras intercambiaban golpes, Rayna se acercó a Leia.

—¿Estás bien? —preguntó.

Leia buscaba a tientas a su alrededor, tratando de encontrar su *lira*.

—Martock necesita ayuda.

—Te van a matar —dijo.

Sandoval llegó a su lado.

—Vienen más borg —dijo—. Tenemos que subirnos al vehículo ahora mismo.

Rayna agarró a Leia del brazo derecho y la ayudó a levantarse. Con la ayuda de Sandoval, pudo llevar a Leia hasta el minibús. Estaban en la puerta, tratando aún de conseguir que Leia cooperara, cuando cesó el entorchocar de los *bat'leths*.

Miraron hacia allí en el mismo instante en que Matt decapitaba al klingon de un último y triunfante tajo.

—¡Eh, no os olvidéis de vuestro amigo! —les gritó. Agarró la cabeza de Martock por el cabello y se la arrojó. Pasó a escasos centímetros antes de hacer añicos el parabrisas de un VW Jetta.

—Sube a bordo —suplicó Rayna—. Que viene.

—No —dijo Leia.

Cogió el spray antivioladores del cinto del traje de Rayna.

Matt cargó hacia ellos.

—¡No os vayáis aún, chicos! El concurso de preguntas comienza después del desayuno. ¡Ahora que no está Gary, puede ganar cualquiera!

Agarró a Rayna del hombro y le dio la vuelta. Ella le quitó las gafas de un bofetón y se apartó de un salto. Leia se levantó, agarró el uniforme dorado de comodoro por el cuello, le puso el espray delante de los ojos y lo roció.

El chillido proferido por Matt fue una justa recompensa por el puñetazo con el que él volvió a tirarla al suelo.

Matt gritaba sin cesar, mientras se movía en círculos, frotándose los ojos

—¡Sucia *patagh*! —chilló—. Te voy a...

No llegó a terminar la frase. Willy cayó sobre él con el Hummer, con Jim aún tendido sobre el techo. El enorme vehículo embistió a Matt a toda velocidad y lo lanzó por los aires. Su cuerpo se estrelló contra un lado de la *Stockard*.

Jim se bajó del Hummer. Quedó paralizado un instante al ver los cuerpos de Gary y Matt en el suelo, y luego señaló a los borg que se aproximaban.

—Encárgate de ellos —dijo a Willy—. Yo me ocupo de Octopussy.

—Afirmativo —respondió Willy mientras metía la marcha atrás y embestía a otro grupo de muertos vivientes. Mientras tanto, Jim se preparaba para enfrentarse a Matt de una vez para siempre.

Se encaminó al minibús con el *kar'takin* en la mano izquierda y la Glock en la derecha. Rayna y Sandoval estaban arrodillados junto a Leia. La princesa estaba herida, pero seguía tratando de levantarse.

Matt se levantó lentamente.

—Se acabó la *marchuqui*, cabronazo.

Lo apuntó con la Glock y le metió tres tiros en el pecho.

El impacto volvió a lanzar a Matt contra el minibús. Jim esperó a que se desplomara.

En lugar de hacerlo, Matt se echó a reír.

—Estoy empezando a aborrecer esa arma —dijo.

Levantó su brazo derecho y mostró su nueva mano en toda su gloria. Los tentáculos restallaron como un látigo y le arrebataron el arma a Jim.

—He adquirido algunos poderes desde la última vez que nos vimos —le explicó—. Las balas ya no me hacen nada. He desarrollado un factor de regeneración súper rápido que deja en ridículo el de Lobezno.

Jim observó mientras la monstruosidad con tentáculos que Matt tenía al final del brazo exploraba hasta el último centímetro de la Glock. Entonces, con rapidez y habilidad, la desmontó. Las piezas cayeron al suelo ruidosamente.

—Estás infectado —dijo Jim—. Eres uno de ellos.

Matt se echó a reír.

—Créeme, soy algo mucho más complejo. Compararme a mí con los zombies es como comparar *Star Trek* con la antigua serie de *Flash Gordon* en blanco y negro.

Jim levantó su *kar'takin*, adoptó una posición defensiva y se preparó para la

acción.

—¿Y qué eres, entonces?

Matt extendió su brazo derecho en dirección a su propio *bat'leth*, que le había arrebatado de las manos la colisión con el Hummer. Uno de los tentáculos se extendió hacia él con la velocidad de un dardo, lo agarró y se lo llevó.

—¿No es evidente? Soy una nueva serie. Piensa en la raza humana como en un antiguo programa de televisión. Ha tenido mucho éxito, pero comienza a estar agotado. Así que lo revives insuflándole sangre nueva y empezando desde cero.

—¿Y la sangre nueva eres tú?

—No, ellos. Los milagros que llevo dentro. Nacieron hace mucho tiempo, en los abismos del espacio. Y están por todas partes, flotando de estrella en estrella, buscando planetas en los que arraigar. Ahora han llegado a la Tierra. Los zombies fueron su primer y tosco intento de adaptarse a nuestra biosfera. Son un fracaso. Pero yo... nosotros, somos la versión mejorada. Lo mejor de ellos combinado con lo mejor de mí.

—Parece que formáis un gran equipo —dijo Jim—. Un parásito grotesco y sediento de sangre... y un alienígena espacial.

—No esperaba que lo comprendieras. No puedes imaginar las cosas que se me han mostrado. Entre mi simbiote y yo, juntos, somos mucho más de lo que podríamos haber sido por separado.

—Eso ya lo veo —dijo Jim, mirando sus tentáculos—. Y si es tan maravilloso, ¿por qué no te han dado una nueva mano humana, en lugar de... eso?

—Porque ya no soy humano. Estoy transformándome en algo mejor. El miedo y la aprensión que podría inspirar en un humano tal metamorfosis han desaparecido. Gracias al simbiote.

—Ya veo —dijo Jim—. De modo que no sólo te están dando cosas. También te están quitando otras.

—Yo no lo expresaría de manera tan burda. Es un trato más que justo.

—Lo que tú digas. Al menos no te han dado uno de esos ojos tan horribles.

Matt esbozó una sonrisa cruel y extendió su nueva mano en dirección a Jim. Los tentáculos se abrieron como una flor y revelaron un ojo de pupila roja en su centro.

—Mírame, Jim. Mira a tu comodoro. Respeta la cadena de mando.

Jim combatió el impulso de establecer contacto visual.

—¿Sabes? —dijo—. Realmente acertaste al venir como comodoro este fin de semana.

—¿Y eso por qué?

—Porque todos los comodoros que intentaron imponer su rango al capitán Kirk eran unos capullos.

Una expresión de furia cruzó el rostro de Matt. La distracción dio a Leia, que se había puesto en pie, el tiempo que necesitaba para recoger su *lirpa*. La arrojó como una lanza contra la cabeza de Matt.

Iba bien dirigida. Pero Matt percibió el peligro en el último segundo. Su brazo derecho restalló como un látigo. Los tentáculos atraparon el arma en vuelo. Por un instante permaneció así, con el miembro totalmente extendido.

Era la oportunidad que necesitaba Jim. Levantó el *kar'takin* y golpeó con todas sus fuerzas el codo de Matt. El tajo cercenó el miembro alienígena y el ojo con él.

Matt se desmoronó al instante, como si quienquiera que manejaba su mando lo hubiera soltado. «Sí», pensó Jim mientras pinchaba el cuerpo inerte con la hoja para asegurarse de que estaba muerto. «Eres mejor que los zombies. Pero aun así necesitas el ojo, ¿verdad?»

Algo se movió en su visión periférica. Al volverse, vio que los tentáculos de Matt se desplazaban por el suelo como un pulpo. Con un rugido de furia, saltó sobre ellos y comenzó a golpearlos con su arma.

—¡Esto es por Gary! —gritó mientras lo hacía—. ¡Y esto es por Martock, y esto por T'Poc, pedazo de asquerosa mierda alienígena!

Aún estaba convirtiendo los apéndices en trocitos de carne temblorosa cuando apareció Willy con el Hummer. El capó estaba recubierto de tripas de zombie y tenía algo que parecía un trombón clavado en el radiador.

—Buen trabajo —le dijo Jim—. Y ahora, al minibús. Tenemos que irnos.

—Yo me quedo con éste —dijo Willy.

—Muy bien. Te seguimos.

Jim se subió al minibús. Rayna ya estaba dentro, con Leia y Sandoval. Su hermana pisó a fondo y el vehículo salió disparado. Willy, justo delante de ellos, les abrió una ruta por el garaje atropellando los borg que quedaban. Echó abajo la compuerta, pisó el acelerador a fondo y subió como un cohete por la rampa que llevaba a la calle. Si había zombies en la acera, tenía la intención de arrollarlos.

Al salir del garaje, se encontró con que la calle estaba repleta de vehículos abandonados. Pisó el freno y giró bruscamente el volante, pero la velocidad era excesiva para el pesado vehículo. El Hummer volcó y la inercia lo empujó hasta el otro lado de la calle en medio de una lluvia de chispas.

Contra el costado de un camión de propano.

La explosión incineró a todos los zombies en treinta metros a la redonda. Rayna se tapó los ojos y luego metió la marcha atrás para alejarse.

—No me lo puedo creer —dijo Jim.

—No se lo merecía —dijo Rayna con rabia—. No es justo.

—La justicia y el destino son dos cosas distintas —dijo Leia.

La pira funeraria de Willy iluminó la *Stockard* mientras cambiaba de dirección y se alejaba a toda velocidad en sentido opuesto. Una vez lejos del Botany Bay, vieron que las calles del centro de Houston estaban vacías. Muchos de los rascacielos estaban a oscuras, lo mismo que la mayoría de las farolas.

Por consejo de Sandoval, decidieron evitar las calles principales, temiendo que hubiera barricadas en ellas. Huyeron por las calles secundarias, pasando sin detenerse

ante los semáforos y las señales de tráfico, carentes ahora de sentido, y sobre los pocos zombies que les salían al paso.

Lo único que no vieron fue supervivientes. Ningún humano oyó acercarse al minibús. Ningún humano salió huyendo de su escondite suplicando que le dejaran subir. No parecía quedar ninguno.

Mientras se dirigían hacia el oeste por la autopista, alejándose de la ciudad, los edificios comenzaron a menguar, hasta que al final acabaron desapareciendo por completo. Al poco tiempo se encontraban en una carretera desierta de cuatro carriles, entre campos polvorientos y vallas de alambre.

Durante cuarenta minutos condujeron por las desiertas afueras de Houston, Texas, hasta que entonces, al mismo tiempo que los primeros zarcillos del sol comenzaban a extenderse por el horizonte, al este, vieron el marcador kilométrico que habían estado esperando.

—Lo hemos conseguido —dijo Sandoval—. Hemos escapado. Que las Fuerzas Aéreas bombardeen la ciudad hasta hartarse. La explosión no nos alcanzará aquí.

—Se acabó —dijo Jim a Leia.

Trató de abrazarla, pero ella lo apartó.

—Nunca se acaba —dijo—. ¿No te acuerdas de *Aliens*? ¿O de *Terminator*? Cuando los personajes principales se relajan y el público cree que es la hora de los créditos finales, sucede algo más. Ya lo sabes.

—¿Hablas en serio?

Leia frunció el ceño, se levantó y fue al baño del minibús. Entró y cerró la puerta por dentro.

—Déjala sola —dijo Rayna—. Hemos pasado mucho. Hasta ahora ha demostrado mucha fuerza, pero puede que le esté pasando factura.

«Tal vez —pensó Jim—. O puede que, ahora que ha pasado la crisis, ya no quiera saber nada de mí.»

Leia salió del baño, caminó hasta la parte delantera del minibús y se sentó.

—¿Estás bien? —preguntó Rayna.

—No —respondió Leia.

Cruzó los brazos y miró por el parabrisas.

—¿Quieres hablar? —dijo Jim.

—Ésa es la última cosa del mundo que quiero hacer. En este momento estoy jodidísima y cuando estoy así, no soy buena conversadora.

—Pues entonces siéntate ahí —dijo Jim—. Relájate mientras conducimos. Puede que te sientas mejor cuando llegemos a la civilización.

Una solitaria lágrima escapó del ojo derecho de la princesa.

—No puedo ir a la civilización —dijo.

—¿De qué coño estás hablando?

Jim alargó los brazos hacia ella.

—¡Atrás! —chilló Leia—. No me toques. ¡No te acerques, joder!

—¿Por qué?

—Porque Matt me agarró del cuello con sus tentáculos.

—¿Y?

—Que esas putas cosas tenían palpos. Y los palpos tenían unos pequeños garfios.

Y me cortaron.

Se abrió el cuello del traje y les mostró una hilera de heridas circulares en el cuello. Apenas eran unos arañazos.

Pero seguían sangrando.

—No... —dijo Jim.

—Sí —respondió Leia—. Al final, ese cabronazo me ha matado.

FIEBRE EN LA SANGRE

Cuando el sol despuntó en el horizonte, la *Stockard* se había adentrado profundamente en el oeste de Texas, en dirección a San Antonio. Rayna seguía al volante y Jim se encontraba de pie, a su lado. Leia ocupaba el asiento del copiloto. A medida que pasaban los kilómetros, iba poniéndose más taciturna.

Sandoval estaba sentado en la mesa de la cocina americana, comiendo una manzana.

Rayna miró de soslayo su teléfono móvil, que se encontraba en el salpicadero. Lo recogió y volvió a llamar, como había venido haciendo cada cinco minutos desde que comenzaran su viaje.

—¡Tengo señal! —dijo.

—Llama a alguien, a quien sea —dijo Jim.

Rayna llamó a su compañera de habitación en la universidad y trató de explicarle, en los tres minutos que duró la conversación, que acababa de sobrevivir a un apocalipsis zombie. A juzgar por sus respuestas, parecía que su compañera no creía una sola palabra de lo que le estaba diciendo.

—El resto del país está bien —dijo Rayna después de colgar—. Están evacuando todo el sudeste de Texas y el mundo entero está pegado a la CNN, pero ahora mismo todos dicen que se trata de un gigantesco accidente industrial. Han colocado controles de carretera en la mitad del estado. Nos encontraremos con uno antes de llegar a Columbus.

Leia arrugó el rostro, dolorida. Jim la tocó en el hombro. Si había controles de carreteras, habría agentes de policía. O la Guardia Nacional. Buscarían civiles infectados. La sangre que tenía en el cuello sería una prueba acusadora.

—Quizá podríamos aparcar en algún sitio unos minutos —dijo Leia—. Este trasto está empezando a crisparme los nervios.

—Buscaré un sitio tranquilo —dijo Rayna.

—Puedo sentir cómo sucede —le dijo la princesa a Jim.

—Siga luchando —dijo Sandoval—. La resistencia determinada inhibe el avance de los invasores. Los especímenes inconscientes que no pueden luchar suelen sucumbir al cabo de dos o tres horas. Los especímenes conscientes pueden durar mucho más. Creo que el récord es de quince horas y veintiséis minutos.

—Cierre el pico —dijo Leia.

—Sólo le ofrecía mi opinión profesional.

—Necesito estar un rato a solas —dijo la princesa.

—El minibús tiene un dormitorio —dijo Rayna.

—Perfecto.

Leia se levantó y se encaminó a la parte trasera del minibús. Entonces se detuvo y se volvió.

—¿Vienes? —le dijo a Jim.

—Creía que querías...

—Estar un rato a solas. Contigo. Ven.

Jim y Leia entraron en el dormitorio de Matt y cerraron la puerta.

—Oh, Dios mío —dijo Leia mientras examinaba lo que la rodeaba—. El lado oscuro era muy fuerte en ese tío.

La decoración de la zona común del minibús era bastante corriente. Pero en el dormitorio, Matt había dado rienda suelta a sus fantasías *trekkies*. Una colcha con el emblema de la Federación cubría la cama. Las almohadas tenían deshilachadas fundas de *Star Trek*. Encima de todo ello colgaba una recreación al óleo de la teniente Uhura, la enfermera Christine Chapel y la asistente Janice Rand, tendidas en una cama con columnas y completamente desnudas.

—Ebay va a echar en falta a ese tío, eso está claro —dijo Jim.

—Un Hugh Hefner del siglo xxiv —dijo Leia mientras hacía un ademán hacia un bar repleto de botellas de Maker's Mark y Bacardi 151. Abrió el humidificador que había al final de la barra y le mostró a Jim que estaba lleno de cigarros—. Si tuviera ganas de fiesta, podríamos montar una increíble.

Se sentó en una esquina de la cama, miró a Jim y dio unas palmaditas en la colcha, a su lado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él mientras se sentaba allí.

—Como si pudiese quedarme dormida en cualquier momento. Pero no voy a hacerlo, porque sé que es lo que ellos quieren. Eso les facilitaría el trabajo.

—Ojalá pudiera hacer algo —dijo Jim.

—Ya lo estás haciendo. Háblame.

—Deberíamos habernos conocido antes.

—Sí. Pero no demasiado antes. En el instituto tenía demasiados problemas. Toda la mierda ésa de mis padres... No te habría impresionado.

—Tendrías que haberme visto a mí —respondió Jim—. Ochenta kilos de peso, un caso grave de acné, cadenas de oro, pantalones caídos, siempre sacudiendo las manos y llamando «tronco» a todo el mundo...

—Un cateto hip-hop —dijo Leia.

—Además de un friki amante de la ciencia-ficción —dijo él—. Menuda foto de graduación habríamos hecho.

Jim le rodeó la cintura con un brazo.

—Gracias por quedarte conmigo —susurró Leia.

—Naturalmente que me quedo contigo —dijo Jim—. Te vamos a curar. Llevamos a bordo a un importantísimo exobiólogo de Harvard y yo soy mucho, mucho, más listo de lo que parezco.

—Siempre pensando como un *trekkie* —dijo Leia.

—Pues claro.

—Pero sabes que voy a morir.

Jim crispó el rostro al oír aquello.

—Lo digo en serio, Jim. Los siento dentro de mí y no puedo contenerlos mucho más tiempo. Cuando Rayna encuentre un sitio para parar...

—No.

—Bajaré de la nave y no volveré a subir. ¿Lo entiendes?

—Desde luego que no. No pienso dejarte tirada a un lado de la autopista.

—Todo lo contrario —respondió ella—. Cuando me dejes allí, debe ser tirada, bien tirada.

Jim comprendió al instante lo que quería decir.

—No puedo hacer eso —dijo Jim.

—Tienes que hacerlo. No quiero convertirme en una de esas cosas. Siento muchísimo que tengas que hacerlo tú, pero eres el capitán. No tienes alternativa.

—Tengo que salvarte —dijo él.

—Ya lo has hecho. De no haber sido por ti, seguiría en esa habitación del hotel, esperando para morir. O muerta ya, seguramente. Me salvaste de eso. Me diste unas horas de esperanza. No me quejo.

Jim la cogió entre sus brazos y trató de besarla. Ella se apartó.

—No lo hagas —dijo—. No merece la pena que corras el riesgo de infectarte.

Jim se disponía a replicar. A decir que, por besarla, sería capaz de correr todos los riesgos del mundo. Pero en ese mismo momento sintió que el minibús giraba suavemente y luego se detenía. El motor se apagó. Un instante después oyeron que se abría la puerta y desembarcaban Rayna y Sandoval.

—Ésta es mi parada —dijo Leia.

De repente, una expresión de sorpresa y dolor atroz cruzó su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim.

—No... —gimió Leia mientras se cogía la cabeza con las dos manos.

—Dime...

—Los alienígenas. Durante un instante he podido... he podido oírlos. No a los que están dentro de mí, sino... a otros.

—¿De qué estás hablando? Estamos a kilómetros de Houston.

Leia arrugó el rostro con agonía.

—Estamos a kilómetros de Houston, pero la red... nos ha seguido.

—Eso no es posible —dijo Jim—. La autopista está desierta hace kilómetros. Nadie nos ha seguido. Y Matt ha muerto.

—Matt no era el único —dijo ella mientras abría los ojos de par en par—. Hay... otro.

LO MEJOR DE AMBOS MUNDOS

Pocos minutos después, Jim salió del minibús. Llevaba en la mano derecha la linterna grande del cinto de armas de Leia.

Su hermana había aparcado en una área de descanso aparentemente vacía. La *Stockard* estaba en un extremo del aparcamiento, cerca de una zona reservada para camiones y autobuses.

Sandoval se había sentado en una vieja mesa de picnic desgastada, bajo un roble. Rayna se encontraba a unos quince metros, contemplando el horizonte.

Jim la llamó con un gesto.

—¿Puedes ir a hablar con Leia? —preguntó—. No quiero que esté sola.

—Claro. ¿Qué vas a hacer tú?

Jim se dio unos golpecitos en la pierna con la linterna.

—Atar unos cabos sueltos. Vuelvo en un minuto.

Se acercó al doctor y se sentó a la mesa de picnic frente a él.

—No puedo ayudar a la chica —dijo Sandoval antes de que le hablara el otro—. Hemos realizado centenares de experimentos. Hemos probado docenas de vacunas. No hay cura.

—Eso lo entiendo —dijo Jim—. Pero ¿cómo se explica lo de Matt? Podía hablar, podía correr, poseía una fuerza extraordinaria. ¿Por qué lo afectó el virus de manera distinta?

Sandoval se encogió de hombros.

—Si tuviera que aventurar una hipótesis, yo diría que era una especie de portador. El parásito que lo infectó lo transformó de un modo beneficioso para él. Lo mantenía vivo, sano y dueño de sus facultades. Incluso mejoró sus funciones cognitivas, motrices y sensoriales. Realmente eran todo ventajas.

—Si no te importa tener un pulpo en lugar de mano.

—Bueno, Sí. Eso es cierto.

—Así que, un porcentaje de los infectados podrían salir como Matt —dijo Jim—. Normales en la superficie, pero llenos de parásitos por dentro.

—Es casi seguro —dijo Sandoval.

—Parece un descubrimiento muy importante. Algo que el gobierno debería saber ahora mismo. ¿Por qué no los llama?

Sacó su móvil y lo colocó sobre la mesa de picnic.

Sandoval se lo quedó mirando.

—¿Sabe lo que me parece más raro? —continuó Jim—. El hecho de que esté tan relajado. La amenaza zombie sigue ahí. Es posible que ni siquiera una bomba nuclear

pueda aniquilarla por completo. Pero usted no hace nada más que comer manzanas y mirar por la ventana. No ha tratado de llamar a nadie desde que salimos de Houston. Y el mundo aún necesita que lo salven, doctor.

Sandoval siguió mirando el teléfono. No hizo el menor ademán de cogerlo.

—Puede —dijo Jim— que no esté interesado en salvarlo.

La acusación pareció divertir a Sandoval.

—Y yo que esperaba ganar el premio de la GulfCon al disfraz más difícil de reconocer... —dijo—. ¿Cómo has descubierto mi secreto?

—Fue Leia. Sintió que la «red» estaba cerca. —Señaló el vasto y desierto paisaje que los rodeaba—. Y como por aquí no hay ni una mala conexión inalámbrica, deduje que tenía que ser usted.

Sandoval enderezó el torso y cruzó los brazos.

—Ha deducido correctamente —le explicó a Jim—. Yo fui el primero que tuvo contacto físico con los especímenes. Y también el primer infectado. Pero no me di cuenta. Desarrollé unos síntomas similares a los de la gripe y el viernes me fui a casa antes de tiempo. Aquel fin de semana había un puente, así que tuve tres días para recuperarme. El martes, volvía a estar perfectamente.

—Sólo que no como antes.

—Exacto. Enseguida me di cuenta de que ya no estaba solo en mi cuerpo. Como es natural, no compartí la información con nadie más. Seguí estudiando a los alienígenas, pero con un objetivo nuevo y radicalmente distinto.

—Ya no quería contenerlos —dijo Jim—. Quería ayudarlos.

Sandoval asintió.

—Descubrí, gracias a mis propios experimentos, que mi sangre era infecciosa. Bastaba con una sola gota para transformar a otros organismos. Pero sólo en simples zombies. La unión simbiótica como la que había desarrollado yo era sumamente rara. Calculé que, si el mundo entero resultaba infectado, solo un 0,6 por ciento de su población se volvería como yo. Aun así, es una cifra significativa. Teniendo en cuenta que la población mundial asciende a cerca de siete mil millones, esto arroja unos cuarenta y dos millones de individuos mutados.

—Una nueva especie —dijo Jim.

—Exacto. Un desenlace en el que mis benefactores estaban sumamente interesados. Elaboraron... elaboramos un plan para conseguirlo. No pretendía actuar tan pronto, pero las circunstancias me obligaron a hacerlo. La semana pasada descubrieron varios archivos sospechosos y siguieron su rastro hasta mí. No quería quedar encerrado en una jaula de metal, como el resto de los infectados. Así que me colé en los sistemas de seguridad del complejo y desactivé los protocolos de seguridad. El complejo fue destruido y junto con él todo rastro de mis actividades. Luego neutralicé a los asistentes a la GulfCon, una congregación de mis más grandes y capaces adversarios. Infecté la ciudad entera con el patógeno y los zombies hicieron el resto.

—¿Cómo esparció la plaga? —preguntó Jim.

—Hará cosa de una semana, compré varias docenas de ratas en una tienda de animales, las infecté con mi sangre y las solté en diversos puntos de la ciudad especialmente concurridos. Los roedores son extremadamente eficaces a la hora de transmitir enfermedades. El mal no tardó en pasar a los humanos y desde allí se propagó exponencialmente.

—Culpó al coronel Cronin, pero no era más que otra víctima, no el vector —dijo Jim—. Una sola persona no podría haber propagado la enfermedad tan deprisa.

—En efecto. De haber tenido más tiempo, habría inventado una historia más convincente para sus amigos y usted. Pero estaba improvisando. Lo de Cronin me pareció una explicación razonablemente factible para un grupo de legos.

—¿Por qué no ayudó a Matt? Era como usted.

—Matt era un híbrido, pero imperfecto. El proceso de fusión lo había vuelto loco. Aun así, mis benefactores no querían que participara en su destrucción. Eso se lo dejaron a usted.

—¿Y con quién estoy hablando ahora, entonces? ¿Con sus benefactores o con Sandoval?

—Lo cierto es que ya es muy complicado decir dónde terminan ellos y dónde comienzo yo.

—¿Y dónde tienes el tercer ojo?

Sandoval sonrió.

—Es algo más complicado que eso —dijo—. Mis benefactores han tenido años para hacer mejoras. Le enseñaré lo que quiero decir.

Se levantó de la mesa, retrocedió un paso y se quitó la camisa.

Al principio, Jim tuvo dificultades para comprender lo que veía. El pecho de Sandoval estaba dividido en lo que, a primera vista, parecía un complejo tatuaje. Unas líneas de color rojo sangre formaban un complejo patrón geométrico que se extendía desde su cuello hasta su cintura. Cuatro triángulos discurrían por cada lado de su pecho. Tenía cuatro grandes anillos rojos justo encima de la cintura. Por encima de éstos, una batería de anillos más pequeños. Y por encima de ellos, centrado en su caja torácica, el mayor de los anillos. Tenía el tamaño de un pomelo.

—Observe —dijo Sandoval.

Su torso comenzó a moverse.

Los triángulos, comprendió Jim de repente, no eran tatuajes. Eran pliegues de piel. Las líneas rojas eran tumoraciones carnosas y llenas de sangre. Ante sus ojos, ascendían y descendían lentamente.

—Un aparato respiratorio auxiliar —dijo Sandoval.

Unos zarcillos y unas finas protuberancias salían de los agujeros más pequeños del pecho.

—Órganos sensoriales —le explicó Sandoval.

Unos tentáculos aparecieron en los cuatro agujeros que tenía sobre la cintura.

—Para manipular objetos —dijo Sandoval.

Finalmente, el gran círculo del centro del pecho se abrió. Era un ojo. El ojo alienígena más grande que Jim hubiera visto hasta entonces.

—Es usted un monstruo —dijo.

—Podría decirse que sí. Lo cierto es que no queda gran cosa de mí por debajo del cuello. Han hecho una profunda remodelación.

Jim se puso en pie. Los dos comenzaron a moverse en círculos, el uno alrededor del otro.

—Estaba planeando mi fuga cuando me encontraron —dijo Sandoval—. Y puesto que su plan parecía sólido, decidí acompañarles. Pero ahora, sus amigos y usted ya han cumplido su propósito. Siento mucho que esto tenga que terminar así. Pero debo seguir mi camino. La invasión no ha terminado. Esto es sólo una pausa.

—Ahí es donde se equivoca —dijo Jim.

—Por favor, no se haga ilusiones. Soy mucho más fuerte que Matt. Se podría decir que casi invulnerable.

—Nadie es invulnerable. Sobre todo contra alguien como yo.

Sandoval sonrió.

—¿Una persona disfrazada con un uniforme de *Star Trek* y que se cree el capitán Kirk? —preguntó.

—No. Alguien cuyo mundo acaba de volar en mil pedazos ante su cara. Alguien a quien no le importa morir si se lleva consigo al causante de su dolor.

Levantó la linterna. Sandoval la miró con nuevo interés. Vio que había un polvo blanco en la carcasa.

—Si pasas algún tiempo en Afganistán, aprendes algunas cosas sobre bombas artesanales —dijo Jim—. A detectarlas y a fabricarlas. El minibús tenía a bordo suficientes productos químicos para fabricar una. Si le lanzo esto, volará en mil pedazos. Estoy impaciente por ver lo que les hace a sus amigos y a usted.

Saltó sobre Sandoval enarbolando la linterna. La criatura lo esquivó con destreza. Volvió a intentarlo. Volvió a fallar.

—Te cogeré, hijo de puta.

La lanzó contra el pecho de su adversario.

Con velocidad sobrehumana, Sandoval la atrapó con la mano derecha y luego la arrojó lejos de sí. La linterna cayó en el aparcamiento.

Y no explotó.

—Fabricación defectuosa —dijo mientras se volvía de nuevo hacia Jim.

—No —respondió este—, una mera distracción.

Aprovechando el momento, se había llevado la mano a la espalda y había cogido los dos táseres que llevaba al cinto. Los disparó simultáneamente a quemarropa, pero Sandoval esquivó los dardos sin esfuerzo. Luego, dos de sus tentáculos restallaron en el aire y le arrebataron las armas a Jim.

—Esto es lo más irónico de la situación —dijo Sandoval—. Todo este tiempo ha

estado buscando un modo de salvar a esa mujer. Pero la solución estaba en sus manos. Literalmente. La electricidad.

—No quiero matarla.

Sandoval arrojó uno de los táseres al otro lado del aparcamiento. Luego empezó a ajustar el dial del otro al máximo voltaje.

—No lo haría —continuó con sus explicaciones mientras ajustaba el táser—. En las primeras horas, el virus es muy inestable. Se está multiplicando en su cuerpo, pero aún no se ha apoderado de su sistema nervioso. Sabrá que ha alcanzado la madurez cuando aparezca el tercer ojo. Hasta entonces, a veces se puede neutralizar el virus con una descarga de alto voltaje. Como es natural, tendría que ser una dosis muy fuerte. Casi mortal.

Apuntó con el táser al pecho de Jim y sonrió.

—El único problema es que duele una barbaridad. Deje que se lo demuestre.

Por un instante, Jim no entendió lo que había sucedido. Fue como si cada músculo de su cuerpo se hubiera agarrotado a la vez. Gritó con los dientes apretados. Su cuerpo, temblando a causa de la corriente que lo recorría, cayó al suelo de bruces.

Durante los primeros segundos, aún era capaz de articular pensamientos conscientes. Sabía que los dardos estaban transmitiendo cincuenta mil voltios de electricidad a su sistema neuromuscular. El único modo de terminar con ello era sacarse los dardos. Pero eso era imposible. Ya no controlaba su propio cuerpo.

Podía ver la *Stockard* al otro lado del aparcamiento, pero no había ni rastro de Leia o de Rayna. No habría un espectacular rescate en el último momento. Habían recibido sus órdenes y estaban cumpliéndolas al pie de la letra. Poco a poco, su consciencia comenzó a apagarse, y entonces todo se volvió negro.

Cuando volvió a abrir los ojos, Sandoval se encontraba al otro lado de la zona de descanso, acercándose al minibús. Jim tenía el corazón desbocado, pero aparte de eso, no sentía dolor, molestias ni agarrotamientos. Trató de levantarse, pero sus músculos respondieron lentamente, como si hubiera una demora de tres segundos entre sus pensamientos y su ejecución. Se sentía como si su sistema nervioso central hubiera sido reconfigurado por completo. El táser yacía abandonado en el suelo, a un brazo de distancia.

Al otro lado de la zona de descanso, Sandoval abrió la puerta del minibús y subió. Sin duda pretendía asesinar a Rayna y a Leia, pero Jim, claro está, lo había previsto. Sandoval no las encontraría allí. Las chicas se habían puesto a salvo en un bosquecillo cercano.

Pero ahora venía lo más complicado: Jim contaba con que Sandoval no fuera tras ellas, dado que no ganaría nada persiguiéndolas. Era una asunción peligrosa, pero había improvisado el plan lo mejor que había podido. A fin de cuentas, no tenía mucho con lo que trabajar: sólo unos caros cigarros cubanos, unas botellas de Bacardi 151 y unas fundas deshilachadas de *Star Trek*.

El motor de la *Stockard* cobró vida con un rugido. El minibús echó a andar y

Sandoval dio un giro de ciento ochenta grados a lo largo del aparcamiento. Al ver la parte trasera de la *Stockard*, Jim comprobó con alivio que las llamas anaranjadas comenzaban a salir del depósito de combustible. Se tapó la cara con las manos al mismo tiempo que la *Stockard* saltaba por los aires, propulsado por una enorme explosión que vomitó llamaradas de siete metros de altura. Los tubos de falso metal y los trozos de la parabólica de pega llovieron del cielo. Una nube de humo gris se extendió por el aparcamiento y lo envolvió todo por un momento.

Jim se puso en pie y se tocó los brazos y piernas. La demora de tres segundos había desaparecido. Volvía a estar entero. Se inclinó para recoger el táser.

Cuando volvió a levantar la mirada, vio que su hermana corría hacia él.

TODAS LAS COSAS BUENAS

—Oh, Dios mío —exclamó Rayna—. ¿Estás bien?

—Lo habéis conseguido —dijo Jim—. Ha sido perfecto. ¿Dónde está Leia?

Rayna señaló al otro lado del aparcamiento.

—Allí sentada. Está cada vez más débil. Ya no puede ni andar...

—Quédate aquí —dijo él.

—¿Qué vas a hacer?

Su hermana aparentaba tener de nuevo diez años. Jim no respondió. Echó a correr. No había manera de saber si Sandoval le había dicho la verdad, pero sí existía un modo de comprobarlo.

Encontró a Leia sentada, apoyada en el tronco de un roble.

—Un plan magnífico, capitán —dijo—. Un doble movimiento de distracción. Kirk estaría orgulloso.

—También es obra tuya —le recordó él—. Usar la funda como mecha fue una idea brillante.

—Me alegro de haber sido útil.

Jim se arrodilló a su lado y examinó su cuello y sus brazos en busca del tercer ojo. Durante unos instantes todo pareció bien, hasta que sus dedos encontraron la hinchazón en la nuca. Era del tamaño de una pelota de golf. La piel morada palpitaba bajo sus dedos.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Leia.

—No te rindas aún —le dijo Jim—. Existe la posibilidad de que podamos revertirlo.

Le explicó rápidamente lo que le había dicho Sandoval: que era posible eliminar a los parásitos de su cuerpo si el tercer ojo no había emergido aún. Abrió su mochila e introdujo una carga nueva en el táser.

—Si nos damos prisa, tal vez funcione.

—¿Cómo sabemos que decía la verdad? —preguntó Leia.

—No lo sabemos —dijo Jim—. Pero tenemos que intentarlo.

Leia lo miró detenidamente.

—No tienes que mentirme —dijo—. No le tengo miedo a la muerte.

—Nunca te he mentido sobre nada —respondió Jim—. Y no voy a empezar ahora. Pero si esto funciona, tenemos que hacerlo ya.

Leia se volvió lenta y dolorosamente, le dio la espalda y extendió los brazos. En el lapso de apenas un minuto, la hinchazón de su nuca se había vuelto más oscura y mayor y parecía estar temblando.

—¡Adelante! —gritó ella—. ¿A qué estás esperando?

—Antes dime tu nombre —dijo Jim—. Tu nombre de verdad.

—Te lo diré si sobrevivo.

—Dímelo ahora —respondió él—. Tengo que saberlo.

—Shelly.

—¿Shelly qué más?

—Shelly Dumpkin.

—¿En serio? ¿Dumpkin?

—Adoptaré tu apellido cuando nos casemos —le prometió ella—. Si es que aún aceptas la idea de una relación entre especies distintas.

Jim no sabía si podía continuar. El dolor del táser no era nada comparado con aquello. Estaba a punto de salvar la vida a la mujer que amaba, o de quitársela. Quería más tiempo. Pero cada segundo de demora empeoraba sus probabilidades de supervivencia.

Un repentino destello de luz atrajo su atención. Leia —«Shelly», pensó— miró también hacia allí. En el horizonte, una inmensa bola de fuego anaranjada cubrió el horizonte y comenzó a ascender en el cielo. Subió más y más, transformada en una descomunal nube en forma de hongo.

—Adiós, Houston —susurró Jim.

—Deprisa, Jim —dijo ella—. Está sucediendo.

Jim apartó los ojos de la conflagración y volvió a mirar la nuca de Shelly. El cardenal estaba cambiando. Parecía estar estirándose, temblando, hirviendo...

«Ecllosionando.»

Jim apuntó con el táser y disparó.

El arma estaba al máximo. Aunque tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad, Jim mantuvo apretado el gatillo.

Para asegurarse.

Cuando todo terminó, el cuerpo de Shelly yacía inmóvil sobre el duro y polvoriento suelo de Texas.

Jim dejó caer el táser.

«La llevaré en brazos hasta el control de carretera si es necesario —pensó—. No voy a dejarla aquí tirada. La llevaré a un lugar seguro. Donde nadie volverá a hacerle daño.»

Cayó de rodillas a su lado y le acarició el pelo.

El cuello del disfraz de Shelly se abrió y dejó ver las heridas de su cuello. Jim tenía los ojos llenos de lágrimas. Tardó unos segundos en darse cuenta de que las marcas habían cambiado.

Ya no estaban sangrando.

Shelly se removió en sus brazos.

—He... —susurró.

Jim se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien? ¿Me oyes?

Shelly abrió los ojos.

—He... he sentido...

Jim la cogió por los hombros y la ayudó a incorporarse.

—Tómate tu tiempo —dijo—. Habla despacio. ¿Qué intentas decir?

Shelly tosió varias veces para aclararse la garganta.

—He sentido una gran perturbación en la fuerza.

—¿Qué fuerza? —preguntó él—. ¿De qué estás hablando?

—Cito los diálogos de *La guerra de las galaxias* —respondió ella—. Lo hago siempre que estoy nerviosa. Pensé que a estas alturas ya te habrías dado cuenta.

—¿Me estás tomando el pelo? —Jim se limpió las lágrimas de la cara—. ¿De verdad estás bien?

Shelly se miró.

—Creo que sí —dijo—. Ya no los siento. Y no me siento enferma.

Jim volvió a comprobar las marcas de su cuello.

—Ya no sangran —dijo—. Creo que ha funcionado.

Se abrazaron al mismo tiempo que los alcanzaba la onda expansiva de la detonación nuclear. Un viento caluroso sopló sobre sus cuerpos y la tierra tembló bajo sus pies. Apenas se dieron cuenta.

Rayna corrió hasta ellos. Se había quitado la pintura azul de andoriana y la antena de la cabeza.

Al ver el hongo atómico se detuvo.

—Creo que la GulfCon se puede dar por clausurada —dijo Jim.

—Ya iba siendo hora —añadió Shelly.

Rayna no dijo nada. En su lugar, envolvió a Shelly en un abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó, con el rostro cubierto por lágrimas.

—Eso creo —respondió Shelly—. Creo que todos estamos bien.

—Entonces lo hemos conseguido —exclamó Rayna—. Ya no estamos en una película de zombies. Ni en un videojuego. Es como si volviéramos a estar en un episodio de *Star Trek*, donde pertenecemos.

—O puede que no estemos en nada —dijo Jim—. Puede que ésta sea una nueva historia. Había una vez tres personas perdidas en medio de la nada. No tenían vehículos, ni planes, ni la menor idea de lo que iban a hacer a continuación.

—Yo diría que seguirían la carretera hasta el próximo pueblo —dijo Shelly—. Pero antes saquearían las máquinas expendedoras del área de descanso.

—Exacto —dijo Rayna—. Cogerían toda la comida y la bebida que pudieran llevar. Cosas con muchas calorías y de poco volumen, como cacahuetes o caramelos.

Shelly asintió.

—Y llevarían táseres, por si hubiera algún problema.

—Una historia de supervivencia —dijo Rayna.

—Nuestra historia —dijo Jim mientras se volvía hacia la carretera—. Y comienza

ahora mismo.